

Dixiana Silva

ALINA

Una historia en la oscuridad



*Tres
Deseos*
HAZ TUS LIBROS REALIDAD

DIXIANA SILVA

ALINA

Una historia en la oscuridad

*Tres
Deseos*
HAZ TUS LIBROS REALIDAD

ALINA
Autor Dixiana Silva

©Todos los derechos reservados
DDI N° 288.593
©Editorial Tres Deseos Ltda.
ISBN 978-956-9779-32-9
Primera Edición, Septiembre 2018
Corrección: Jessica Murray
Diseño de portada: Catalina Salvo
Imagen de portada: Alex Beechey
Imagen de contraportada www.pexels.com

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra sin previa autorización del autor, ya que se encuentra debidamente inscrita en el Registro de Propiedad Intelectual de la ciudad de Santiago de Chile.

Impreso por Dimacofi Asociados S.A
Santiago de Chile

AGRADECIMIENTOS

En esta ocasión quiero agradecer el constante apoyo que recibo de toda mi familia: esposo, hijo, padres, hermanos, cuñados, suegra... Adoro todas las muestras de cariño, las palabras sinceras y el aliento que siempre me brindan. Además, estoy feliz de ver a mi hermana en la portada.

También le doy las gracias al universo por permitirme conocer a tantas personas maravillosas, que me han ayudado a hacer mi sueño realidad: amigas escritoras, lectores y todos aquellos que me apoyan de una u otra forma para concretar el anhelo de dar a conocer mis historias.

Bendiciones para cada uno de ustedes, pues se han ganado un pedazo de mi corazón.

Finalmente, gracias a Dios, por darme lo que necesito.

ADVERTENCIA

Esta es una historia oscura, que relata con crudeza escenas de violencia;
inspirada en hechos reales.

En ocasiones, puede ser sexualmente explícita. Por ello, te recomiendo no
leerla si eres menor de edad o muy susceptible.

*«No te rindas, por favor, no cedas, aunque el frío quemé,
aunque el miedo muerda, aunque el sol se esconda, y se
calle el viento; aún hay fuego en tu alma, aún hay vida en
tus sueños».*

Mario Benedetti.

ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1: *Nada más que una perra.*

CAPÍTULO 2: *Walter, el tirano.*

CAPÍTULO 3: *Stefan, el amo.*

CAPÍTULO 4: *Nicolai, el maestro.*

CAPÍTULO 5: *Aprendiendo a jugar en grupo.*

CAPÍTULO 6: *Fiesta de iniciación.*

CAPÍTULO 7: *Podría ser peor.*

CAPÍTULO 8: *Hay demonios felices creando un infierno en la tierra.*

CAPÍTULO 9: *Intimidación.*

CAPÍTULO 10: *Espejismo.*

CAPÍTULO 11: *Terminar con lo que empezamos.*

CAPÍTULO 12: *Su lado oscuro.*

CAPÍTULO 13: *Mascota.*

CAPÍTULO 14: *El derrumbe.*

CAPÍTULO 15: *Reencuentro.*

[CAPÍTULO 16: Recuerdos de una mirada azul.](#)

[CAPÍTULO 17: La decisión.](#)

[CAPÍTULO 18: Rustam y Larisa, el principio del caos.](#)

[CAPÍTULO 19: Muros de papel.](#)

[CAPÍTULO 20: El plan.](#)

[EPÍLOGO](#)

[CONTACTA CON LA AUTORA](#)

PRÓLOGO

El túnel es estrecho, helado, húmedo y escasamente iluminado. Arranco mientras la oscuridad me persigue y está cada vez más cerca. Mis piernas no se mueven con la suficiente velocidad, la voz que me llama, una y otra vez, se escucha demasiado lejos como para comprender lo que intenta decirme.

El frío se entierra en mi carne como millones de agujas duras. Cada poro de mi piel duele inmisericorde. Los músculos se me acalambran, mis pulmones arden por el esfuerzo, pero no me detengo.

Las sombras casi me alcanzan y, a pesar del desgaste que significa, me apuro mucho más, exigiéndole a mi cuerpo más de lo que puede dar. La angustia corta mi aliento, cientos de piedras se entierran en mis pies, atravesando mi piel y haciéndome llagas. Intento mirármelos; sin embargo, algo impide que lo logre, solo consigo tropezarme.

Veó siluetas entre las sombras, no sé quiénes son, aunque estoy convencida de que quieren hacerme daño. Este es un sueño, lo sé, siempre es el mismo. En este instante, solo quiero despertar, pero no puedo, es imposible. Grito fuerte, inútilmente; comprendo que es algo que hago solo en mi mente. En realidad, nadie me escucha y, si lo hacen, no les importa. De hecho, probablemente se enfaden y reciba un castigo despiadado.

«Vuelve».

Pide mortificada, es su voz; estoy segura de ello, o eso quiero creer. No puedo comprender lo que intenta decirme, demasiadas voces gritando y exigiendo a mi alrededor, y mi propio llanto impidiéndome oír. «¡Vuelve!», insiste la voz de mi madre desde una casa enorme que se encuentra frente a mí, pero cuanto más me impulso hacia adelante, esta parece alejarse más y más. Ruego por tener la fuerza suficiente para no desfallecer. Debo llegar, «necesito» llegar hasta ella.

Finalmente, me lanzo de cabeza hacia la puerta y me aferro con firmeza al marco. Las sombras ya no son sombras, decenas de manos de hombres y mujeres me retienen. Intento alcanzarla, pero ellos me lo impiden. Recorren mi piel desnuda; todos quieren lo que hay entre mis piernas, desean devorarme y

consumirme. Lucho con insistencia; no obstante, son más fuertes que yo. Me canso, aun así, no desisto en mi empeño por liberarme. Avanzo lentamente, moviéndome entre sus pieles expuestas y sudorosas.

Llego a ella y noto que la han encadenado a un poste de madera. Mi madre, al igual que yo, está desnuda y sometida a sus antojos y placeres. Miro su cuerpo y es una réplica exacta del mío. ¿Será mi cerebro jugando conmigo? Los mismos lunares, las mismas cicatrices. Su rostro, una imagen demasiado borrosa para distinguir facciones. Esa cara empapada. ¿De dónde provienen sus lágrimas? Carece de ojos, labios y todo lo demás.

«¡Quiero verte, quiero recordarte!». Grito frustrada.

Las manos persisten en sus ataques y las dejo, eso es lo que se espera que haga.

De pronto, un agudo aullido cargado de terror me inmoviliza, proviene del túnel macabro: Serena.

Aunque lo desee, no puedo salvar a mi madre, mi hija me necesita. No dejo que la desesperación me gobierne, corro determinada a auxiliar a mi niña. Sé de lo que ellos son capaces para herirme y me pesa haberla dejado sola con los monstruos.

Ellos la retienen, sacan sus dagas y las dirigen violentamente contra su pequeño cuerpo, mientras me observan sonrientes, extasiados y satisfechos.

«Despierto empapada en sudor, los latidos de mi corazón resuenan en mi cabeza, y me mareo intentando conseguir más aire. Siempre me atormenta la misma pesadilla. Jamás logro recordar a quien me dio la vida y nunca puedo salvar a mi hija. Lo peor de todo es que hay una gran probabilidad de que algo como eso le pase a Serena. Está en peligro, siempre lo estuvo, pero ahora es más evidente y, aparentemente, imparable.

Lucharé con todas mis fuerzas para evitar que el mal la alcance; incluso, si llega a ser preciso, daré mi vida por ella. Estoy sola en esta batalla y debo admitir que son ellos quienes tienen el poder, por ahora. Precisamente por esa razón, tengo que usar mis recursos con astucia. Este juego acaba de empezar y me niego a perder».

Soy Alina y esta es mi historia.

CAPÍTULO 1

Nada más que una perra.

Mi nombre es Alina, aunque no siempre me llamé así. Alguna vez tuve unos padres amorosos que me consintieron, supongo. Al menos me gusta pensar que fue real.

Jamás había sido más consciente de mi vida como ahora, cuando estoy por poner mi plan en ejecución. No he levantado sospechas. Tantos años engañando me han convertido en una embustera experta.

No recuerdo cómo llegué aquí o puede que sí, no sé, no estoy segura. Seguramente, inventé gran parte de lo que está en mi cabeza. Después de decir tantas mentiras, estoy un poco confundida; me cuesta distinguir lo que es cierto y lo que no. Es más, confieso que no me conozco en absoluto.

¿Actuaría diferente fuera de este mundo? Puede ser, pero mi única convicción es que era una niña todavía. Una pequeña inocente a la que le arrebataron todo, una cría a la que le convirtieron la vida en un infierno constante y plagado de agonía.

A veces, tengo unas imágenes en mi mente: unas nítidas y otras difusas, pero no tengo la certeza de si se trata de cosas que realmente fueron o solo las he fantaseado, porque suelo divagar a menudo. De hecho, frecuentemente me pierdo en mis propios pensamientos y, cuando eso sucede, se me hace difícil encontrar el camino de regreso.

He sobrevivido a este calvario durante demasiados años. El miedo ha sido mi constante; manteniéndome alerta, haciéndome hábil y ayudándome a crear estrategias, a esconder mis lágrimas, a ocultar mi asco, a fingir, a resistir, a sobrevivir. Claro, he debido ser lista y sumisa para perdurar.

Lo aprendí a punta de fuertes golpes, duros castigos, humillaciones, vejaciones del peor tipo. Aprendí a callar y a obedecer sin réplicas. Me acostumbré a existir en estado de alerta; digamos que fue parte de mi monotonía, una perversa, por cierto, hasta que todo cambió.

El pánico se ha apoderado de mí, me engulle y atormenta. Llevo demasiado

tiempo aquí como para desconocer lo que pasará. Estoy exhausta, maltratada y frágil. Debí imaginar que sus promesas eran vacías. Palabras que me regalan para tenerme dócil y manejarme a su voluntad, así es más dura la caída.

Siempre he sido su títere, la de todos ellos; sin embargo, es ella quien ama dar y quitar. La ilusión y la desesperanza, la gentileza y la maldad, todo forma parte de su diversión. Adora tener el control, demostrar su poder, jugar con nuestras mentes y emociones.

No tengo otra salida. Puedo ser su Alina hasta el fin de mis días, pero nunca permitiré que le hagan lo mismo a mi niña. Comprendo perfectamente este mundo, en el que soy solo una mascota.

Soy una perra que tiene la buena fortuna de poseer un nombre gracias a sus captores; perdón, quise decir, generosos «amos»; según ellos, es más de lo que recibe la mayoría. Por ello, les debo mi más servicial rendición. Además, han sido suficientemente bondadosos como para acoger en su hogar a mi bella cachorra.

¡Puaj! Me repugna esa enfermiza justificación, que creen que los exculpa de cualquier daño causado. Alguna vez, creí que no eran tan malditos, pero ahora comprendo mi gran error. Aunque debo admitir que, en cierta medida, tienen razón. Al menos en estos años he podido conocer una pincelada de lo que debe ser la verdadera dicha.

Lamentablemente, he sido testigo de cómo a todas les han arrancado a sus hijos sin una pizca de clemencia en sus miserables almas. Ninguno de ellos está familiarizado con la definición de empatía. Toman a los pequeños para continuar con su muy lucrativo negocio.

Asimismo, he oído que a algunos los venden; a otros, los esclavizan, les quitan sus órganos o los matan frente a los aterrados ojos de sus madres para quebrar su espíritu o incentivar el fuego dentro de ellas, motivándolas a luchar y, de este modo, excusarse por el sádico castigo que les imponen.

Sí, porque hace años descubrí que muchos prefieren que sus esclavos sean guerreros, ya que adoran dirigir todo el impacto de sus impulsos bestiales contra ellos: pieles marcadas, gritos, sangre, desfiguraciones, desmembramientos, agonía, destrucción, muerte.

Abrazo con fuerza a mi pequeña, quien sigue dormida entre mis brazos. Me aferro con brío a los momentos que me han permitido darle amor a mi bebé, ocasiones en las que le repito las palabras que imagino algún día me dedicaron. Se me hace un poco extraño hablar en voz alta, no he podido

acostumbrarme, pero eso no me detiene. Aunque sean escasos, atesoro estos instantes como los mejores minutos de mi existencia.

No sé si mi hija recordará algo de este lugar y de estas personas cuando logre sacarla de aquí. Para ser honesta, no me gustaría que lo hiciera. Quiero borrar los años de cautiverio de su memoria. Si en este instante estoy hablando contigo es por mí, porque siento que me ayuda a mantener algo de cordura. No busco contarte mi situación para entretenerte o conmoverte. Estoy siendo egoísta, lo reconozco, pero es lo que necesito, por ahora.

Intento apagar mi mente un rato. Quiero disfrutar de mi hija, mi Serena. Deseo guardarme su aroma, sus lunares, cada uno de sus suspiros, todo de ella. No quiero darle espacio a nada más. ¿Quién sabe lo que ocurrirá realmente más adelante? La mayoría de las veces, las cosas no resultan como uno las planea. Esta ha sido una decisión difícil, pero creo que lo mejor para ella es que, una vez que logremos escapar, tomemos caminos separados.

Soy fácilmente reconocible y sé que no cesarán de rastrearne hasta que me encuentren. Si llegan a conseguirlo, harán hasta lo imposible para que me arrepienta de mi osadía; sin duda, usarán toda su ira y creatividad para castigarme de la forma más cruel y dolorosa. En cambio, muy pocas personas conocen de la existencia de mi niña. La vergüenza de su concepción será su ventaja. Tendrá mayor posibilidad de supervivencia lejos de mí.

—Solas tú y yo, viviendo juntas el ahora —susurro en su oreja.

Enredo mis dedos en su cabello y le digo infinitas veces que la amo.

—Alina, tus amos me han autorizado para que te lleve a mi casa a jugar con mi perro. Estás contenta, ¿verdad? —pregunta Nicolai.

No puedo ver su rostro, porque no lo tengo permitido. No debo hacerlo frente a Larisa o su esposo, o ante cualquiera de sus amistades, ellos no son como Stefan. Sin embargo, puedo sentir su mirada sobre mí. Asiento. Avanzo lentamente hacia él, apoyando mis rodillas y las palmas de mis manos en el suelo y, con todo el dolor de mi alma, dejo a mi hija atrás. Me ubico a sus pies, a la espera de lo que me ordene.

—El maldito animal está necesitado de tus caricias y quiero que le enseñes a ser tan disciplinado como tú. En esta ocasión, podremos llevar a tu cría con nosotros. Desgraciadamente, en esta oportunidad, mis estimados amigos no irán con nosotros, pero les he asegurado que se comportarán. Lo harán, ¿verdad?

Sé que estamos siendo observados por Rustam y Larisa, mis desquiciados

amos, por lo que vuelvo a asentir.

—Perfecto. Sin duda, la próxima vez se unirán a mí para ver cómo te diviertes con mi maldita mascota.

Odio cada vez que Nicolai dice esa palabra. «Maldita», siempre me impacta el desprecio que brota de sus labios cuando la dice.

A menudo me quedo reflexionando sobre las cosas que veo y escucho, pero jamás me relajo. Me mantengo siempre alerta. De pronto, uno de los esclavos entra, sosteniendo en sus manos un vaso de agua y dos píldoras.

—Tendrás que despertar a Kassia si quieres que nos acompañe. Ahora, abre tu linda boca.

«Kassia». Aborrezco poderosamente ese nombre, porque es el que ellos decidieron darle a mi niña, escogieron aquel, ya que su significado indica pureza.

¡Aaagh! Quiero darle voz a mis gritos, hacerlos audibles, liberar mi frustración, mi dolor, mi pavor, mi furia. Desde el momento de su nacimiento, se aseguraron de moldearla y prepararla para el destino que planearon para ella; una mujer sumisa, criada para la absoluta obediencia, para su eterna condena de esclavitud, para romperla, rearmarla y volver a lastimarla, pero jamás permitiré que eso suceda.

Por eso, ahora debo reprimir mis deseos y hacer todo lo necesario para salvarla y protegerla. Ya le di un nuevo nombre, uno que solo ella, tú y yo conocemos: Serena. Ese es el futuro que sueño para ella, una vida tranquila y sin temores.

No les daré a mi hija, ella jamás les pertenecerá, no lo consentiré. Prefiero poner fin a nuestras vidas, antes que permitir que la destruyan.

Y antes de que se arrepientan de haber consentido que mi pequeña nos acompañe, hago velozmente lo que Nicolai me pidió, quien responde acariciando con gentileza mi cabeza.

—Eso es, buena perra. Ladra para mí —exige, divertido.

Lo hago una y otra vez mientras él se ríe. No me sorprende que lo haga, siempre sucede lo mismo. Ya me he acostumbrado. Mi hija se despierta con mis fuertes ladridos y es su turno de tragar la maldita pastilla que nos hará dormir. Mis párpados se sienten cada vez más pesados. Me obligo a no arrastrarme hasta ella, Nicolai no me ha mandado a hacerlo, pero no despego mi mirada de la suya hasta que no puedo contenerlo más y cierro los ojos.

Quiero soñar, esta vez quiero hacer memoria. Hago un intento para

recolectar mis recuerdos, desde el más añejo de ellos hasta el presente. No quiero olvidar nada, aunque sea doloroso. ¡Uf! Al parecer, además de egoísta, soy masoquista, excepto que no busco evocar vívidamente para conseguir placer sexual, sino para alimentar mi determinación.

CAPÍTULO 2

Walter, el tirano.

Estoy jugando en la nieve, corriendo y alejándome de mi madre cuando, de pronto, un hombre me sube a un vehículo, cuyas ventanas son totalmente negras. Se trata de alguien muy joven, con ojos azules y brazos fuertes, su actitud impulsiva, perturbada y hostil me asusta. Lloro y grito hasta que me golpea exageradamente duro, una y otra vez, mientras alguien nos conduce de prisa hasta la casa de quien será mi dueño: Walter.

No puedo dejar de tiritar. Quiero regresar con mi mami, pero sé que cada vez estoy más lejos de ella. Deseo que me encuentren pronto. ¡Papá, sálvame!

Continúo gimiendo, llorando despacio, hundiendo mis uñas en el asiento del auto. Siento mi nariz muy húmeda, me toco y descubro que es sangre, es entonces cuando me desmayo.

Cuando despierto, estoy desnuda y rodeada de otros niños en similares condiciones. Se ven todos muy intimidados, delgados, descuidados, golpeados, silenciosos. Mi cuerpo se sacude por el miedo, tengo el terror alojado en mi estómago, formando torbellinos que expulsan un ácido corrosivo por mi garganta, y la incertidumbre contrae dolorosamente los músculos de mi cuerpo.

El instinto me obliga a correr en busca de una salida. Posiblemente, si lo hago rápido, mis papás me hallen antes de que los malos me atrapen. Escucho gritos que no comprendo y fuertes pasos que se acercan hasta alcanzarme. Un monstruo disfrazado de persona tira fuerte de mi brazo y me hace caer. Luego, me arrastra por el suelo frío y duro, de regreso al lugar donde desperté.

De repente, un hombre se acerca a mí, empujando con brío a algunos de los pequeños fuera de su camino. Él me reclama en un lenguaje que desconozco. Miro su rostro y me fijo en su vil mirada azul, oscurecida por la maldad y protegida por unos feos anteojos redondos. Tira fuerte de mi pelo y grita tan alto, que creo que mis tímpanos han explotado, por lo menos, duele como si así hubiera ocurrido. Y nadie aparece para consolarme.

Mi miedo crece, sé que lo que está por venir me cambiará para siempre.

Ya que estoy narrándote mi vida, me parece inteligente decir que él fue uno de los peores, el ser más sádico y despiadado que conocí alguna vez. En realidad, no. Creo que Larisa es peor. Aunque, sin duda, también ha habido otros, pero no era a mí a quien reclamaban. Te lo digo, porque quiero prepararte para cuando leas el resto de esta historia.

Walter y sus amigos fueron terribles sin necesidad de violarnos o incentivar a otros a hacerlo, ya que eso no era lo que ellos buscaban. No era el sexo lo que les satisfacía, sino infligir dolor. Sus constantes castigos eran inhumanos, por supuesto, cómo podían ser distintos, si nosotras no teníamos valor alguno para ellos. Lo comprendí cuando uno de los hombres mató a una de las cautivas durante su macabro juego y, a los pocos minutos, tuvo a otra que ocupara su lugar.

Le temo mucho al hombre de la barba negra, porque a él le gusta cortar. Ríe y disfruta de la sensación de la sangre tibia recorriendo sus dedos. Afortunadamente, jamás se ha fijado en mí, y no tiene por qué hacerlo, pues solo goza de las mujeres de cabello claro.

No puedo moverme muy bien, debido a que ayer recibí una patada en las costillas que sigue doliendo. Bajo la mirada a mi piel teñida de una gran gama de colores: negro, morado, azul, rojo, verde, amarillo. Intento inspirar con suavidad, porque si inhalo muy profundo, lastima mucho más.

Así estoy, tratando de concentrarme en mi respiración y de enmudecer los gritos de auxilio de los demás, cuando el hombre en cuestión aparece y centra su atención en la chica que me ha consolado varias veces a escondidas, no sé su nombre, lo tenemos prohibido. Aquí, todos somos nada y no tenemos permitido hablar.

Pienso que, una vez que él se canse de desquitarse con su diminuto cuerpo, será mi turno de brindarle ayuda. Me apresto mentalmente para la tarea, no será fácil desplazarme en este estado, pero ella va a necesitar de mí, por lo que necesito fortalecerme y aguantar. Observo cómo él amarra su frágil cuerpo a una silla y empieza a abrir su carne con un enorme cuchillo, mientras ríe a carcajadas.

Los gritos de agonía de la pequeña, pidiéndome auxilio me atormentan. Me horrorizo cuando el tipo se desnuda para comenzar a mojarse en su sangre, ignorando las súplicas que poco a poco van silenciándose ¡Termina rápido para que pueda ayudarla! Sin embargo, ella no resiste mucho y pierde la vida.

Descubro la crueldad en ese momento, cuando el hombre espera ansioso a que le lleven otra para continuar satisfaciendo su enfermiza fantasía, dejando caer el cuerpo inerte de la joven sin cuidado ni arrepentimiento. Continúa con su actividad, extasiado.

Cuando quiero ir con la chica, alguien azota mi espalda y el resto de mi cuerpo hasta el aturdimiento. Al recuperarme un poco más, noto que me encerraron en una especie de ataúd que tiene algunos agujeros, aunque no los suficientes para respirar con normalidad. Intento pegar mis labios a los orificios, pero no puedo moverme bien, mis pulmones no consiguen llenarse apropiadamente y mis costillas reclaman con más violencia.

Mi cabeza da vueltas, estoy mareada y aturdida. Los latidos de mi corazón me parecen erráticos. Creo que he estado metida aquí durante horas, días tal vez. Lloro, grito y pataleo, llamo a mis padres, pido auxilio, pero nadie hace caso a mis ruegos. Tengo sed, hambre, frío, miedo; y estoy sucia con mi orina. Desesperada, lastimada, desahuciada, pegajosa y sudorosa.

Un calor reconfortante comienza a adormecerme, ya me cansé de llorar. Incluso, me parece que he quedado sin voz. Sin embargo, el sueño no alcanza a llegar. Alguien abre rápidamente la cubierta y me obliga a reaccionar, es Walter.

Lo primero que él me dice al liberarme es que apesto y necesito de un baño con urgencia, porque nadie querría jugar conmigo así. Obliga a dos de sus esclavos adultos a arrojarme a un tanque profundo, mientras él presiona con firmeza mi cabeza bajo el agua, lucho tanto como puedo, pero mi energía se agota y me rindo, creo que este será mi fin, pero no, todo es parte de su castigo. Vuelve a golpearme y repite todo el proceso del encierro y la inmersión.

Lo peor es que no soy la única que sufre. Me obligan a observar las atrocidades que les hacen a los demás para que aprenda a no reaccionar...

En esos tormentosos recuerdos, sí que no quiero profundizar, porque duele mucho más; además, me siento responsable de la agonía de algunos y de la muerte de otros. Espero que puedas entenderlo, aunque, realmente, no creo que importe si lo haces o no.

Después de esa dura experiencia, he sido una de las pocas que ha podido sobrevivir a Walter durante un periodo tan largo, porque he aprendido a mantener mi vista pegada al suelo y a aceptar en silencio lo que se me imponga. También he aprendido a no rebelarme y a tragar mis lágrimas. A

sobrevivir, sin pensar ni sentir. Ese tirano sabe bien cómo doblegarnos.

El tiempo ha pasado y nada cambia. Todos los días alguien resulta muerto. Desaparece uno y llegan dos en su lugar. Cada vez somos más. La mayoría exhala su último aliento a los pocos días de haber sido traído. Hay quienes llegan marcados y ya saben qué hacer; lo que me hace pensar que han tenido otros dueños antes de Walter.

También hay niños rebeldes y desafiantes que estimulan la corrupción de los clientes. Respecto a estos últimos, descubrí hace mucho que le pagan bastante dinero a Walter para mantener esta perversa doble vida.

Estoy creciendo y me da miedo; se acerca mi momento de partir.

De pronto, comienzo a sangrar entre mis piernas. No sé por qué motivo sucede. No obstante, he visto que a otras les ha pasado. Primero, su cuerpo comenzaba a cambiar, les salían pelos gruesos bajo sus axilas y en su pubis. Además, sus senos se hinchaban. Luego, sangraban sin la provocación o intervención de nuestros captores. Cuando eso ocurría, siempre terminaba igual, se las llevaban y no regresaban.

Yo ya había notado esas mismas transformaciones en mí, pero pensaba que, si obedecía en todo, podría evitar que me sucediera lo mismo. Me aterro, mas, a pesar del miedo, me mantengo callada, no quiero que nadie lo descubra. Sin embargo, una de las niñas nuevas comienza a gritar cuando me ve y alerta a Walter.

Él me ata al poste de los golpes y azota mi vientre, piernas y senos un par de veces, e incentiva a sus amigos a escupirme y a orinarse en mí. Está iracundo, asqueado, exasperado. Aguanto estoica sus maltratos e insultos. Claro, a esta altura, ya comprendo su idioma; se queja diciendo que estoy arruinada, que ya no le sirvo.

Después, obliga a los otros niños a asearme, y me lleva como regalo de cumpleaños a mi siguiente dueño: Stefan. Quien, aparentemente, me vio en una de las retorcidas fiestas que se celebran en este lugar. Al parecer, había manifestado en varias ocasiones su deseo de comprarme, pero Walter rehusó la oferta. ¿Por qué? No sé, a él le fascinaba el dinero. Entonces, ¿por qué rechazarlo? Tampoco sabía a qué se debía el interés del tal Stefan, pero pronto lo descubriría.

¿Te escandalizas? Te comprendo. En ese entonces, me asombraba tanto la frialdad como la falta de empatía y remordimiento de estas personas, pero ya no.

De hecho, era bastante ingenua; había tantas cosas que ignoraba. Por ejemplo, no sabía que mi sangrado era algo natural y que continuaría pasando cada mes, durante un par de días; creía que era alguna especie de condena o algún tipo de enfermedad. Afortunadamente, mucho mucho tiempo después, cuando aprendí a leer, descubrí varias cosas que desconocía. Incluso, aprendí que ese proceso tenía un nombre especial: menstruación.

En fin, eso no viene al caso. Mejor sigo relatándote mi vida.

CAPÍTULO 3

Stefan, el amo.

Me habían inyectado en el cuello con alguna especie de narcótico para trasladarme. Imagino que eso fue lo que me provocó un fuerte dolor de cabeza al despertar. He estado horas o, tal vez, días encerrada en esta reluciente habitación completamente blanca, desprovista de ventanas y de muebles.

El vacío y el silencio me desquician, quiero desesperadamente rasgar las paredes con mis uñas o encontrar alguna forma para huir pronto, pero no me atrevo a acercarme a la puerta, por miedo a la reacción que pueda desencadenar. No olvido lo que sucedió con Walter cuando me dejé llevar por mis impulsos primarios. Stefan podría ser aún más ingenioso y sanguinario con sus torturas.

Me encuentro perdida, sin saber cómo actuar. Este lugar me estresa y angustia. Sobre mí, ilumina una intensa luz blanca que me irrita los ojos y acrecienta mi dolor e impotencia. Me vendaron las heridas y, a pesar de no recordar haber ingerido algo de comer mientras estaba aún consciente, no tengo hambre ni sed.

Después de mucho tiempo sin compañía, la puerta finalmente se abre, y entra un hombre que habla en el mismo idioma que tanto me costó aprender, aunque con un acento muy diferente.

—Mírame, deseo ver tu rostro. —Inmediatamente hago lo que demanda.

Estoy aterrada, no sé qué esperar. ¿Más golpes? ¿Humillaciones? ¿Algún trato más inclemente del que ya he conocido? Aunque, al parecer, Stefan me ha visto un par de veces, yo no sé quién es él. ¿Alguno de los que orinó sobre mí, tal vez? ¿Uno de esos que disfrutaba usándome de tapete para limpiarse con ahínco los pies? ¿Tal vez ese que siempre azotaba mi cuerpo con duras cuerdas? Lo ignoro.

Jamás se me permitió mirar a los clientes a la cara, por lo que es imposible saberlo. De hecho, el rostro de Walter quedó grabado en mi memoria el día que nos conocimos, porque después de ese momento, he tenido que

acostumbrarme a mantener mi cabeza constantemente agachada...

¡No es porque yo quiera, sino que es lo que se espera que haga! Ya no existo, soy solo carne... una diversión pasajera. ¡A quién le importa mis lágrimas! ¡A quién le preocupa mi miedo! ¿Habrá algún mundo afuera de este que sepa lo que estoy viviendo? ¿Existirá alguien que esté luchando por mí? ¿Seguirán buscándome o ya se han rendido? Supongo que ya nada de eso interesa.

—Eres verdaderamente hermosa, puedo ver tu potencial. Tus grandes e inocentes ojos me están rogando que conquiste tu cuerpo y así lo haré. Pronto, estaré muy dentro de ti, disfrutando de lo que es mío. Aunque Walter dejó sus marcas en tu piel, eso no ha hecho mella en ti, sigues siendo apetitosa y deseable. Además, puedo ver que posees una sensualidad innata que necesitas explotar. —Hace una pausa, me observa detenidamente y, luego, continúa—. Sin embargo, la belleza no te garantizará mi afecto y, todavía, no estoy seguro de si te conservaré. Creo que podría venderte a muy buen precio... —Toma mi rostro en su mano derecha, lo gira de un lado a otro mientras me detalla—. Mmm... Aunque podrías obtener un lugar privilegiado en mi hogar, si te adaptas bien y consigues dar lo que se espera de ti. Hacerte mi mascota, subastarte o dejar que seas mi esclava para siempre solo dependerá de tu desempeño, ¿me entiendes?

Asiento tímidamente, mientras contengo el aliento hasta hacer que mis pulmones ardan. Lo cierto es que no estoy segura de lo que quiere decir, debo estar preparada para saber actuar de forma rápida e inteligente.

—Bien. Te advierto, más de cincuenta esclavos lo han intentado y, hasta ahora, solo una lo ha conseguido, más tarde conocerás a Berta, ella es una gata muy especial.

Un escalofrío recorre mi cuerpo. No sé si pueda darle lo que ansía, pues, por más que lo intento, no entiendo aún qué debo hacer exactamente. Me da miedo no saber cómo hacer para sobrevivir.

—Te preguntarás qué es lo que espero. Me encantaría que superaras mis expectativas, pero soy realista. Lo único que requiero de ti es: mi placer.

¿Cómo puedo dárselo? ¿Qué significa eso?, ¿dejar que me haga lo mismo que Walter? ¿Quiero hacerlo? ¡Claro que no! Pero debo, porque aún valoro mi vida. Sin embargo, en ciertos aspectos soy muy tonta o inocente, no importa cómo se vea, al final es lo mismo.

—Conozco los métodos de mi amigo Walter y dudo mucho que desees

continuar con más de lo mismo, porque te aseguro que yo puedo ser más implacable —declara con ferocidad.

Tiemblo sin poder mantener el control sobre mi cuerpo. No quiero más torturas. No más gritos, no más sangre, no más dolor.

—Te repito, está en tus manos y en el resto de tu cuerpo... —agrega, recorriendo mi anatomía con un brillo extraño en su mirada, que me hace sentir incómoda y con ganas de apartarme— conocer mi lado amable o desatar la oscuridad que hay en mí. Ahora te pondré a prueba para verificar si has comprendido bien. Bésame.

Sin despegar mis rodillas del piso, poso una y otra vez mis labios sobre sus zapatos con toda la veneración que soy capaz de entregar. Pocos segundos después, Stefan me toma bruscamente del brazo, obligándome a ponerme de pie, pero mis rodillas no logran sostener mi cuerpo, y me desplomo estrepitosamente de regreso al suelo. ¡No tengo la costumbre a estar en esa posición!

Por más que intento levantarme y mantenerme erguida, no lo consigo. Mis manos y rodillas colisionan una y otra vez contra el cemento. Veo a Stefan y evidencio que está al borde del colapso, estoy llevándolo al límite de su tolerancia. Intento transmitirle mis disculpas con la mirada. Finalmente, él suspira frustrado y me sostiene con firmeza contra su cuerpo.

—Besa mi boca —modula un tanto irritado.

Repito la operación, pero esta vez, mis besos caen en el lugar exigido. Las lágrimas descienden una tras otra por mis mejillas. Apoyo mis labios contra los suyos con desesperación, esperando conseguir su aprobación.

Jamás he besado a un hombre ni a nadie, solo a mis padres, pero trato de besarlos sin descanso.

—Decepcionante. —Stefan me deja caer con violencia al duro suelo. —No sabes besar —bufa reprobándome. —Probablemente, no hay nada que sepas hacer. Necesitas ser adiestrada. Veré que te den el entrenamiento apropiado.

Se va, nuevamente, dejándome sola. ¡Qué cosas se supone que debo conocer! Mi evidente ignorancia me llena de una potente sensación de desesperanza. Lloro lloro y lloro, atormentada, creyendo que se deshará de mí. Mi pesimismo brota a raudales por mis ojos hasta que, sin notarlo, me quedo dormida.

Sueño con mi dolorosa muerte una y otra vez: ahogada, apuñalada, asfixiada, degollada... Tortura, calvario, tormento.

Pocos minutos después de despertar, una mujer encadenada me lleva hasta una habitación muy oscura, iluminada escasamente por una pequeña lámpara que cuelga del techo. Allí, observo unas imágenes que se reproducen en una tela blanca frente a mí: personas acariciando, pellizcando, besando y penetrando a otras que se encuentran atadas. Algunos rostros reflejan dicha, otros, dolor; otros, vergüenza. Este es un tipo de violencia que desconozco, uno que ataca concretamente a mi mente.

Me obligan a permanecer aquí durante demasiados días. Al parecer, ha decidido no aniquilarme. Me está dando otra oportunidad, pero me asusta volver a equivocarme.

Me fuerza a ver revistas y películas pornográficas. Jamás había visto o vivido ese tipo de cosas. El terror a lo desconocido se hace más punzante. ¡Estoy harta de escuchar una y otra vez aquellos agudos gritos, esos asfixiantes gemidos y aquellos roncros gruñidos! Labios, manos, lenguas, salivas y otras secreciones desconocidas.

¿Es eso lo que me está exigiendo Stefan? Mi entrepierna se encuentra constantemente húmeda, caliente y palpitante, me siento incómoda. Tengo la extrema necesidad de un alivio, pero no sé cómo conseguirlo. Sentada sobre la alfombra rugosa, me froto contra ella. Me fascina y disgusta la sensación a partes iguales.

A mi alrededor, también hay muchos libros apilados, pero jamás aprendí a leer, así es que es inútil intentar descifrar su contenido. Sin embargo, estoy bastante convencida de que tratan de sexo. Especialmente, por las imágenes que se representan en algunas de sus páginas. Cuerpos contorsionados en posiciones, muchas veces, extrañas y, que parecen imposibles de imitar.

Cada cierto tiempo, entra una mujer encadenada, quien me trae agua y sopas; a este ritmo, temo perder también la costumbre de usar mis dientes.

Los segundos de mi estancia en este cuarto, ajena a lo que ocurre afuera y a lo que Stefan tiene planeado para mí, me dejan nerviosa y sobresaltada, con el corazón latiendo de prisa, esperando que me ponga a prueba de una vez por todas.

Siento un gran alivio cuando escucho que la puerta se vuelve a abrir, tengo mucha hambre, pero me angustio cuando escucho a Stefan ordenarme:

—Mírame.

Cuando hago lo que me impone, quedo impactada al ver quién viene acompañándolo. Nunca olvidaré esos ojos celestes. Está mayor, ahora luce

como un hombre y no como un adolescente, pero estoy segura de que es él, mi secuestrador.

—Nicolai, amigo; al parecer, has causado una impresión. ¿Me vas a decir que es a ti a quien debemos agradecer por contar con tan magnífico ejemplar?

«Nicolai». Registro su nombre en mi memoria para no olvidarlo jamás. Si algún día logro escapar de este lugar, necesitaré recordarlo. Y lo mataré, estoy convencida de ello.

—Así es, mi buen Stefan. Debo decir que es una grata sorpresa ver su evolución. Es imposible no reconocerla, puesto que fue la primera que adquirí para comercializar.

—Maravilloso. —Aplaude teatralmente en respuesta.

He descubierto que, en este mundo, todos son mentirosos. Tanto los comerciantes como los amos, todos fingen amabilidad y cortesía, pero están llenos de envidia y traición.

Stefan me observa seriamente, analizándome. Su mirada no me asusta, sino que me enfurece. Odio a ese hombre desde lo más profundo de mis entrañas. Incluso, tengo que hacer un gran esfuerzo para reprimir mis instintos asesinos.

—No habrá problema, puedo encargarme de ella.

Esas escuetas palabras me regresan a la realidad de mi situación, ya no sé qué pensar ni sentir. ¿Me pondrán a prueba ahora?, ¿en este lugar? ¿Los dos juntos, como vi en aquellas impactantes escenas?

Debo ser despabilada y resistir. ¡Quiero vivir! Eso es todo en lo que soy capaz de pensar.

—He decidido esperar un tiempo por ti, mejor será que valga la pena, porque no soy conocido por mi paciencia y, aparte de eso, estaré invirtiendo una gran cantidad de dinero para tu entrenamiento. He contratado los servicios de Nicolai para que te prepare para mí. Le obedecerás y serás siempre complaciente. ¿Entendido?

Asiento enérgicamente, mientras el rencor corre espeso por mis venas. ¿Deleitar al autor de mi destrucción? Lo haré, pero algún día se dará la ocasión para mi venganza. Es una promesa que pretendo cumplir.

—Amigo, recuerda que su virginidad es exclusivamente mía. Instrúyela en todo lo demás. Puedes usar los métodos que te resulten más convenientes. Tengo la total intención de disfrutar enteramente de ella.

—Por supuesto —contesta mi enemigo con falsa modestia.

Insisto, odio profundamente a ese hombre, a todos ellos en realidad. Son

seres viles, incapaces de sentir amor, a menos que sea por ellos mismos.

¿Millonarios con gustos peculiares? Dirán cualquier cosa para justificar sus «excentricidades». ¡Cómo es posible que alguien permanezca imperturbable, con su consciencia tan tranquila, cuando se lucran con el dolor de otros! Claro, lo sé bien, el dolor es rentable y el miedo también. Además, es un método efectivo para controlar a aquellos con menos poder. El asunto es dominar y manipular a pobres e incultos, vulnerables y desamparados. Poner el pie encima de los que estamos abajo.

—Los dejo solos para que comiencen a la brevedad.

CAPÍTULO 4

Nicolai, el maestro.

Regreso mis ojos al suelo, porque ya no soporto continuar viendo su rostro, sin importar las consecuencias que me genere. Siento mi cara hirviendo por la ira, mis ojos inundados por el resentimiento y mi garganta apretada por la impotencia. La adrenalina sube efervescente a mi cabeza, azotando mi cerebro de un lado a otro, mareándome, atolondrándome, incitándome a luchar.

La respiración se me agita, mi pecho sube y baja cientos de veces por minuto. El fuego se desprende de mis recuerdos y emociones abrasando mi raciocinio, enviando un hormiguelo de locura a través de la poca cordura que me queda. El elástico está a punto de romperse.

—Sigue así, esa actitud combatiente me incita —advierde, sarcástico.

Y así, de golpe, sus palabras me recuerdan que no estoy en posición de iniciar una pelea, porque jamás podré ganar. Además, no quiero animarlo a que me haga algo que seguramente me marcará para siempre.

Me calmo y recupero el control, inspirando profundamente varias veces seguidas. Al principio, todo es silencioso. Se pasea haciendo círculos a mi alrededor, alejándose y acercándose. Ya sé que busca intimidarme y, en cierta medida, lo está consiguiendo. Mi aparente fortaleza me abandona sin que pueda hacer algo para mantenerla en mi interior.

La incertidumbre está provocando estragos en mis emociones, sé que lloraré en cualquier instante, pero me niego a darle a Nicolai ese placer. No otra vez. Puede hacer uso de mi cuerpo, pero nunca seré completamente suya ni de cualquier otro.

—Reconozco que desearía acelerar las cosas contigo, eres una tentación —admite con la respiración agitada—, será muy difícil contenerme, pero tengo que ser un maestro insuperable. Te convertiré en la mejor mascota de todas. La paciencia es vital y me pagarán muy bien por ella.

Escucho sus palabras y sigo sin comprender completamente lo que debo hacer, pero estoy determinada a aprender rápido. Si hay algo en lo que soy

buena es en adaptarme.

Nicolai sale apresuradamente y regresa arrastrando una silla tras él. Comienzo a temblar ligeramente, no quiero hacer ninguna cosa con él. Además de la ira y el miedo, me siento nerviosa. Y, ¿si duele más de lo que ya he soportado perteneciéndole a Walter? De pronto, me toma en brazos y me acomoda sobre su regazo. Mi rostro está demasiado cerca del suyo, recibo su aliento caliente sobre mis labios. Tengo pavor y no logro contener los espasmos de mi cuerpo. Me he acostumbrado a estar siempre desnuda, pero en este instante me siento totalmente vulnerable, expuesta y avergonzada.

Estoy alerta y plenamente consciente de qué es aquella dureza palpitante escondida dentro de sus pantalones. Intento dominar el asco y el terror, pero siento que, si no logro controlarme pronto, vomitaré sobre él.

—Te diré lo que haré. He estado investigando mucho acerca del método más efectivo para entrenar a una mascota, y me he animado bastante con la idea de recompensarte cada vez que hagas lo que anhele. A pesar de que no es el método que estoy acostumbrado a utilizar, creo que así, nuestras sesiones de adiestramiento podrían resultar muy placenteras para ambos. —Hace una pausa de casi un minuto, seguramente, para asegurarse de que comprenda todo lo que me dice.

No entiendo lo que intenta explicarme y me frustra, pero no espero nada bueno de él. De hecho, cualquier pensamiento que se instale en su mente, solo puede ser perverso, estoy segura de eso.

—Me aburro rápido, así que me pareció buena idea probar algo distinto. Tal vez, igual que la vez anterior, me des suerte, y te conviertas en mi primera en todo lo que me proponga —señala, haciendo alusión a mi secuestro—. Comprendo que tu conocimiento en esta materia es nulo, por lo que es imposible que te entusiasme con algo que jamás has experimentado antes. Solo por eso, y porque me siento malditamente benévolo, en esta única ocasión, antes de obligarte a cumplir mis exigencias, voy a darte el éxtasis que desconoces, pero las próximas veces deberás ganártelo.

No quiero que me de nada. Solo anhele que se mantenga alejado de mí. En cualquier minuto, la furia se hará cargo, y actuaré de forma precipitada, arrebatada, impulsiva, impetuosa, violenta, sin medir consecuencias... ¡Estoy tan enojada! Dudo que ese hombre sea capaz de darme lo que dice, pero sigo oyéndolo y deseando que todo acabe rápido.

Me reprimo y obligo a encontrar la calma que necesito.

—Primero, no olvides jamás la maldita jerarquía, tu prioridad será siempre tu dueño, por sobre cualquier otro. Segundo, si bien es cierto que durante tu entrenamiento me ocuparé de recompensarte, debes saber que no se tratará de tu gratificación... Nunca. No esperes eso, porque lo harías en vano. Y no confundas mi cortesía con interés, tú no me importas, para cualquiera de nosotros no tienes gran valor. Tú vives solo para hacer lo que se te ordene que hagas. Los rebeldes mueren y los obedientes viven... la mayoría de las veces. Tienes que saber que tu amo te mantendrá con él, únicamente, mientras le seas de utilidad para sus propósitos. No importará si tienes frío, si estás cansada porque llevas días sin dormir, si estás enferma, si algo no te gusta, si tienes hambre o sed, si te duele... deberás cumplir los deseos de tu poseedor sin quejas, a menos que se te pida que lo hagas.

Siempre lo he sabido, pero me duele mirar sus ojos fríos mientras admite que yo soy desechable. Pienso constantemente en por qué me alejó de mi familia. ¡Cuántas personas estarán viviendo la misma situación que yo! Sin embargo, no es el momento indicado para pensar en ello. Necesito enfocarme en las instrucciones.

—Lo fundamental es la cantidad y la calidad del placer que tú proporcionas, y si te entreno a la perfección, puede que deseen devolvarte el favor, aunque lo dudo, nadie se rebajaría a ese nivel. Que te quede claro: ser la mejor, no es una garantía para recibir un trato más benévolo. Te repito, tú eres prescindible.

Bajo la mirada a mis pezones erguidos y siento la mano de Nicolai enredarse en mi cabello para halarlo con fuerza, obligándome a regresar mi vista a la suya.

—Ahora bien, practicaremos los besos una y otra vez. Quiero que me hagas olvidar todos los que he recibido con anterioridad. Los tuyos deben ser positivamente memorables —dice, burlón—. Stefan ya me comentó del maldito fiasco que fueron los que le diste la otra noche. No imaginas cuánto nos reímos mientras nos narraba lo sucedido. Por suerte para ti, eres lo suficientemente linda como para que perdonara tu error y te permitiera intentarlo de nuevo.

¿Orgullo herido? No, perdí eso en mi niñez. No es falsa modestia, más bien, es una vida infame repleta de mierda, una vanidad absurda e infantil corrompida por la brutalidad. Este es solo un nuevo pie, presionándome contra el suelo, intentando quebrar mi voluntad, obligándome a ser diligente, pero ¿si

nunca aprendo?

Sin poder evitarlo, me acomodo sobre su erección, necesito desesperadamente esa fricción. No porque deseo encontrar algún tipo de satisfacción, sino que no quiero morir. No quiero recibir más castigos. No quiero dolor.

De pronto, ahuyentando mi pesimismo, tengo la certeza de que lo lograré. Yo soy hábil y estoy dispuesta a convertirme en la mejor. Incorporaré en mi cerebro cada una de las enseñanzas de Nicolai, sin importar el costo. Me arriesgaré tomando el control de mí misma, y si debo morir intentándolo, pues entonces lo haré. Pero prefiero despedirme de este mundo en libertad y sin dolor.

—Usarás tu lengua para humedecer tus labios y los míos. Comenzaremos suavemente, pero después incrementaremos la intensidad lentamente. Hazlo.

Estoy tan nerviosa que mis manos sudadas se sienten resbalosas y pegajosas. No sé qué hacer con ellas, así es que solo las dejo pegadas a mis muslos. Inesperadamente, él pone sus brazos alrededor de mi cintura y me acerca aún más. Asomo tímidamente mi lengua y mojo sutilmente mis labios. Luego, repito el procedimiento con los suyos, recorriéndolos con parsimonia, delineándolos. Finalmente, uno nuestras bocas.

No quiero sentir, pero lo hago. Me pierdo irremediabilmente en la textura aterciopelada de su lengua. Por un momento, olvido dónde y con quién estoy, mi mente simplemente ha dejado de funcionar. Y, aunque me odio por ello, disfruto meciéndome pausadamente sobre él. Después de muchos años, había olvidado cómo se sentía el contacto físico que no implicara golpes. Intento justificar y disculpar mis actos, imaginando que mi cerebro intenta protegerme, dándome placer para abstraerme de la realidad.

—Sí, muévete así mismo. No te detengas, tiéntame, haz que te desee.

«Cállate y permítame gozar». «No traigas a mí los demonios, con tu voz». Repito en mi cabeza, como un mantra.

—De acuerdo, bastante bien. Juega con tu lengua, acaricia, saborea, explora... Tienes que darle más fluidez y encontrar la sincronía adecuada. Muerde mis labios suavemente.

Regreso a su boca con mayor apetito. Deseo más. Quiero mantenerme desconectada de mi entorno.

Mi piel se eriza por donde sus manos pasan. El calor se concentra abajo,

brota desde dentro mí. Gimo de la misma forma que lo hicieron esas mujeres de las que querían que aprendiera, y Nicolai responde con un ronco gruñido. Me complace averiguar que lo que le hago le está afectando. Estoy al tanto de que es él quien tiene el control, pero yo también tengo cierto poder.

Tengo la intención de utilizarlo, pero no puedo, todavía no sé cómo. Sus dedos juegan en mi vagina palpitante, y ya no soy capaz de pensar. Acompasa el ritmo de su pulgar con el de mis besos, así espanta cada pensamiento que pueda formarse. Mi cuerpo vibra con placer, siento un hormiguelo, acompañado de una luz enceguecedora... El clímax.

—Sublime —murmura.

Abre sus ojos con una expresión extraña y me empuja lejos. Caigo de espaldas y, aunque me duele, regreso rápidamente a mi habitual posición de manos y rodillas en el suelo.

—Mientras yo no esté, seguirás aprendiendo de aquellas películas y revistas. También quiero que leas esos libros para estimular tu parte creativa. Estoy convencido de que la imaginación puede llegar a superar con creces una imagen.

Lo miro temerosa y me retracto, volviendo a agachar la cabeza.

—¿Qué?, ¿no sabes leer?

Niego. ¡Cómo podría haber aprendido! Él me raptó cuando era todavía una niña.

—Supongo que tendremos que trabajar en eso. También me encargaré de que aprendas tantas lenguas como sea posible. Stefan tiene muchos amigos extranjeros, y necesitas comprender todas las órdenes que se te den. A él le fascina compartir y jactarse de sus posesiones.

Así comenzó la instrucción, pasaron los días, dejé que mi instinto se hiciera cargo, porque sabía que me estaba volviendo insuperablemente hábil. Incluso, había aprendido a leer sorprendentemente rápido. Estaba ávida de conocimientos. Ambicionaba convertirme en alguien inolvidable.

Ya no era una simple esclava, era algo más. Impresionaba a Nicolai constantemente con mis avances; y él, sin poder evitarlo, se estaba haciendo adicto a mí, y eso era exactamente lo que buscaba. Sin embargo, yo también me había visto un poco perjudicada. Se me hacía muy difícil admitir que mi cuerpo anhelaba lo que el resto de mí aborrecía.

¿Te asombra? Sí, puede que sea difícil de comprender, pero he descubierto que no se puede juzgar lo que otros sienten. Sobre todo, cuando

no has experimentado en carne propia sus vivencias. Además, los sentimientos no se racionalizan, solo existen, aunque estén equivocados.

En ese entonces, seguía siendo una niña manipulable e inexperta. No sabía lo emocionalmente vulnerable que era. Tampoco sabía cómo mantener mis sentimientos fuera del juego. Me faltaban las técnicas, tanto físicas como psicológicas, que hoy domino a la perfección.

Nos hemos besado muchas muchas veces y hemos llegado en innumerables ocasiones al orgasmo con su toque experto, pero no ha sido suficiente para mí.

—Sé que quieres más —indica con la voz entrecortada, intentando recuperar el aliento—. Y creo que ya estás lista para pasar al siguiente nivel. Mírame y gatea hacia mí.

Me acerco lentamente a él y me aseguro de contonear mi cuerpo como he notado que le gusta. No separo mis ojos de los suyos en ningún momento; saboreo mis labios, dando un fugaz y deliberado vistazo a su bulto erecto. No lo ha dicho, pero sé qué vendrá ahora. Llego hasta donde está sentado, mi cara se encuentra bastante cerca de su ansioso miembro, y mi respiración se ha vuelto superficial, por suerte, he aprendido bien a fingir mi agitación. A pesar de que sí estoy un poco excitada, pero mi razón me mantiene alerta, obligándome a no entregar mi ser totalmente a la situación.

Me cercioro de que sienta mi aliento tibio traspasando la tela de su pantalón, llegando directamente a su pene. Darle sexo oral a Nicolai no es algo que me entusiasme hacer, pero estoy preparada para la actuación; lo miro con ansia y deleite. Él ya no puede contenerse, baja velozmente el cierre y libera su miembro, enreda sus dedos entre los cabellos que caen por mi nuca y me acerca.

—Abre tu boca y chúpalo.

Sé que debo introducirlo tan profundo como sea posible. Lo humedezco desde la base hasta la punta. Succiono su pene; a ratos, con suavidad y parsimonia; luego, cuando menos lo espera, absorbo su miembro con fuerza y ahínco, actuando diligente, golosa y voraz. Paso mis dientes con delicadeza por toda su longitud. Lo llevo hasta el fondo de mi garganta una y otra vez, aumentando deliberadamente el ritmo y la presión.

Todo lo que se oye es mi boca húmeda y sus gruñidos que poco a poco comienzan a escucharse más y más fuerte. Doy un vistazo a su rostro, sus dientes se encuentran potentemente apretados, al igual que sus ojos; su piel ha

enrojecido y está cubierta de una fina capa de sudor. Comienza a balancear sus caderas con violencia y a balbucear algo ininteligible.

Nuevamente, arrastro con templanza mis dientes por la piel sensible de su miembro, recorro con mi lengua cada milímetro de la punta y pruebo con avidez las primeras gotas saladas de su placer.

—Ya casi... casi... Así... así... Tómallo todo... Más fuerte, ¡ahora!... ¡Traga! —grita.

Por supuesto que lo hago, succiono y lamo hasta la última gota de su esencia masculina, pero él, aun así, continúa susurrando esa orden: «traga», «traga»...

Mientras intentamos calmar nuestras pulsaciones, él acaricia un par de veces mi cabeza hasta que la puerta se abre. Stefan entra sonriendo; bajo mis manos y mis ojos de prisa. Nicolai se incorpora rápidamente.

—¡Qué fabuloso espectáculo! Al parecer, tus métodos han estado rindiendo frutos. Creo que no será necesario esperar hasta que se cumpla el año. Me parece que está lista.

—Ella es tuya, es tu decisión, pero no creo que esté preparada para lo que quieres hacerle. No pretenderás que ella vuelva a decepcionarte, ¿verdad? Se me ocurre que, tal vez, podría participar como observadora en una de tus tan populares fiestas. Hace mucho que no haces una, imagino que a ella le vendría bien tener claro tus... preferencias. Creo que su presencia y su actuar te revelarán si efectivamente está lista o no.

—Lo que acabo de observar entre ustedes me dejó muy ansioso. He intentado ser perseverante, pero ella me pertenece y la usaré cuando quiera.

—Por supuesto, lo sé. Por eso, deberías hacer ese evento cuanto antes.

—De acuerdo, pediré que organicen todo para el sábado. Tienes tres días para prepararla.

No sé qué es eso para lo que yo todavía no estoy lista, pero me asusta imaginar las posibilidades. Nicolai tenía razón, desde que aprendí a leer, mi mente alimenta ideas muy locas.

CAPÍTULO 5

Aprendiendo a jugar en grupo.

Estoy tremendamente agotada. Me duele cada músculo, solo quiero dormir. He besado el cuerpo de Nicolai en su totalidad. También me ha enseñado cómo tomar su pene, y el ritmo y presión que necesito aplicar para darle placer, masturbándolo. No entiendo de dónde saca la energía para continuar «disciplinándome».

Cuando él abandona la habitación, dejándome sola; por fin, puedo relajarme. Inmediatamente, cierro mis ojos y me acomodo sobre la alfombra, a la que ya me he acostumbrado, para caer rápidamente en un profundo sueño. Creo que no es mucho lo que he conseguido dormir, porque sigo muy cansada cuando escucho que la puerta vuelve a abrirse.

Traté de despertar, pero me cuesta demasiado conseguirlo. Ni siquiera puedo moverme. Tardo bastante en reaccionar e incorporarme.

En este tiempo de encierro, he sabido desarrollar más mis sentidos. Agudizo mis oídos y abro los ojos asustada cuando noto que no se trata de un único par de pies atravesando la puerta. Efectivamente, Nicolai viene acompañado de dos de los esclavos de Stefan. Se trata de la delgada mujer de cabello rojizo que siempre obligan a atenderme, la acompaña un hombre bastante más joven que ella. Asumo que él debe tener una edad similar a la mía.

—Has aprendido a hacer un muy buen uso de tu lengua en mí, pero es esencial que sepas dar placer a otros también. Incluso, si se trata de seres de tu mismo sexo.

«Seres, no personas». Me molesta la indiferencia y el desprecio con el que se refiere a nosotros, como si realmente fuéramos inferiores a ellos.

—Sé que a Stefan le encanta observar un buen espectáculo homoerótico, sobre todo, si la participante es su amada gata, Berta. Si quieres recibir la misma atención especial que recibe ella, entonces tendrás que lucirte y destacar en todo lo que hagas. Él querrá ver que gozas y que anhelas entregar

placer.

De pronto, comprendo lo que quiere que haga. No estoy segura de cómo reacciono, pero algo inusual debo haber hecho, porque las palabras de Nicolai no tardan en llegar.

—Me halaga tu expresión, pero no puedo creer que hayas sido tan ingenua como para pensar que solo tendrías que satisfacernos a Stefan y a mí. Te lo acabo de explicar; parte de lo que tu dueño disfruta hacer es observar a su mascota siendo amistosa con sus invitados... Ahora, mejora tu actitud y no me decepciones, porque el tiempo se nos está agotando y mi paciencia también. Escucha, si para hacer un buen trabajo contigo es indispensable que te fustigue, pues lo haré, y te prometo que no te gustará.

No quiero ser castigada, las crueles posibilidades que sugiere mi cerebro me horrorizan lo suficiente como para hacerme aceptar dócilmente lo que se me exija.

—Bien. No esperaba menos de ti. ¿Recuerdan las instrucciones que les di antes? —Le pregunta a los esclavos con altanería.

Ambos asienten. El joven de cabello negro tiembla ligeramente, parece nervioso e inseguro, pero es la actitud de ella la que crea un nudo de terror en mi estómago, parece asustada y a punto de vomitar, contagiándome sus náuseas.

—¿Qué están esperando para obedecer?! Dudo que quieran que les suceda lo que les advertí, ¿o me equivoco?

El esclavo comienza a recorrer el cuerpo de la mujer con una gruesa cuerda de algodón, la enreda por toda su anatomía, inmovilizando gran parte de ella, solo tiene libre sus brazos. Luego, se sienta frente a ella con sus piernas abiertas y acomoda la cara de la fémina muy cerca de la erección que lentamente toma más vigor.

Ella se sostiene con dificultad al cuerpo del joven, dada la poca movilidad que tiene. Sus pezones rozan sutilmente sus propios muslos, dejando su trasero muy levantado y expuesto. De pronto, creo saber lo que debo hacer, pero espero equivocarme.

—Perfecto. Intenta no ahogarla mientras te chupa. Ninguno de nosotros desea que la esclava muera. Aunque Stefan no tenga problemas financieros, no apreciará tener que comprar otra a causa de ustedes, y es tú responsabilidad asegurarte de que eso no suceda. Asiente si entendiste.

El hombre tiembla bruscamente y ella lo hace aún más. Sin embargo, él

mueve su cabeza en señal de afirmación.

—Pues bien, ahora tus instrucciones —dice, mirándome fijamente—. En ocasiones, el sexo anal puede resultar muy doloroso si la parte receptora no está relajada y correctamente lubricada. Por tanto, será tu trabajo mojar con tu exquisita lengua ese culo que se encuentra levantado frente a tus ojos. Si a ella le duele cuando él la penetra, será tu culpa. Debes humedecer tanto y tan profundamente como puedas. Después, será tu turno. Él te mojará a ti y yo te penetraré. Divertido, ¿no?

No, es espantoso. No deseo hacer esto. Me produce mucho asco y, realmente, asusta pensar en las consecuencias que habrá si fallo en lo que se me está demandando. Obviamente, no quiero ser la causante del dolor de nadie.

Así es como me doy valor y me acerco lentamente para terminar cuanto antes. Cerraré mis ojos e intentaré abstraer mi mente de lo que suceda. No quiero recordar lo que sale del agujero que me están obligando a lamer. Espero que Nicolai se excite tanto, que no tenga más remedio que masturbarse. Ruego que quede sin energías para invadir cualquiera de mis orificios con su pene.

Mantengo mis manos pegadas a mi cuerpo y hago un gran esfuerzo para mantener el equilibrio; respiro profundamente, cierro mis ojos con fuerza y saco mi lengua para comenzar con la tarea. Contrariamente a lo que imaginé, su cuerpo huele bien, a jabón. Sin embargo, no puedo entregarme a la tarea animadamente.

—¡Lo estás haciendo mal! Si no la sostienes contra tu boca, no conseguirás la profundidad necesaria para lograr la humectación que ella necesita. ¡Poner cara de tortura tampoco es algo agradable de ver! Debe parecer que realmente anhelas esto. Debes hacer que te deseemos, que nos excitemos al punto de reventar la maldita bragueta y manchemos nuestros malditos pantalones.

Camina de un lado a otro, nos mira a los tres con autoridad, conteniendo su frustración, su ira.

—Quienes te observen, deben ambicionar estar en tu lugar, o desear tener la fortuna de ser los receptores de tus mimos. Si no te aplicas en esto, entonces no dejaré que él te lubrique, y tendrás que recibirme en seco y, te aseguro que te dolerá tanto que quedarás resentida durante días. ¡Cada mínimo movimiento que hagas te recordará que estuve profundamente enterrado en tu patético culo! ¡Más vale que hagas lo que te ordeno y no me hagas enfurecer!

Nicolai jamás amenaza en vano, y esta es la primera vez que me grita enojado.

Debo tener presente que, en este mundo en el que todos se creen dioses omnipotentes, los amos siempre cumplen con lo que advierten, ya que adoran recordar a sus subyugados que son ellos los que tienen el mando.

Intento proyectar en mi mente a alguien que me produzca deseo y, en este momento, no me conviene engañarme, esa persona es precisamente quien está dictando las reglas. De seguro, se debe a que ha sido el único que me ha llevado hasta el clímax.

Pongo mis manos en las caderas de la mujer y hundo mi rostro. Paseo mi lengua suavemente por la abertura, imaginando a Nicolai. No es difícil hacerlo, porque solo escucho su voz. Quiero complacerlo, ansío con fervor hacerlo perder la razón. He logrado con éxito silenciar todo lo demás.

Pronto, siento sus manos en mi cintura, alejándome del cuerpo de la esclava y trayéndome de regreso a la realidad.

—Lo hiciste muy bien. Ahora, observa cómo el esclavo desliza con facilidad su pene por el ano que lograste dilatar. Luego, él te dará el mismo tratamiento que tú le diste a ella, y yo entraré en ti.

Efectivamente, el joven penetra a la mujer sin mucho esfuerzo y, a pesar de la situación, yo estoy tremendamente anhelante de que llegue mi turno, y me aborrezco por ello. El hombre no necesita embestirla demasiado, debido a que él ya había estado a punto de eyacular en su boca, durante la felación. Ambos llegan al clímax al unísono, y es maravilloso ser testigo de ello.

Sin tiempo que perder, el esclavo llega hasta mí, puesto que me encuentro con las palmas y las rodillas pegadas al suelo, no necesita hacer mucha presión en mi espalda para hacer que mis senos hagan contacto con la alfombra. Me preocupo por la mujer que se ha quedado olvidada atrás, miles de lágrimas corren por sus delgadas mejillas, se ve adolorida e incómoda, pero no hay nada que pueda hacer o decir. Intentarlo solo agravaría la situación para todos.

El joven rodea mi cuerpo con sus brazos y levanta mi trasero tanto como puede, separa mis piernas y comienza a dar suaves y húmedas caricias con sus labios por mis glúteos y muslos. Se toma su tiempo para cubrir con su saliva cada poro de mi piel, asegurándose de calmar el frenético ritmo de mis pulsaciones. Tiemblo, no sé si por el frío o por la cercanía con este desconocido o puede ser por mi inexperiencia. En realidad, lo más probable

es que sea por todo.

Cuando llega a mi ano, da un largo lengüetazo y comienza a chupar con verdadero apetito, como si quisiera absorberme. Los sonidos que produce su boca sobre mi piel me tienen al borde del abismo. Necesito con urgencia el alivio, mi clítoris se siente descuidado y desea ser atendido.

Puedo sentir cómo mi agujero se abre para él, esperando ser llenado. Quiero que la satisfacción llegue cuanto antes. Es entonces cuando, con tremenda precisión, comienza a hundir su lengua tan profundo en mi interior como le resulta posible, y el ferviente anhelo hace que me dilate más y más.

Mis sonoros gemidos me están llevando rápidamente a la locura. En seguida, mi clamor es atendido por Nicolai, quien empuja al hombre con fuerza y se entierra en mí de una sola estocada. Me duele, sí, pero no tanto como imaginaba. El deseo lo supera todo. Se mueve con maestría en mi interior, con un ritmo exigente y brutal. Sus dedos están fuertemente clavados en mi carne; capturándome, aferrándose a mi cuerpo; marcando, hiriendo y complaciendo a la vez.

Deseo con desesperación moverme, pedirle que aumente el ritmo, pero sé que debo morderme la lengua y contenerme. Este acto sexual es parte de mi entrenamiento avanzado, el propósito es complacer a Nicolai, no al revés.

Libero gritos, aullidos y gimoteos apasionados. Mi piel sudada resulta resbalosa. No obstante, él me mantiene firmemente sujeta, sin detener la implacable velocidad de sus penetraciones. Mi largo cabello húmedo se enreda frente a mis ojos, creando una espesa cortina que me impide ver lo que sucede a mi alrededor. Pronto, su voz se une a la mía para inventar la más excitante melodía.

Mi cuerpo me advierte la pronta llegada de un orgasmo brutal.

—Cuando te diga, te recostarás rápidamente y mirando hacia arriba, y seguirás mis instrucciones al pie de la letra. Mueve tu culo hacia mí si comprendiste —exclama con voz exhausta y entrecortada.

Sin demora, pego mis glúteos a él, sintiendo sus testículos golpear la entrada de mi vagina una y otra vez, lo que aumenta mi temperatura con furia. Me falta muy poco.

—Muy bien, ¡ahora!

A pesar del cansancio y de sentir cada uno de mis músculos acalambrados, me giro y espero el resto de sus indicaciones. Nicolai acomoda una rodilla a cada lado de mis caderas y comienza a masturbarse sin dejar de mirarme.

Tiene los ojos brillosos, con la mirada turbia y oscurecida.

—Abre la boca y déjame ver cuánto deseas saborearme.

Hago lo que me pide y observo su simiente salir disparado hacia mi pelo, mi mentón, mi cuello y mis labios. Se ve agotado, pero eso no es impedimento para que se ponga de pie y se dirija con autoridad al joven al que yo ya había olvidado.

—Desata a la esclava y deja que ella se encargue de limpiar mi semen con su lengua.

Aunque prefería que cualquiera de los dos hombres presentes me lo hiciera, ruego en secreto para que ella me dé la liberación que no alcancé con Nicolai y se deshaga de mi frustración.

La mujer gatea hasta mí y asoma su lengua rosada y aterciopelada. Limpia mi piel sensible; sin embargo, mi orgasmo no hace acto de presencia. Chupa con fuerza mi pelo, al parecer, esa es la zona que más dificultad le genera. A pesar de sus duros intentos, me siento más sucia de lo que he estado alguna vez en mi vida.

Basta solo una fría mirada de Nicolai para que los esclavos abandonen con celeridad la habitación y nos dejen solos, tratando de normalizar nuestras respiraciones. Sigue manteniendo la ilusión de recibir una recompensa por lo que ha hecho hace un par de minutos.

—Ahora, descansa. Volveré en un par de horas.

Posiblemente, no me había desempeñado tan bien como creía.

No sé cuánto tiempo queda para que se cumpla el plazo impuesto por Stefan. Desde mi secuestro, ya no distingo el día de la noche o un día de otro. Solo existo.

Agotada, frustrada, agarrotada y ganosa me acomodo sobre la alfombra, cierro mis ojos y duermo por primera vez en mucho tiempo, profundamente, sin siquiera soñar.

Lo primero que hago al abrir mis ojos es tomar consciencia de mi cuerpo entero. Duele bastante más después del descanso. Cada fibra de mi ser se queja punzándome.

Mentalmente y emocionalmente no estoy mucho mejor. Nicolai aún no aparece y parte de mí lo extraña. Además, necesito que me den más comida, porque estoy más hambrienta que de costumbre. Aunque, mi estómago se comprime y suelta repetidas veces, creando un efecto extraño.

No puedo dejar de pensar en lo que me está pasando. Cada vez que mis

ojos se posan en su dura mirada, mis latidos se hacen feroces; creo que estos quieren gritar algo que yo me empeño en callar y negar. Siento deseos de llorar, pero reprimo las lágrimas.

Durante todos estos años, he aprendido perfectamente a hacerlo. Sé que el llanto no soluciona ni cambia nada. Es más, usualmente, solo empeora las cosas. Sin embargo, la tristeza y el rencor están siempre presentes en mi interior, evolucionando, creciendo, fortaleciéndose.

En momentos de silencio y soledad como estos, intento recordar a mis padres. Añoro guardar conmigo algo de ellos; una voz, un gesto, una presencia, cualquier cosa; pero no puedo permitirme caer en ese profundo hoyo emocional al que suelo precipitarme cuando estoy de este humor.

Tal vez, también tiene algo de influencia el hecho de que pronto menstruaré. Mis pesados y sensibles senos me lo advierten. Además, suelo sentir la pena y melancolía con más fuerza.

Ahora que me he habituado a leer, decido que es mejor perderme en las páginas de un libro para evadir mis emociones.

«...Mientras Julien se disponía a disfrutar de Cardoville y La Rose de Saint-Florent, los dos libertinos, agachados sobre mí, debían alternativamente colocar en mi boca sus dardos embotados; cuando yo se lo chupaba a uno, tenía que sacudir y masturbar con mis manos al otro; después, con el licor espirituoso que me habían dado, debía humedecer el miembro mismo y todas las partes contiguas; pero no debía limitarme únicamente a chupar, era preciso que mi lengua girara en torno a los glándes, y que mis dientes los mordisquearan al mismo tiempo que mis labios los apretaban.»^[1]

—Mmm... «Justine o los infortunios de la virtud». Excelente elección. Muy apropiada para tu iniciación esta noche. Nicolai vendrá en un par de horas, pero, por ahora, creo que necesito relajarme, y tú servirás a ese propósito. He visto que se te da muy bien dar placer con esa boca tan linda que me pertenece.

Stefan llega desnudo y mojado hasta situarse frente a mí. Sujeta mi cabeza con ambas manos, y luego de un gran suspiro entrecortado dice:

—Ya sabes qué hacer.

Quiero cerrar mis ojos y fantasear con Nicolai, pero sé quién es mi dueño. Es a él a quien debo asombrar y enloquecer. Por ello, me dispongo a darle lo

mejor de mí. Todo lo aprendido con mi instructor, las técnicas que he leído y las cosas que he visto las aplico en el hombre al que debo complacer.

Mientras chupo, mordisqueo, acaricio y lamo, miro directamente a sus ojos, intentando transmitir hambre, deseo y devoción. Los gemidos se escurren por mi boca, impactando en su miembro, haciéndolo vibrar y perder el control.

Debo admitir, que me gustaba sentir su piel mojada y su pelo goteando sobre mí, también disfrutaba observar su imponente desnudez. Con el tiempo, descubrí que a él le fascinaba nadar antes de cada fiesta, puesto que le daba una cierta calma antes de que la locura se desatara y diera rienda suelta a sus depravaciones.

—Vas en el camino correcto para convertirte en mi linda mascotita —dice con la mandíbula apretada, liberando su esencia varonil en mi paladar.

No busco únicamente tragar su semen, mi propósito es bastante mayor. Deseo arrebatarse la frialdad, el egoísmo, la crueldad y cada característica que pueda hacerme daño en el futuro, y reemplazarlas por adoración, pasión y, tal vez, podría llegar incluso a surgir el amor.

Reconozco que gocé degustando su sabor ligeramente más salado que el de Nicolai. No desperdicié ninguna gota. Estaba extasiada y orgullosa de mí.

¿Por qué me siento así?! Tan necesitada, dependiente, queriendo agradecerles. ¡Tan débil! Pero, sin importar mis emociones, es preciso que recuerde que esta existencia miserable y patética se la debo a personas como ellos. Me arrebataron no solo el cariño de mi familia, la inocencia y la libertad, sino que también lo que pude haber sido.

¿Cómo sería si no me hubieran raptado?, ¿seguiría viviendo con mis padres?, ¿estaría casada?, ¿sería feliz?

CAPITULO 6

Fiesta de iniciación.

La anticipación me tiene nerviosa y aterrada. Además, me duele no haber visto a Nicolai como Stefan prometió que pasaría. De alguna forma, mi secuestrador es como un bálsamo, su presencia me hace sentir segura y protegida, aunque parezca ridículo o insano.

Se escucha bastante ruido afuera; cosas pesadas siendo trasladadas, voces y murmullos. De pronto, un grupo de esclavos ingresa a mi habitación con una tremenda tina, la que llenan de agua tibia y algunas hierbas aromáticas; uno de ellos me toma entre sus brazos, sin darme tiempo a reaccionar ante lo que está sucediendo, y me posa suavemente dentro de ella.

Los cuatro hombres frotan mi cuerpo afanosamente con gruesas esponjas. Lavan cada centímetro de mi piel, me enjuagan y secan con delicadeza. Luego, desenredan mi largo cabello y lo peinan como una especie de canasta trenzada. Masajean todo mi cuerpo, usando un aceite de un aroma exquisito que provoca comerlo.

Cortan, pulen y esmaltan mis uñas. Maquillan mis ojos, labios y mejillas. Jamás he usado ninguna de estas cosas. No sé cómo luzco, porque desde mi rapto no he vuelto a enfrentarme a un espejo, pero me siento extraña, anómala.

Uno de los esclavos sale y regresa al poco rato con algo entre sus manos, se trata de un frasco transparente, cuyo contenido es algún tipo de gel rojo. Los otros tres hombres, me agarran fuertemente, inmovilizándome, mientras el que sujeta la sustancia misteriosa comienza a acercarse a mí cada vez más. Mi corazón late fuerte, siento que en cualquier minuto saldrá expulsado fuera de mi cuerpo y me dejará atrás, abandonada. Quiero gritar para que llegue alguien en mi ayuda y casi lo hago, pero he logrado contenerme.

El hombre de ojos rasgados toma un poco de aquel extracto entre sus dedos y lo frota suavemente en mi clítoris y en los pliegues de mi vagina. Repentinamente, Stefan ingresa, acerca su rostro a mi intimidad y la sopla suavemente; de inmediato, siento un intenso calor en esa área, que responde

con decenas de palpitaciones por minuto. Deseo su toque con locura y desesperación. Saca unas esposas de uno de sus bolsillos y las cierra alrededor de mis muñecas.

—No quiero que acabes con la fiesta antes de tiempo... Te ves preciosa, han hecho un trabajo espectacular contigo. Pareces la mejor de las diosas, sin importar la mitología de la que proceda. Cualquiera artista mataría por encontrarse con una musa como tú. Y adoro el aroma de la vainilla y el jazmín en tu piel, me incita a chuparte entera... No sabes cuánto odio que me hagas sentir avaricioso y egoísta. Primera vez que no me emociona una de mis fiestas, quiero cancelar todo y disfrutar de ti hasta que se me agote la energía. Tal vez, solo seas un capricho. En fin, no importa, mayor razón para presentarte a mis amigos. Es posible que, con la ayuda de ellos, logre sacarte de mi mente de una vez por todas. Y si quiero disfrutarte, lo haré. Eres mía.

Saca un frasco de su otro bolsillo, desenrosca la tapa y embetuna sus dedos con el contenido, para luego aplicarlo generosamente en mi ano. Después, antes de levantarse y alejarse, da un suave y húmedo mordisco a cada uno de mis glúteos.

Mi intimidad se encuentra tan sensible, caliente y ávida que me tiene completamente vulnerable y volátil, pero es evidente que tendré que tratar de ignorar mis ganas. Además, debo mantener mi mente enfocada y estar preparada, ya que, en poco tiempo, descubriré lo que Stefan tiene planeado para mí en la gran fiesta que ha estado preparando y, dado que el entrenamiento con Nicolai ha sido tan intenso y desgastante en este último tiempo, temo que pueda tratarse de algo todavía más exigente y agotador de lo que he experimentado hasta ahora.

Justo antes de atravesar la puerta, Stefan me da una peligrosa mirada.

—Vendré por ti en un par de minutos, para que me acompañes a recibir a los invitados. Te advierto, sin importar lo que te haya confesado antes, no consentiré ninguna tontería. Más vale que te comportes.

Sale de prisa, y sus palabras me llegan como un escalofrío. Puedo sentir en mi estómago el gran peso de su amenaza, cuando un líquido ácido sube por mi garganta y se aloja allí, quemando e irritando. Miro detenidamente a cada uno de los hombres que se encuentran encerrados conmigo. Todos se ven asustados, aunque indudablemente, no soy la primera a la que le dan este «tratamiento especial». Me queda claro cuando me alistan de forma tan coordinada, rápida y eficiente. Y, por si fuera poco, tras la partida de mi

«amo», los esclavos no dejan de regalarme miradas tristes y compasivas, acrecentando mi terror.

A pesar de mi miedo, los impulsos físicos tratan de imponerse por sobre cualquier emoción. Por eso, preciso atender mis necesidades cuanto antes, para enfocarme totalmente en mi supervivencia. Sin embargo, cada vez que intento aliviar de alguna forma mi creciente excitación, mis acompañantes anticipan mis movimientos y lo evitan.

Uno de ellos, se para rápidamente frente a mí y ve directo a mis pupilas, su mirada nerviosa me transmite un infierno de terror. Niega un par de veces con su cabeza, dándome una advertencia silenciosa. Entiendo su mensaje y asiento suavemente. No nos expondré a más castigos de los que ya sufrimos a diario. No añadiré en mi cerebro más recuerdos sobre daños colaterales por mi causa.

De pronto, se escucha un tintineo que hace que los hombres salgan de prisa, llevándose la tina con ellos. Una mujer de piel oscura, ojos verdes, labios gruesos y exuberantes rasgos ingresa gateando y contoneándose.

El ruido que había escuchado proviene de un pequeño y reluciente cascabel que pende de su cuello, unas brillantes orejas puntiagudas se asoman por entremedio de su cabello negro, y una pequeña cola peluda cuelga de su trasero, lo que me asombra e incomoda a la vez. Stefan entra y acaricia suavemente la cabeza de la mujer, quien responde con un suave ronroneo.

—Ella es mi querida gata, Berta. Llegó hace un par de años en condiciones muy similares a las tuyas y, en este tiempo, ha sabido ganarse mi confianza, gracias a su completa obediencia y a su anhelo por complacerme a diario. Por eso, la escogí para ser mi mascota. Ahora, ella goza de mimos y placeres que cualquier esclavo soñaría. Puedes ver lo feliz que es conmigo. Tú también podrías serlo si haces todo lo que te ordeno y te preocupas de mantenerme satisfecho —expresa, caminando lentamente hacia mí.

Stefan saca una llave del bolsillo de su traje negro y me quita las esposas.

—Ahora, vamos a recibir a los invitados.

Berta gatea coquetamente hasta posicionarse a su lado. En ningún momento mira en mi dirección, parece que yo soy un ser totalmente invisible para ella. Se me hace obvio lo poco relevante de mi existencia. Desde hace mucho tiempo que ya no soy persona, dejé de serlo en cuanto me secuestraron. Ahora, soy solo un objeto.

Creo que por eso no se interesa en mí, y admito que su actitud tan

indiferente me molesta, haciendo que la odie inmediatamente. ¿Acaso no estamos ambas en condiciones similares? Ninguna es realmente libre, ni siquiera ella. Berta no es mejor que yo, ¿o sí?

Me siento insegura y conflictuada, el solo hecho de salir de la habitación me produce sentimientos encontrados. Por una parte, me llena de una sensación de libertad, pero por otra, me atemoriza lo que pueda encontrar. Pienso que si quiero recibir el mismo trato que ella, debo imitar lo que haga. Poco importa que me desagrade, lo vital es conseguir mis propósitos. Precisamente por eso, me ubico al otro costado de Stefan.

—Muy bien, lo estás entendiendo muy bien —señala, acariciando mi mejilla con delicadeza.

A pesar de que quiero observar todo lo que me rodea y, tal vez, buscar ilusamente una salida, decido seguir copiando los movimientos de la esclava que se convirtió en mascota. Ella mantiene su mirada en el suelo y, de vez en cuando, se frota contra la pierna de Stefan. Por supuesto, hago lo mismo. Berta me mira fugazmente, demostrándome su desprecio, pero finjo que su actitud no me importa.

Nos detenemos junto a una enorme puerta por la que empiezan a ingresar muchas personas, cuyos calzados lucen muy relucientes. No recuerdo haber visto algo así de brillante alguna vez. Mi mente divaga en las vidas que imagino que tienen.

He aprendido bastante sobre el dinero; sé que, si lo tienes en grandes cantidades, eres capaz de comprar cualquier cosa o persona que desees. No se necesita demasiado para entender que estas personas tienen de sobra. Me pregunto si su fortuna se debe completamente al comercio de personas esclavizadas; supongo que sí.

Mi cabeza comienza a latir furiosamente, una sensación vertiginosa se apodera de todo mi ser, la temperatura aumenta desde mis entrañas, la rabia y desolación comprimen mi pecho, aprieto los dientes con fuerza.

¡Deseo escupir en sus pies, morder y arañar sus piernas, desmembrarlos con mis propias manos, torturarlos y asesinarlos! Sin embargo, me quedo inmóvil y silenciosa, tragando mi ira e intentando hacerla desaparecer. Respiro profundamente, con calma, intentando esquivar los pies de los cientos de guardias e invitados, arrimándome más a Stefan, quien responde con una gentil palmada en mi columna.

Todos lo saludan con gran respeto y cariño, no sé si en su fuero interno

sienten miedo o admiración, pero me sorprende cómo se desenvuelve entre estas personas. Él les responde con algunos chistes, los cuales no me parecen nada gracioso, tal vez, porque no los entiendo, pero sus invitados siempre ríen.

Este hombre posee una especie de carisma y magnetismo que hipnotizan.

Cada cierto tiempo, las visitas acarician la espalda o la cabeza de Berta, quien responde frotándose contra ellos y permitiendo que sus manos vaguen por su cuerpo desnudo, sin manifestar rechazo. En cuanto a mí, no sé por qué me ignoran completamente, pero lo agradezco.

«¡Ay!», contengo el grito de dolor. Una mujer acaba de clavar su tacón en mi mano al pasar junto a mí, me duele mucho, pero he sufrido cosas bastante peores, lo que me permite ser fuerte y aguantar estoica. Al parecer, el hecho no pasa desapercibido para Stefan, ya que se agacha y pone un dedo bajo mi mentón, obligándome a que lo mire.

Me siento abrumada y sin saber qué hacer, estoy haciendo un gran esfuerzo para no derramar las lágrimas que he estado conteniendo. Él acerca sus labios a los míos y me da un espectacular beso, que casi roba todo mi aliento. Su muestra de afecto me recuerda lo necesitado que se encuentra mi clítoris por ser tocado y lo indefensa que estoy por el creciente deseo de afecto y atención.

—Estás haciendo que me sienta muy orgulloso de ti —susurra antes de ponerse nuevamente de pie.

—Amigo mío, perdona la tardanza. El trabajo en la delegación y los negocios extracurriculares me mantuvieron muy ocupado el día de hoy. Ha sido una peste de nunca acabar.

La voz pertenece a Nicolai. Las manos comienzan a sudarme, y la sangre circula caliente por mis venas.

—A veces sucede. ¿Una nueva adquisición?

—No. Por un lado, están las presiones de los políticos para mantenerlos contentos, mientras por otro, los novatos entusiastas quieren apresar a todo el puto mundo sin comprender que existen ciertas áreas de flexibilidad. Por si fuera poco, una mascota a la que estoy entrenando no se mostró muy cooperadora para que pudieran drogarlo y hacerle la vasectomía. Dio una dura pelea, porque no queríamos comprometer demasiado su salud sin la autorización de mi cliente. Finalmente, su ama decidió que era mejor ponerlo a dormir para terminar con su miseria.

—Sí, afortunadamente, no tuve ese problema cuando le pedí a Larisa que

operara a Berta. Todo salió muy bien.

—Me alegra mucho escucharlo.

—Pasa. Solo te esperaba para pedir que sirvan la cena.

Al escuchar hablar del banquete, mi estómago ruge fuertemente, y recuerdo que no he comido más que unas pocas frambuesas. Deseo fervientemente calmar mi apetito. Sin embargo, los hombres avanzan por un pasillo, y Berta se mantiene junto a la puerta, por lo que asumo que debo hacerlo también y olvidar mi hambre.

Al poco rato, llegan algunos esclavos y le entregan a la felina leche y una fuente llena de coloridas, apetitosas y aromáticas frutas. En cambio, la mujer que se encarga de mi comida me entrega un vaso con un líquido dorado que huele muy mal. Lo acerco a mis labios y bebo el contenido de golpe, rogando que después me den algo más. El licor quema mi garganta, y mis ojos se humedecen.

Lamentablemente, me sirve más de lo mismo. Trago un gran sorbo e intento demorarme más, aunque sé que no debo poner a prueba la paciencia de los custodios que siempre nos acompañan. Tras tomar hasta la última gota, ella rellena el recipiente, y temo que el anestésico brebaje será lo único con lo que llenará mi vientre.

Desocupo el vaso una vez más. Y la mujer reitera la operación un par de veces.

En cuanto Berta termina de comer, gatea a través de un pasillo diferente al que usaron Stefan y sus invitados. Se voltea a mirarme, esperando que la siga. En cuanto intento hacerlo, siento un fuerte mareo, todo me da vueltas, y mis extremidades se sienten muy pesadas. Aun así, llego hasta ella, avanzando con dificultad.

Llegamos a una habitación donde algunos de los esclavos están amarrados a mesas, sillas y cruces de madera. Hay una mesa repleta de látigos, cuerdas, cables, mordazas y otras cosas que no sé para qué sirven. Frente a mí, hay una mujer a la que le amarraron una especie de bozal alrededor de su cabeza, lo que la obliga a mantener su boca abierta en círculo.

Puedo escuchar mis latidos retumbando en mis oídos. La habitación gira cada vez más rápido. Percibo un aroma familiar, pero no alcanzo a reaccionar a tiempo. Siento un agudo pellizco en mi vagina, un inmenso dolor que se extiende por todo mi cuerpo, una especie de latigazo que quema todo en mi interior.

¡No puedo moverme, mis músculos no responden! Tengo todo mi cuerpo tortuosamente acalambrado. Por un par de segundos, no puedo sacar la voz y mis pulmones comienzan a demandar con urgencia que les llegue oxígeno... hasta que, por fin, grito y lloro, desesperada. A lo lejos, se oyen distorsionadas las fuertes carcajadas de un hombre, haciéndose cada vez más claras, cercanas y reconocibles: Walter.

—¿Pensaste que nunca volverías a verme?

La ira que me embarga supera el dolor y el mareo que sentía hace unos segundos, y me abalanzo hacia él. Muerdo fuertemente su pierna, la sangre llenó mi boca rápidamente. Me golpea repetidas veces para que lo suelte, pero estoy determinada a no hacerlo. De hecho, me da fuerzas para enterrar mis dientes más profundamente.

Ni siquiera el daño en mi intimidad logra disuadirme de continuar en mi tarea. Espero que muera, pero si no es así, me aseguraré de devolverle el favor y marcar su cuerpo para siempre.

Escucho que la gente comienza a llegar, alertada por los gritos de Walter. Los guardias me apuntan con sus armas, pero no hacen nada. No pueden hacerlo sin la autorización de Stefan, y él no está aquí ahora. Mis ánimos se ven acrecentados, refuerzo el agarre, tiro de su piel y su carne sin cansancio hasta que, por fin, consigo sacarle un pedazo, el que escupo con asco y triunfo a sus pies.

—¿Qué está pasando aquí?! ¡Nicolai hazte cargo de ella! —vocifera Stefan con furia—. Walter, permite que nuestros médicos te atiendan. Siento mucho lo que acaba de suceder, aún estamos tratando de domesticarla.

—¡Debes matarla!

—¡Ella es mía! Yo decidiré lo que se hará. Pero te aseguro que recibirá su castigo.

—¡No olvides que yo te la di! Parece que no recuerdas el poder que tengo. Tú no eres obstáculo para que consiga que se haga lo que ordeno.

—¡No me amenes! Parece que eres tú quien olvida cuánto he ascendido y las amistades que me han prometido su lealtad. Tengo muchas más influencias que tú. Ahora, desaparece antes de que decida terminar contigo.

—De acuerdo, tienes razón. Me extralimité, pero ella es... es... ¡nada! Puedo conseguirte miles de esclavas mejores que ella, más jóvenes incluso — contesta asustado.

—Amigo, llévatela.

Nicolai me toma entre sus brazos y me aleja, pero alcanzo a ver la mirada de rabia y decepción que me dirige Stefan.

—Lo que pase ahora es responsabilidad tuya. Te ganaste el castigo que él te imponga. No sabes lo defraudado que me siento de ti en estos momentos — susurra tiernamente, acercándose más a la tibieza de su cuerpo, como si me estuviera hablando de amor y no de dolor.

Me posa delicadamente en el suelo de mi habitación y sale, cerrando la puerta tras él.

No puedo dejar de temblar descontroladamente, no sé si lo que siento corriendo por mis venas es frío, miedo o adrenalina; tal vez, un poco de todo.

Ignoro lo que ese infeliz me hizo, pero siento como si me hubiera desgarrado por dentro. Miro en todas direcciones, siendo consciente de mi absoluta soledad, y pienso que moriré sin que nadie lo note, al menos, hasta que alguien regrese a verme.

Lloro hasta que siento que mi cabeza comienza a protestar. Seguramente, mi cerebro está sacudiéndose contra mi cráneo, exigiendo que me calle de una vez, pero no puedo. Es posible que no sobreviva. Tal vez, jamás recuerde lo que es el amor. Mis párpados comienzan a cerrarse lentamente sobre mis ojos hinchados. Siento mi garganta seca y me molesta tragar, pero no se compara al dolor que siento entre mis piernas. Tengo miedo de no volver a despertar; sin embargo, me rindo al destino y dejo que el sueño llegue a mí.

CAPITULO 7

Podría ser peor.

Stefan ingresa a la habitación junto a Nicolai, ambos me miran preocupados, pero no dicen nada.

Al poco rato, aparecen los mismos cuatro esclavos que ya conocía, con toallas que han humedecido previamente. Limpian mi cuerpo con delicadeza, evitando acercarse a la zona que sigue quemándome; desenredaron mi cabello y quitaron mi maquillaje bajo las atentas miradas de mi dueño y mi domador.

No sé lo que pasará a continuación, he aprendido a no fiarme de lo que aparentemente son buenos tratos, lo más probable es que hayan venido a imponerme el castigo prometido, aunque considero que el dolor que me sigue afectando es tortura suficiente, y deberían sentirse complacidos con ello, dudo poder sobrevivir a más.

Los cautivos se marchan en cuanto terminan conmigo.

—¿Quieres que la lleve a una de las habitaciones que tienes desocupadas?

—No, quiero que esté conmigo. Al menos, hasta que Larisa la evalúe. Por favor, ¿me ayudarías a trasladarla a mi dormitorio?

—No hay problema.

En cuanto Nicolai me toma entre sus brazos, las lágrimas se precipitan a rebalsar mis ojos. Los calambres que afectan la parte inferior de mi anatomía son bestialmente intensos. Me contempla un par de veces mientras me lleva a través de largos pasillos e infinitas escaleras.

Su mirada atormentada se aloja directamente en mi corazón, haciéndome sentir un cierto cariño por él. Veo que le importo y que no soy la única afectada después de todo lo que ha ocurrido entre nosotros. Extraño o no, creo que hemos comenzado a gustarnos.

Soy escasamente consciente del gran tamaño del lugar en el que me han estado mantenido cautiva. Hay bastantes hombres armados custodiando cada nivel de la propiedad. ¿Cuántos esclavos estarán retenidos aquí? ¿A cuántos de ellos estarán intentando “domesticar”? ¿Será Nicolai su entrenador?

¿Sentirá él por esas personas lo mismo que por mí?

Nos detenemos frente a una gran puerta doble de madera oscura, franqueada por los dos hombres más grandes que he visto en mi vida; me siento amedrentada por sus duras facciones, provocándome un fuerte temblor. Ellos nos dejan pasar a la habitación de Stefan, quien ha estado hablando por teléfono con Larisa acerca de mí durante todo el camino hasta aquí.

Lo cierto es que, en este momento, estoy tan concentrada en Nicolai y el entorno que no he puesto atención a lo que se han dicho.

—¿Tienes frío? —Me pregunta Stefan con una dulzura inusual.

Asiento brevemente.

Los guardias reaccionan con velocidad para darnos acceso a la gigantesca habitación. Nicolai me deposita sobre las suaves sábanas de la cama. Por la forma en la que actúa, creo que quiere darme un beso, pero se contiene.

—Espero que el daño no haya sido irreparable. Sabes que cuentas conmigo para lo que decidas hacer. Ahora debo volver a la comisaría —expresa, dirigiendo su mirada a Stefan.

—Lo sé. Todavía no he tomado una decisión, pero te mantendré informado.

¿Una decisión acerca de lo que harán conmigo? El frío me golpea con más fuerza, y mis dientes comienzan a castañear. El terror avanza de prisa, afectando cada célula y cada pensamiento de mi ser.

Nicolai se yergue y camina de prisa hasta la puerta.

—Muchas gracias. No olvidaré tu lealtad —dice Stefan con solemnidad.

Mi domador se detiene sin voltearse, solo da un breve asentimiento con su cabeza y sale.

El hombre frente a mí se desviste rápidamente y se acuesta junto a mí. El calor de su cuerpo es reconfortante. Acaricia mi rostro y mis senos con devoción. Besa mi sien una y otra vez, y me ordena dormir.

Cuando despierto, Stefan está vestido, hablando con una elegante mujer de ojos azules, quien no cesa de mirarme de reojo. No me había fijado en lo que ella traía en sus manos, hasta que clava la aguja en mi brazo y expulsa el contenido de la jeringa dentro de mi sistema.

Al poco rato, comienzo a sentir los efectos. Tengo el cuerpo adormecido. Mi mente está en un estado entre la consciencia y el aturdimiento. Por ello, solo puedo captar parte de lo que ella dice:

—Podría haberle ocasionado un paro cardíaco... No puedo confirmarlo todavía, pero es posible que haya quedado estéril... La próxima semana...

Percibo el delicioso aroma de la comida antes de abrir mis ojos completamente, mi estómago ruge sin recato en respuesta. A mi lado, se encuentra la mujer de pelo rojizo, quien trae una bandeja llena de una gran cantidad de alimentos. Stefan se la quita y le ordena que se vaya.

Él me da de comer pacientemente: brócoli, zanahorias, pavo y quinua. Luego, me lleva al baño para que haga mis necesidades y lava mis dientes. Demasiada atención para una simple esclava esperanzada con recibir un poco de aprecio, pero así es y así lo acepto. Me regresa a la cama, se desviste y vuelve a acostarse conmigo.

Siento que quiere hablar conmigo, pero en vez de hacerlo, me besa, acariciando con su lengua perezosamente la mía.

—¿Sabes lo que te hizo Walter?

Niego, sintiendo una opresión en el pecho y unas irrefrenables ganas de seguir mordiendo y arrancando de sus huesos cada pedazo de carne posible, hasta que ya no quede nada de su miserable existencia.

—Después de despedir a mis invitados, fui directamente a ver las cámaras de seguridad; estaba furioso contigo y no deseaba verte. Temía que, si lo hacía, te castigaría sin control. Me parecía que habías estado teniendo un muy buen comportamiento. Por eso, me extrañó tu actitud. Incluso, sabiendo que fue tu anterior dueño e imaginando las cosas que pudo haberte hecho en ese entonces, me pareció que tu ataque no había sido premeditado. Actuaste impulsada por un instinto salvaje. Las imágenes corroboraron lo que creí... Él usó un dispositivo para darle una descarga eléctrica a la vagina que me pertenece. No imaginas la ira que sentí. Deseé matarlo con mis propias manos.

Estiro la mano para intentar calmarlo, me parece descontrolado, pero la detengo en el aire. Stefan toma mi mano y la apoya sobre su pecho. No entiendo por qué siento esa enorme necesidad de consolarlo y contenerlo. Sin embargo, quiero seguir escuchándolo, sin sentir temor a sus reacciones, por eso comienzo a acariciar dócilmente sus pectorales.

—De acuerdo a lo que se me informó, pudiste haber muerto. Afortunadamente, la descarga no superó los cincuenta miliamperios. Es posible que tu recuperación sea lenta. Larisa volverá para examinarte en una semana... Aún no he decidido si debes continuar o no con el entrenamiento, tal vez, un par de lecciones más estarían bien, pero no se retomarán hasta que te hayas recuperado completamente. Una vez que sanes, te daré el castigo que necesitas.

Detengo de inmediato el recorrido de mi mano. Mis palpitaciones se aceleran, mis músculos se tensan y mi piel se enfría de prisa.

—Preciosa, me humillaste. Me hiciste quedar en ridículo frente a mis invitados. Entiendo por qué actuaste del modo en que lo hiciste, pero te advertí lo que sucedería si no te comportabas. Me parece que no te has dado cuenta de lo afortunada que eres de pertenecerme. Por ello, te enviaré por un día completo a observar a alguien que conozco desde hace mucho. Su reputación de insensible se ha mantenido intacta a través de los años. Él es conocido por su pésimo temperamento y poca paciencia con aquellos a los que posee. Claramente, no es el castigo que te mereces, pero es el único que soy capaz de darte. —Toma una gran bocanada de aire antes de continuar hablando—. Quiero que te des cuenta de que te he estado dando una buena vida. Soy un amo benévolo. Te aseguro que, si hubieras caído en otras manos, tu vida sería bastante distinta. Aprovecha para hablar con las esclavas del lugar, para que te hagas una idea de lo te estoy hablando. Conseguiré tu completa adoración y admiración. Agradecerás ser de mi propiedad.

CAPÍTULO 8

Hay demonios felices creando un infierno en la tierra.

Después del trato sorprendente e inusual que Stefan me había dado, creí que no buscaría torturarme. Ingenuamente, creí que su preocupación por mí era real y que, al igual que yo, él comprendía que Walter me había hecho tanto daño que no merezco más, pero lo cierto es que he sido insignificante durante años y no tiene por qué cambiar ahora.

—Esa apariencia ayudará un poco a que no destagues tanto. Intenta comportarte. Nicolai estará ahí para cuidarte, él sabe que no confío en Román. Yo tengo que atender unos asuntos que no puedo seguir postergando. Y deja de tocar tanto tu ropa, se ve sospechoso.

Casi había olvidado cómo se siente tener un trozo de tela cubriendo mi piel, al menos parte de ella. Su textura acariciando mi piel se percibe como algo exótico y un poco molesto. Sé que ambos desean esconder más de mí, pero no puedo presentarme en aquel lugar luciendo tan distinta de las demás. Eso sí suscitaría mucho interés, y es primordial mantener la atención de los presentes lejos de mí, si quiero evitar problemas y permanecer con vida.

Por esa misma razón, intento ignorar mi disgusto, pero los pantalones de cuero negro se sienten demasiado ajustados, los zapatos son incómodos, y el pequeño *bustier* de encaje me da picazón e irrita mis pezones.

De acuerdo con Stefan, mi recuperación tomó treinta y dos largos días. Sin embargo, aunque Larisa diga que ya estoy en condiciones para la actividad sexual, no le creo. He visto cómo me mira; finge amabilidad, pero es maligna. Disfruta con mi dolor de una forma que ni siquiera Walter manifestó.

A diferencia de él, ella es hipócrita. Lo supe cuando me curaba con más fuerza de la necesaria, haciendo hincapié especialmente en las zonas más afectadas y sensibles. Cualquiera hubiera dicho, por la expresión de su rostro y su lenguaje corporal, que estaba siendo genuinamente eficiente y bondadosa, pero yo no pasé por alto el brillo malintencionado que cubría su mirada cada

vez que me tocaba.

No sabría cómo describirlo; solo sé que, al notarlo, me dio un escalofrío paralizante, un gemido quedó estancado en mi garganta, y sentí un agudo peso sobre mi pecho. A pesar de ello, debo admitir que ya no siento dolor; de hecho, es bastante extraño, porque en ocasiones, siento mi vagina entumecida, como si todavía quedara en ella un cosquilleo de energía eléctrica.

Reconozco que me habría encantado no haberme sanado del todo para seguir disfrutando de las atenciones que él me ha dado. Verdaderamente, pensé que mis besos y caricias lo disuadirían de su empeño en darme este castigo, pero no conseguiré nada con darle vueltas al asunto tantas veces en mi cabeza. Su decisión está tomada y no hay nada que yo pueda hacer para cambiarla, solo me resta asumir las consecuencias. Aunque, no sé si esto significa que deberé volver al encierro a dormir sola sobre la desagradable alfombra del cuarto oscuro.

De repente, Nicolai aparece frente a nosotros con una mirada inquieta y violenta.

—¿Vienes preparado? —pregunta Stefan, seriamente.

—Como siempre. —Se levanta la chaqueta, señalando la pistola que tiene escondida en su espalda.

Ver las actitudes tan feroces de ambos me demuestra todos los riesgos que están tomando para aplicarme un correctivo, ¿alguno de nosotros irá a morir hoy? Es probable.

—En todo caso, tengo algunos infiltrados, que ya están instalados. Resuelve tus cosas tranquilo, yo me encargaré de que esté segura.

—De acuerdo. Hermosa, ven a despedirte.

Humedezco mis labios y los pego a los suyos antes de mordisquearlos un par de veces. Nuestras bocas se entreabren y las lenguas se encuentran en una danza exquisita.

—Pórtate bien —dice justo antes de vendar mis ojos.

Asiento y dejo salir un gran suspiro. Nicolai me toma entre sus brazos y me lleva hasta un vehículo. Estamos en movimiento durante mucho tiempo. La ansiedad y el temor hacen nido en mi estómago, porque a pesar de haber sido enceguecida, puedo percibir la tensión que emana de él. No puedo hacer más que rogar que nada malo nos suceda.

Luego de detenernos, Nicolai quita la venda de mis ojos, posa su mano en mi nuca y me atrae hacia él. Sin tiempo que perder, devoro sus labios con

ansiedad; había olvidado lo deliciosos que eran y los había extrañado desmesuradamente.

Él usa su mano libre para tomar la mía y posarla sobre su erección. Y, pese a lo peligroso de mi osadía, me subo a su regazo, ajustando mis rodillas a sus caderas para comenzar a mecirme sobre él en busca de mi alivio y el suyo. Sí, porque continúo excitándome y anhelando algo que sigo sin conocer, incluso a pesar de lo sucedido; sin embargo, me detiene demasiado pronto.

—No te separes de mi lado por ningún motivo, a menos que te indique lo contrario. Los hombres aquí no son de fiar, y no sabemos las sorpresas que puedan tenernos preparadas.

Tiemblo bruscamente. ¡Por supuesto que no lo haré! Me doy cuenta que ya no me atrevo a enfrentar al mundo sola. Después de tantos años viviendo cautiva, supongo que ya no sabría cómo dejar de serlo.

—Espero que hables conmigo cada vez que estemos solos fuera de la casa de Stefan.

—No..., no me alejaré —tartamudeo.

Mi voz suena extraña a mis oídos, ronca y forzada, como el de aquellas personas que fuman demasiado. No la reconozco como mía, me parece como si hubiera sido alguien más quien las ha pronunciado.

—Muy bien, pero no allá dentro. Además de cámaras, tienen micrófonos escondidos por todo el maldito lugar. Sabrán todo lo que hacemos y decimos.

—¿Qué pasa si hago algo mal!? —pregunto, sintiéndome más nerviosa.

—No tengas miedo, si ellos ven tu temor, entonces le estarás dando poder. Estás a salvo conmigo, yo te protegeré. Las mujeres que verás allí —indica apuntando con la cabeza el edificio que se observa al otro lado de la vereda—, al igual que tú, fueron raptadas y vendidas. Él les da estupefacientes y las convierte en adictas, para prostituirlas. Las arrienda a quien desee. Ese es su negocio... La mayoría de las veces, esas mujeres están tan drogadas que no son plenamente conscientes de lo que les sucede, las hace dóciles. Cuando están tan enganchadas al veneno que consumen, están dispuestas a hacer lo que sea con tal de conseguir un poco más y abstraerse de su realidad, aunque a medida que el tiempo pasa, ya no les hace el mismo efecto, necesitan de una dosis más alta o, sencillamente, acostumbrarse al dolor y a la percatación.

Me quedo pasmada ante sus palabras. Quisiera tener el valor suficiente o algo que me ayude a salvarlas.

—Las personas que pagan por estar con ellas... —De pronto, me callo,

temo los efectos de mi osadía.

—Continúa. Dímelo.

—A ellos... ¿No les importa?

—La mayoría sabe que trabajan para beneficiar a alguien más, suponen que no reciben buenos tratos, pero muchos desconocen o no les interesa saber cómo fue que llegaron a parar a un lugar como este. Todos los días desaparece alguien en el mundo, eso no es ninguna novedad. Tarde o temprano las personas se rinden y dejan de buscar.

No sé si eso será del todo cierto, si yo perdiera a alguien que me importa, ¿cesaría en mis empeños por hallarlo? Lo dudo, pero esta es mi vida. Esto es lo que conozco. Si fuera ignorante de toda esta realidad, tal vez, pensaría o actuaría diferente; no lo sé. De pronto, reflexiono sobre ellos.

—¿Mis padres...?

—No pienses en eso, no los traigas a tu mente, eso solo te pondrá triste. No eres tan bella cuando tienes pena.

Entonces, supongo que jamás lo he sido. No recuerdo un solo día en que la tristeza no haya estado acompañándome, a veces sola y, en otras ocasiones, asociada a otras emociones.

—Lo más seguro es que ya te hayan olvidado. Puede ser que te hayan reemplazado con más hijos, muchos hacen eso. Esta es tu vida ahora y debes aceptarla si no quieres sufrir innecesariamente. Ahora, vamos.

Nos bajamos del auto e ingresamos a un viejo edificio que parece ser un hotel. Imagino que en algún momento debió ser majestuoso y no el sucio, destartalado y maloliente lugar que es ahora.

Somos recibidos por un hombre mayor de dientes podridos y mirada lasciva. Luego de deleitarse mirando mis senos y sin sentirse amilanado por la presencia de Nicolai, nos lleva por un corredor hasta un gran despacho, donde nos recibe un hombre de ojos oscuros, sentado con sus piernas separadas en una tremenda silla de cuero.

Nos da la bienvenida, mientras una mujer de rizados cobrizos e impactantemente joven está dándole sexo oral. Me sorprende no verlo excitado, sino imperturbable, cómodo y acostumbrado.

—¡Nicolai, tanto tiempo sin verte! No me esperaba tu visita, ¿dónde está mi amigo? —pregunta con un acento que no sé reconocer.

—Román, agradecemos mucho tu hospitalidad. Stefan tenía asuntos pendientes, ya sabes cómo es esto, pero se nos unirá más tarde.

—Eso espero, porque quiero negociar con él... ¿Ella es la zorra desafiante? Podría encargarme personalmente de darle un castigo memorable. Cortar sus pies o, tal vez, algo más creativo. —Me mira con un reflejo maligno en los ojos. No sé quién es, ni de qué es capaz, pero mi instinto grita para que huya de aquí tan pronto como sea posible, porque quien me contempla es un verdadero demonio.

—Ella es mi protegida, ya sabes por qué vinimos —responde Nicolai, bastante irritado.

—¡Claro, hombre! No es necesario alterarse. ¿Quieres algo para beber?

—Aceptaré una cerveza.

—¡Edmundo, envíame a Marcia y dile que traiga dos cervezas!

Una débil mujer entra rápidamente con lo exigido, su apariencia me sorprende al punto de la lástima. Siento unas fuertes ganas de llorar por la miserable existencia que seguramente tiene. Jamás he visto a una persona tan pálida. Sus ojos lucen hundidos, vacíos y desprovistos de vida, en medio de oscuras ojeras. El poco cabello que tiene parece pajoso. La piel, marcada por los hematomas y las cicatrices, se le pega a los huesos. Lleva un corto y escotado vestido de lentejuelas rojas, que parece quedarle demasiado grande.

—¿Cuánto me trajiste? —Román empuja lejos de su cuerpo a la chica que está chupándole. Toca su miembro, deleitándose con la visión de mi cuerpo, antes de guardarlo dentro de su pantalón. Mira con desprecio a la chica que acaba de entrar y lame la comisura de sus labios, expectante a lo que sea que esté esperando.

Marcia deposita con temor un billete y un par de monedas sobre el escritorio.

—¡Estás intentando engañarme! Con esto solo compras un par de horas. ¡¿No quieres vivir?!

El hombre la abofetea tan fuerte que uno de sus dientes sale disparado fuera de su boca. Un hilo de sangre comienza a escurrirse por su barbilla.

—Si no sabes dar una puta mamada, entonces no me sirves. Consigue más clientes rápido, y más vale que les des el mejor puto orgasmo de su vida o dejaré que mis hombres te desmiembren antes de disfrutar de ti... ¡Eres una zorra inútil! ¡Una basura inservible! Cada vez que te veo, me dan ganas de azotarte por fea y estúpida. ¡Fuera de aquí, ahora! No soporto la torpeza de estas zorras. Me estresan. Tengo que controlarlas todos los putos días — comenta colérico.

Sus ojos se mueven de un lado a otro rápidamente, se ve tenso y agitado. Presente aquí y, a la vez, escondido en algún lugar perdido de su mente.

—Estas imbéciles necesitan que cada cierto tiempo les recuerde quién está a cargo y les muestre lo que pasa con esas que no traen mi puto dinero. Tengo que ir a supervisar todas sus putas acciones... ¿Vienes? —murmura con dificultad, respirando a través de sus dientes firmemente apretados.

—No. Quiero terminar mi cerveza mientras esté helada. Te acompañaré con la próxima.

Román se detiene a observarme, diciendo con sus ojos cosas que no quiero saber.

—Tal vez...

—Ella se queda aquí..., conmigo. —La dura mirada de Nicolai me obliga a regresar los ojos al suelo.

—Bien, como quieras. Espero que las otras no me den tantos problemas como esta. No tengo paciencia para soportar sus llantos y niñerías... Ponte cómodo —dice sonriente, indicando con su actitud y sin palabras que estamos siendo vigilados.

Román empuja a la joven pelirroja con violencia hacia la puerta, haciéndola tropezar. En seguida, él aprovecha para patearla duramente y la arrastra del pelo hacia la salida, desquitándose con ella por lo que claramente es un efecto del veneno que ha estado consumiendo.

Creo que ni siquiera con Walter había sentido tanto pavor como el que siento ahora. Pienso que en cualquier minuto alguno de los hombres armados que pululan en este asqueroso lugar terminará con nuestras vidas. Solo inhalo peligro y exhalo partes de mi alma. Todo mi ser me advierte que se desatará el caos si Stefan no aparece pronto.

Largo tiempo después, Román reaparece, contando los billetes que lleva en su mano, parece ligeramente satisfecho. Esta vez, lo sigue una mujer de largo cabello negro, quien parece caminar por inercia. A pesar de saber que está viva, porque mi parte racional me lo dice, parece ser solo un cuerpo, un títere que ha perdido desde hace mucho todo rastro de humanidad.

—Aquí tienes —expresa, lanzándole una pequeña bolsa con un polvo blanco a sus pies. La joven se arroja frenética a buscarlo y sale velozmente.

La pena que me embarga es inmensa. Pienso que esa mujer, alguna vez, debió poseer algo de luz, pero ya no hay nada más que una esquelética cáscara. Seguramente, a eso se refieren los libros que hablan de personas que

están muertas en vida.

—No viniste hasta aquí para pasar las horas encerrado en mi oficina, ¿verdad?

—Claro que no. Stefan acaba de transferir a tu cuenta lo suficiente para que su esclava pase algo de tiempo con tus putas, así ella podrá tener un mejor panorama de lo que se hace en este lugar y ampliar su perspectiva de lo que le espera si vuelve a desobedecer.

—¡Por supuesto! Mi amigo tiene muy buenas ideas, pero me parece que se está ablandando. Cuando se sepa, le hará daño a su reputación. Mis hombres podrían asegurar su protección, a cambio de la fortaleza en la que vive.

—No te equivoques, él no tiene misericordia. Deberías decirles a tus informantes que te cuenten lo que hizo con Walter luego que traspasara los límites de su propiedad. Imagina lo que haría contra quien conspire en su contra.

—Emmmm... —Por primera vez, desde que llegamos, veo el terror haciendo acto de presencia en el rostro de Román. No conozco esa faceta tortuosa de Stefan y, juzgando por la tensión que se ha generado, tampoco quiero hacerlo—. Si me siguen...

Nos ponemos de pie y caminamos detrás de él. Procuero no despegarme de Nicolai, necesito desesperadamente sentir su roce, como si mi existencia dependiera de ello, porque me brinda seguridad.

Entramos a una lúgubre habitación donde decenas de mujeres se encuentran hacinadas. Edmundo, el hombre que nos recibió, tiene a una de ellas de cara al suelo, la está violando sin clemencia. El rostro de la pobre se comprime de dolor y, cada vez que ella se queja, él le pega un fuerte codazo en la columna.

Algunas de las presentes observan la escena con lágrimas en sus ojos. Evidentemente, se sienten tan impotentes y angustiadas como yo. Unas pocas, miran para otro lado, mientras cubren sus orejas con sus manos. Otras, parecen estar demasiado perdidas en sus mentes como para darse cuenta de algo.

Entonces, recuerdo las palabras de Nicolai. Puedo ver en los rostros de aquellas que no están completamente idas, que no desean estar aquí. Creo que anhelan su pronta muerte. Finalmente, comprendo las palabras de Stefan y, es cierto, agradezco pertenecerle a él y no a otro como Walter o Román.

—¡Por qué hay tantas de ustedes aquí! ¿Creen que las mantengo para que descansen? ¡Leila, Yanira, Rosa y Juana; ustedes vayan al salón! ¡Priscila, Marta y Rebecca, al bar! ¡Edmundo, termina de una puta vez! Puedes

montártelas a todas cuando ellas hayan cumplido con su cuota y tú hayas terminado tus putas obligaciones. No tengo tiempo para buscar a alguien que limpie tus tripas repartidas en el suelo, pero sabes que lo haré si no haces tu trabajo. Ahora, lleva a Lola, a Úrsula y a la nueva a la calle. ¡Consígueme dinero! —grita Román, exasperado. Parece que el monstruo jamás sonríe. —Y si ves al bastardo de Riz, dile que verifique el cargamento.

¿Cargamento? ¿A qué se refiere? ¿Esclavos, drogas, armas, un poco de todo?

El sudoroso viejo se sube rápidamente los pantalones para hacer lo que le impusieron.

—Mientras ella se entretiene con el resto de las zorras, puedo mostrarte mi última adquisición. He dado la orden de que nadie las moleste. No tengo intención de enemistarme con ustedes. Nadie interferirá en lo que sea que tengan planeado con la esclava.

¿Qué? Espero que Nicolai se niegue a abandonarme en este lugar, pero mi desconcierto y desilusión son máximos cuando se muestra de acuerdo.

Se acerca a mí con pasos lentos y seguros, levanta mi mentón para que lo mire. Intento miserablemente ocultar mis ganas de llorar. Su expresión lo dice todo; sé que se está conteniendo, tampoco desea dejarme, pero lo hará.

—Aprovecha para conversar con ellas, que te cuenten sus historias, que te digan cómo han cambiado sus vidas desde que las trajeron hasta acá —susurra solo para mí.

Sin dilatar más el asunto, ambos salen del cuarto. Escucho cuando ponen el cerrojo por fuera y dejo salir mis lágrimas.

A pesar de lo que Nicolai me mandó a hacer, no me atrevo a dar un solo paso, tampoco puedo hablar. Quiero hacerlo, tengo curiosidad. Sin embargo, mi cuerpo no obedece los dictámenes de mi cerebro.

Transcurren varios minutos, en que veo cómo las chicas me contemplan detenidamente con extrañeza, con envidia, con esperanza; como si pudiera hacer algo para rescatarlas de este antro. Pienso que no obtendré nada cuando, de repente, una de ellas se acerca a mí con cautela.

—Hola, ¿cómo te llamas?

—No tengo nombre.

Admitir la falta de este duele casi tanto como la ausencia de una familia cariñosa. Me hace sentir que no soy una persona, sino una cosa. La muchacha me mira con unos nuevos ojos, unos más amables y compasivos, le doy

lástima, y me avergüenzo por ello.

—Imagino que llevas demasiados años en el infierno. Me llamo Tracy, aunque aquí me obligan a usar un nombre diferente, para ellos soy Reyna. ¿Sabes por qué te trajeron con nosotras? ¿Te van a subastar o te dejarán aquí?

—No, yo ya tengo dueño. No sé cuál es su intención, pero dudo que sea alguna de las opciones que mencionaste. Y a ti, ¿por qué te trajeron? ¿Cuál es tu historia? —pregunto, envalentonándome a hacer finalmente lo que Nicolai me ordenó.

—Me raptaron para prostituirme... Mis amigas y yo crecimos juntas, queríamos recorrer el continente antes de comenzar la universidad. Pensamos que, tal vez, sería nuestra última aventura las tres juntas, porque yo había obtenido una beca para estudiar en Inglaterra. Soñaba con ser la mejor ingeniera medioambiental para ayudar a hacer del mundo un lugar mejor. Llenamos nuestras mochilas con algunas cosas básicas y emprendimos rumbo desde Phoenix hacia el sur. Habíamos planeado llegar hasta la Patagonia chilena y argentina. Recuerdo que April propuso arrendar un vehículo, ella siempre fue la más precavida y sabia —comenta con nostalgia—, pero yo insistí en que viviéramos la hazaña completa, tomando los buses locales y adoptando las costumbres de los habitantes de cada lugar por el que pasáramos. Al principio, todo fue divertido. Vimos lugares preciosos, conocimos gente muy amable, nos besamos con algunos chicos guapos, que sabíamos que no volveríamos a ver. Así continuamos de ciudad en ciudad y de país en país. Samantha se había empeñado en que visitáramos cierto sitio histórico, cuyo nombre no recuerdo, pero sonaba muy extraño y divertido de pronunciar en voz alta. Solíamos reírnos de tantas estupideces. El asunto era que, para llegar allí, debíamos tomar el bus con recorrido nocturno, porque los hospedajes eran demasiado costosos, y no nos alcanzaría para cumplir nuestra meta. No nos importó nada. Tenía un mal presentimiento que me hacía doler el estómago. Sin embargo, decidí ignorarlo, ya que yo había sido quien más había insistido en que fuéramos arriesgadas. Todo estaba bien, íbamos conversando de tonterías sin importancia. Por eso, no notamos que el vehículo había comenzado a ralentizar, tampoco nos habíamos percatado del nerviosismo y del terror de los locales, hasta que una mujer comenzó a llorar, histérica. A pesar de la barrera idiomática, sabíamos que algo no iba bien, así es que intentamos contactarnos con nuestras familias, pero nuestros celulares no tenían señal; estábamos perdidos e incomunicados en medio de la nada. De

repente, unos hombres armados se subieron y nos forzaron a todos a descender. Luego, nos obligaron a colocarnos en una fila para registrar nuestros bolsillos y quitarnos las pertenencias, incluyendo nuestros pasaportes. Después, uno de los hombres a cargo se acercó para evaluarnos de más cerca, tocó nuestros cuerpos sin reparo y obligó a algunos de nosotros a desnudarnos completamente. Yo miraba, buscando una salida, pero estábamos rodeados en medio de solitarios cerros y extensos desiertos. En seguida, cuando el tipo en cuestión me señaló con su pistola, supe que algo terrible me sucedería y que no tendría escapatoria —Solloza.

—Mi alma se resquebraja, dejando profundas e incurables grietas.

—Me empujaron a la parte trasera de un camión junto con otra joven. No sé qué pasó con el resto. Recuerdo que me doparon. Luego, cuando desperté, estaba encerrada en un contenedor, navegando a esta mierda de país. No sé si mis amigas aún viven o si las enviaron como esclavas a algún lugar igual que a mí... Oye, ¿llevas mucho tiempo aquí? ¿Sabes dónde estamos? ¿Has escuchado hablar de mis amigas? Ambas tienen mi edad. April es muy alta, atlética, rubia y de ojos oscuros. Samantha es baja, de origen asiático y tiene una mariposa verde tatuada a la altura de su clavícula. ¿Las has visto?

No comprendo bien las descripciones que ha dado, aunque quiero hacerlo, pero mi escaso conocimiento del mundo exterior me limita bastante. Duele mucho no poder darle un mensaje esperanzador, porque no conozco a sus amigas, pero lo más seguro es que estén muertas.

Dirijo mi mirada a sus ojos acuosos y niego con firmeza, sin atreverme a responderle con palabras. Su cabeza cae bruscamente con verdadero desconsuelo. Deseo hacer algo por ella, por mí, ¡por todas!

Las chicas, una a una, se habían acercado cautelosamente para oír, concentradas, el relato de Tracy.

—Al menos, tienes una familia que debe estar usando todos sus recursos para encontrarte —comenta otra de las muchachas, una joven de piel tan oscura y tersa como la de Berta—. Me llamaba Delu, mucho antes de ser conocida como Trisha. Mi familia vivía en la pobreza, y muchas veces no teníamos para comer ni energía para permanecer de pie. Mi madre estaba embarazada de su noveno hijo, y la economía estaba cada vez peor. Uno de mis hermanos enfermó y murió. Si la situación persistía, todos corríamos el peligro de seguirle. Entonces, mis padres decidieron vendernos a mi hermana y a mí a un hombre de quien se rumoraba que traficaba personas. Ellos

prometieron que regresarían a buscarnos, pero sabíamos que mentían. Nos vendieron para poder salvar sus vidas. A Lewa la subastaron en cuanto llegamos. En cambio, yo fui obligada a prostituirme en este lugar.

Ahora, es mi corazón el que se rompe en millones de pedazos escuchando sus confesiones. Estoy desintegrándome lentamente, muriendo de compasión.

¿De verdad sus padres no podían hacer algo más? Me pregunto por qué tenían tantos hijos si no estaban facultados para criarlos. ¿Sabrían cómo hacer para evitar más embarazos?, ¿tendrían acceso a algún método anticonceptivo? Nicolai me había explicado todo sobre ellos, después del ataque de Walter y su efectividad para evitar gestaciones no deseadas.

No comprendo, para mí no hay justificación que atenúe la gravedad del asunto. ¿Puede la pobreza empujarte a hacer algo tan horroroso como vender a un miembro de tu propia familia? Yo veo la riqueza que ostentan Román, Stefan, Nicolai y tantos otros. ¿Por qué no alcanza el dinero para el resto?! ¿Por qué hay quienes acumulan y despilfarran lo que a otros les falta tanto?! Creo que el mundo allá afuera es tan injusto y cruel como lo es aquí adentro.

Me tomo unos segundos para respirar profundamente y encontrar la calma. Necesito procesar lo que he escuchado hasta ahora y mantener una conversación con Nicolai, claro, si es que él lo permite. Observo a las otras cinco chicas, esperando si alguna desea desahogarse. No voy a presionarlas, porque ni siquiera yo soy capaz de admitir en voz alta todo lo que he sufrido. Por alguna razón que no logro comprender, me siento ridícula y pudorosa.

—Yo no sé lo que es la libertad. Nací en este mundo, jamás tuve otro nombre más que Catriona. Mi madre era esclava sexual y la mataron cuando se hizo demasiado vieja para los estándares de Román. Fue él quien la asesinó. Cortó su cuerpo por la mitad con una sierra eléctrica. Después, me forzó a verla morir y a limpiar su sangre después. No sé quién es mi padre. Sospecho que es él, aunque podría ser cualquiera —relata sin expresión en su rostro.

Es una joven a la que traumatizaron hasta el punto de quitarle su capacidad de actuar y sentir. Veo que parte de ella desapareció de este mundo sin necesidad de drogas.

Ya no puedo contener las lágrimas. Todas lloramos hasta vaciar el dolor que hemos traído auestas. Todas nos sentimos afectadas por las experiencias que nos han tocado vivir. Nos damos un gran abrazo sincero, entregándonos el cariño y comprensión que tanta falta nos ha hecho.

Sin importar no recibir uno de vuelta, beso las mejillas de Catriona,

intentando darle consuelo, y rogando en secreto que ella pronto encuentre la paz.

Luego de esta experiencia, me siento aliviada de regresar con Stefan y de continuar bajo el cuidado de Nicolai, si es que mi amo sigue deseando que así sea, porque ya nada será igual para mí. Cargaré las cicatrices de hoy hasta el fin de mis días.

Me quedo pensando en la vida que he llevado hasta ahora y, aunque durante muchos años estuve bajo el dominio de Walter, lo que fue un suplicio cargado de magulladuras, mi situación actual es confusa, pero tolerable.

Evoco a Nicolai cuando, de pronto, él abre la puerta, y sus ojos conectan con los míos, regalándome una sensación similar a la alegría. Tras su llegada, las chicas corrieron tan lejos de la entrada como les fue posible, usando sus propios cuerpos como escudos para esconderse y protegerse, casi como si estos pudieran hacerse invisibles mágicamente, pero él en ningún momento ha reparado en ellas; de hecho, actúa como si no estuvieran y solo fueran un mero producto de mi imaginación.

Vuelvo a mirar en dirección a la oscura esquina para asegurarme de que estas mujeres realmente existen.

Él me llama con un gesto de cabeza, y camino hasta situarme a su lado tan rápido como puedo, pero volteo a darles un último vistazo antes de salir, reteniendo sus rostros en mi memoria.

Vamos hacia el bar, cuando Stefan nos intercepta, va acompañado por dos de los guardias de Román.

—¡Amigo! Hasta que por fin llegas. Había comenzado a pensar que no lo harías. —Lo recibe Román.

—Hubo un pequeño inconveniente que requería de mi presencia.

—Eso fue lo que Nicolai dijo. Estaba esperándote, porque quería proponerte un negocio que podría resultar ventajoso para ti.

—Te escucho.

—No, tienes que verlo.

En la habitación contigua, se encuentran dos mujeres encerradas. Reconozco a Marcia, a pesar de tener su rostro hinchado, ensangrentado y deformado por los golpes.

—Había pensado en matarlas, pero lo consideré mejor. Sé que puedo obtener un dinero de ellas y pensé que a ti te interesaría.

—Y, ¿por qué quieres deshacerte de ellas?

—La pecosa es muy problemática, y la otra ya no me genera ganancias.

—¿Pretendes venderme a alguien que tú mismo admites que es conflictiva? Y mejor no me hagas hablar de esa otra. —Señala con desprecio y repugnancia—, carece del atractivo que llama mi atención. Incluso un ciego se daría cuenta de ello.

—Lo sé. Por eso, hoy decidí que ya no me sirven... Oye, somos viejos amigos...

—Conocidos —interrumpe Stefan.

—Lo que sea... Te haré un precio por las dos —insiste.

—Ellas no tienen lo necesario para convertirse en mis mascotas, ¿no ves la diferencia? —pregunta, mientras me señala con su mano—. Ni siquiera me servirían como esclavas, están en muy mal estado.

—Si no quieres usarlas de esclavas, entonces puedes venderlas; incluso, podrías pintarles los senos para jugar al tiro al blanco. Eso a mí no me importa, lo dejo a tu imaginación. En este momento, estoy necesitado de dinero para invertir en un nuevo negocio, y tú tienes eso de sobra. Además, tienes talento para convertir hasta la mierda en oro.

—Nicolai, ¿qué piensas tú?

Aunque la pregunta va dirigida a mi entrenador, es en mí en quien posa su mirada. Intento pedirle con mi expresión que las compre, quiero que las salve y sé que Stefan jamás hará cosas tan horribles como la que ha sugerido Román, supongo.

—Es tu dinero.

—¿Cuánto pides por ellas?

—Mil setecientos dólares americanos.

—Te doy ochocientos.

—Mil doscientos y son tuyas.

—Novecientos cincuenta. Ni un centavo más.

—De acuerdo. Te admiro por eso, eres maravilloso regateando.

—Enviaré a alguien para que venga por ellas más tarde... Ah, espero encontrarlas en las mismas condiciones en las que las estoy viendo ahora, porque si les hacen algo, entonces anularé el trato.

—¡Claro!, ¡seguro! Regresemos a mi oficina para celebrar, la ocasión lo amerita.

En cuanto llegamos, Román abre una puerta que se encontraba secretamente oculta tras un librero. Tras él, hay una gran variedad de licores y

estupefacientes. Saca algunas píldoras y un par de botellas, pero ambos solo se muestran interesados en beber el líquido ambarino. De repente, aparecen tres chicas que no había visto anteriormente. Las féminas miran a los hombres presentes con verdadero apetito.

—Un entretenimiento para mis invitados, por cuenta de la casa. Ellas son mis mejores zorras, un trío de ninfómanas que aguantan con placer todo lo que deseen hacerles. Mis mejores clientes siempre regresan por las atenciones especiales de Yasna, Perla y Darla.

No logro explicar el malestar que siento en estos instantes, es un calor desagradable e incontrolable, que se hace más grande y pesado cuando la rubia, quien claramente demuestra tener una vasta experiencia y dominio sexual, gatea hasta Stefan, libera su erección y comienza a masturbarlo con pericia.

Él se entrega y goza visiblemente de todo lo que ella le provoca. Mientras la morena de anchas caderas y poseedora de los senos más grandes y firmes que he visto en mi vida se sienta en el regazo de Nicolai, quien inmediatamente se recrea chupándolos y lamiéndolos con fervor.

La mujer se menea envidiablemente sobre él, provocándolo, instándolo a que baje su cremallera y le muestre el pene que con tantas ansias anhela. Finalmente, cuando consigue su objetivo, ella desenrolla un condón a lo largo de su miembro con una velocidad impresionante y lo introduce en su vagina expectante.

La tercera mujer se recuesta sobre el escritorio de Román, para recibir las brutales estocadas de este. Sin embargo, lo que ellos hagan o dejen de hacer, me tiene sin cuidado. Tristemente, son Stefan y Nicolai los que tienen mi disgustada atención.

—No te atrevas a cerrar los ojos ni a apartar la mirada. Quiero que no te pierdas ningún detalle de lo que estamos haciendo aquí —exige mi dueño gruñendo entre dientes, mientras Yasna bebe todo de él.

No sé si esto forma parte de la reprimenda. Si es así, admito que me hiere; siento que se están burlando de mí y no creo que sea capaz de mantenerme inmóvil por mucho tiempo. Tengo unas ganas casi irrefrenables de golpearlos a todos, siento una rabia caliente quemando mis órganos.

Lo único que quiero es salir corriendo de este lugar para llorar libremente mi furia y no regresar jamás. No sé si ellas solo están haciendo lo que se les ha ordenado, aunque por la expresión de sus rostros, juraría que lo están

disfrutando inmensamente. Ambos hombres me miran cada cierto tiempo para evaluarme, por lo que intento poner en mi rostro una expresión de indiferencia, ya que no quiero que se percaten de lo que me sucede. Estoy celosa y saberlo me irrita, tengo ganas de vomitar.

¿Por qué no puedo simplemente odiarlos? Imagino que una persona sensata lo habría hecho, pero no soy alguien normal.

Luego de que ambos se hartaran de follar como bestias, vuelven a vendar mis ojos, y nos vamos de regreso. Durante todo el silencioso trayecto, me dedico a aclarar mis sentimientos; incluso, aquellos que no he querido reconocer.

CAPÍTULO 9

Intimidación.

Siento un alivio amargo por volver a cumplir los deseos de Stefan. Hay una sensación de vacío y decepción que se extiende y lo invade todo. Me sorprende que siga teniendo tantas ganas de llorar, pensé que había agotado esa emoción. Claramente, me equivoqué.

—Te daré una semana para que la prepares para mí, ni un día más. Espero que esté lista para entonces. —La voz de Stefan suena categórica y cansada.

—Así será —responde Nicolai en tono neutral. Sin dar señales de su estado de ánimo.

Ahora, el silencio parece haber regresado más denso que antes. Sin embargo, puedo oír mi acelerado palpitar en respuesta a lo que acabo de escuchar. Seguramente, mi corazón está indicándome que está sucumbiendo a las sensaciones que él me provoca.

¿Me habría fijado en él fuera de este encierro? ¿Tal vez en un contexto absolutamente diferente? Tengo claro que aquí mis sentimientos se encuentran limitados a las personas que se me permiten conocer, a aquellas con las que usualmente interactúo. Imagino que, en la libertad, mis opciones se habrían ampliado a miles, incluso millones de individuos. ¿Cuánta gente habrá allá afuera? ¿Debería sentir la pérdida de aquellos desconocidos que podrían haber significado mucho para mí? Puede que no.

Siempre me distraigo intentando descifrar lo que de verdad siento por ellos, y cada vez llego al mismo resultado impreciso. Creo que no le soy indiferente a ninguno de los dos. En este tiempo, he llegado a ganarme parte de sus corazones (o lo que sea que tengan en su lugar). Aun así, no es suficiente para llamarlo amor. Es posible que solo sea una ilusa que edifica sobre suelos pantanosos. Tanto Stefan como Nicolai son egoístas, sus prioridades son ellos mismos, y no hay lugar para mí entre sus afectos. Me odio por ser tan ingenua e idealista.

No creo que sea sano pensar tanto, y no me refiero a las jaquecas que me

aquejan, sino a la opresión que invade mi pecho cada vez que lo hago. Debería únicamente actuar, apartando la lógica y la reflexión, pero me perturba estar tan confundida. ¿Estaré enamorada? ¡Qué martirio! A lo mejor, esta es una más de mis ilusiones, una esperanza vacía e incierta, imaginando que Nicolai deja de ser el monstruo que destruyó mi vida para convertirse en mi héroe, solo porque ha descubierto que me ama.

Y, ¿dónde queda Stefan en esta difusa ecuación? ¿Qué quiero de él? ¿Cuáles son mis sentimientos hacia ese hombre? Sí, sentí celos cuando lo vi tan entregado y excitado, disfrutando de las complacencias de esa fea esclava. Sí, me sorprendió y conmovió la actitud protectora y cariñosa que tuvo conmigo durante mi recuperación. Sí, siento deseos carnales cada vez que estamos cerca. Sí, mi corazón palpita con firmeza cuando lo evoco, creando una melodía única. Sin embargo, ¿será amor? Si bien lo que siento por él no se acerca a la intensidad que Nicolai provoca, puedo asegurar que se trata de una emoción poderosa. Sin importar cuántas veces medite al respecto, nunca resuelvo mis dudas. ¿Será que temo saber la respuesta?

Pienso en lo que dijo Stefan. Compartiré una semana más con Nicolai, solo una. Mi cuerpo se comprime dolorosamente en respuesta, porque no quiero que se aleje. Y en todo caso, ¿qué se supone que haremos? No imagino cuántas cosas nuevas podamos hacer sin comprometer mi virginidad. Estoy bastante segura de que ya lo hemos experimentado todo.

Creo que esto del tiempo extra de «enseñanza» es solo una excusa. Si bien es cierto que no tengo certeza de lo que él siente por mí, puedo observar, en la forma como me mira y actúa a mi alrededor, que le intereso. También estoy segura que Stefan se ha percatado de ello, él es muy astuto.

Imagino que prefiere actuar ignorante, pero temo sus motivos. Tal vez, es únicamente por la amistad que los une, que me parece sincera. No obstante, existe la posibilidad que tenga razones oscuras, siniestras, egoístas y traicioneras. Luego de la vida que he llevado hasta ahora, no puedo confiar ciegamente en la buena voluntad altruista. Aquí, todos tienen secretos que ocultar.

Llegamos y me sorprende que Stefan indique a los guardias que me escolten a su dormitorio y que, también, ordene a un par de esclavas que me asean en su baño privado. A pesar de las fuertes punzadas en la parte posterior de mi cabeza, me siento expectante. Me entusiasma pensar en su lengua enredada a la mía, batallando, tentando, acariciando.

Para acrecentar mi impaciente tortura, las mujeres demoran más de lo que quisiera enjabonando cada milímetro de mi piel. Me untan con el mismo aceite aromático que usaron la otra vez, ese que incitó tanto a mi amo. Secan mi cuerpo con mimo y me guían de regreso a la habitación, donde Stefan espera desnudo.

Ellas, rápidamente, abandonan el lugar, dejándonos solos.

No importa lo mucho que las chicas se hayan esforzado en secarme, he comenzado a sudar ligeramente. Además, mi vagina ya se encuentra completamente empapada. Necesito sentirlo dentro de mí, sin más demora. Necesito quemarme junto a él, ahora.

—Vas a acostarte a mi lado con las piernas muy abiertas y no me tocarás a menos que yo te ordene lo contrario. Deseo que mires atentamente cada uno de mis movimientos —ordena con la mirada encendida por la lujuria.

Me apuro en cumplir su orden, ya que el palpitar entre mis piernas se hace más impetuoso. Mi cuerpo se debate entre el frío y el calor en milésimas de segundo.

Veo a Stefan tomar un trozo de sandía del recipiente que se encuentra en la mesilla de noche, cuyo contenido está cargado de intensos colores y sabores. Lo acerca a mi clítoris y salto, involuntariamente, por el gélido contacto de este sobre mi ardiente monte de Venus.

Deja caer el jugo sobre mi sexo, estrujando la fruta con fuerza entre sus largos, gruesos y deliciosos dedos. Su lengua se precipita, limpiando los residuos, acariciando con avidez y dejándome con ganas de más.

Mira dubitativo el contenido de la frutera antes de decidirse por un trozo de melón; repite el procedimiento y me pone cardiaca cuando repasa con su húmeda textura de lado a lado, de arriba hacia abajo y de regreso, succiona e intenta penetrar con ella tan profundo como le es posible, conociendo mis zonas inexploradas. Presiono mi vagina contra su boca, intentando facilitarle la tarea.

—Quiero que me chupes el pene, mientras sigo disfrutando de tu deleitable sabor. Voy a entrar tan profundo en tu boca que, con solo imaginarlo, creo que voy a correrme incluso antes de empezar.

Esa admisión casi consigue llevarme al orgasmo también. Descubro el gran poder que tienen los susurros, las melodías, las palabras. Con este conocimiento en mente, me posiciono sobre él, acerco mi intimidad a sus labios y beso húmedamente su erección, emitiendo profundos sonidos de

ansia, hambre y placer.

Muy pronto, su sal invade mi paladar y viaja velozmente a través de mi tráquea; entretanto, me esfuerzo por contener el temblor de mis piernas, pero mis intentos son ineficaces, porque el orgasmo impacta y arrasa con cualquier pensamiento coherente, dejando mi mente en una paz absoluta, que se extiende durante un par de segundos infinitos.

Stefan me lleva en silencio hasta su ducha, y allí, entre suaves besos y caricias, limpia mi cuerpo con paciencia y adoración. Desenreda mi cabello sutilmente y lo seca.

De regreso a la cama, masajea mis pies, y juro que es una de las sensaciones más relajantes y magníficas que he sentido. Su mirada se encuentra firmemente enganchada a la mía, y siento un extraño hormigueo desplazándose a través de mis venas.

Me cuesta tanto expresar la profundidad de lo que surgió a partir de entonces. Habló conmigo sin máscaras. Creo que desnudó ante mí una parte que siempre había procurado mantener oculta del resto. Compartió sus secretos, sus temores, sus sentimientos. Fue sincero, confió y me expuso su alma. Permitted que aquellas emociones hondamente enterradas en su interior salieran libres por un rato de su recóndito refugio. Ahí, en ese lugar y ese momento, lejos de miradas y oídos curiosos, me amó, y yo amé a ese hombre sensible que me tocaba con devoción.

No esperes que te cuente las confidencias que reveló, porque jamás lo haría. Aun ahora, a pesar de todo, quiero y respeto demasiado a ese ser con quien compartí tan pocos instantes. Por supuesto, tal vez no comprendas, pero verás, para mí, existen dos Stefan distintos; el que me conquistó, es aquel hombre tierno y compasivo que me trató como a una persona; el otro, es el amo que le hace a sus esclavos todo lo que le apetece y que, ocasionalmente, es demoníaco.

CAPÍTULO 10

Espejismo.

Despierto cuando siento que la cama está siendo violentamente sacudida. Unas manos aplastan pesadamente mis pies. Solo oigo un golpeteo rápido y constante, gritos, gemidos y gruñidos masculinos. Termino de desperezarme y miro impactada la escena frente a mí.

El esclavo, el mismo de cabello oscuro que procuró dilatarme para Nicolai, me observa con una expresión que no puedo asegurar si es de placer, dolor o ambas. Sin embargo, Stefan me contempla con una fría sonrisa lujuriosa, mientras penetra con fuerza el cuerpo del hombre inclinado frente a él.

Mi corazón vuelve a resquebrajarse y me detesto por ello. Luego de una semana de entrenamiento bajo su estricta vigilancia y celosas intromisiones, él ha vuelto a vestir la piel del amo duro e implacable. ¡Cómo pude permitir que se me olvidara quiénes somos verdaderamente!

He sido una ilusa, creyendo que había logrado cambiarlo, pensando que él no volvería a tratarme como algo descartable. No, él ha sido más perverso de lo que imaginaba, porque me dio una muestra de lo que se siente ser considerada una persona, esperó que me ilusionara para después arrebatarme la fantasía de un solo golpe, despreocupado, inalterable, sin conmoverse ni preocuparse por lo que pudiera sentir.

Esta ha sido una horrible bofetada para traerme de regreso a la realidad. ¡Por qué tiene que doler tanto! Ni Stefan ni Nicolai. ¡Ninguno de ellos! Jamás volveré a confiar. No seré tonta una segunda vez.

La adrenalina, mezclada con ira y decepción agitan mi cuerpo cuando atestiguo la liberación de Stefan, seguido por las muestras de la culminación del esclavo que aterrizan espesamente sobre las mantas.

—Ordenaré que te traigan el desayuno. Una vez que termines de alimentarte adecuadamente, haré que te administren algún somnífero. Necesitarás estar descansada para lo que tengo planeado para esta noche, requerirá de toda tu

energía, será una velada íntima, pero demandante.

A pesar del apetito que me mantuvo con insomnio gran parte de la noche, ahora como mi avena con desgana. Sigo dolida, no consigo olvidar lo que vi. Las escenas se proyectan en mi mente una y otra vez sin darme tregua. Intento calmarme sin mucho éxito, ¿por qué no puedo dejar de sentir? Seguramente, tampoco pongo suficiente empeño en la tarea.

¿Qué debo hacer para desprenderme de mis emociones? Prefiero la ira por sobre el lamento, así es que me aferro al odio que siento por todos ellos y lo hago crecer, recordándome que he perdido la libertad por culpa de tipos como esos.

Cucharada tras cucharada alimento mi cuerpo y mi rencor. Como las frutillas y los trozos de durazno. Después, lavo mis dientes y regreso a la cama con mis ambiciones redobladas de encontrar un momento y una forma para escapar de aquí y acabar con, al menos, parte de este mundo. Una vez que esté a salvo y pueda planear detalladamente mi venganza, destruiré todo.

Me entrego al letargo inducido y espero que el sueño me proporcione la solución.

CAPÍTULO 11

Terminar con lo que empezamos.

Definitivamente, hoy no es un buen día para comenzar a idear mi huida, considerando que todos los ojos están puestos en mí, pese a que no pueda corroborarlo, siento el peso de sus miradas. Soy el gran centro de atención, aquella esclava que será desvirgada por su amo en un espectáculo en vivo.

Alzo ligeramente la vista para contemplar a los otros cautivos que participarán del evento. Sin embargo, no reconozco a ninguno de ellos. Si bien somos cinco esclavas femeninas y cinco masculinos, yo soy la única que se encuentra totalmente desnuda, aunque gran parte de mi cuerpo se encuentra cubierto por un dibujo primaveral, cuidadosamente pincelado; coloridas hojas y flores de diversos tipos y tamaños adornan maravillosamente mi piel. Mi cabello fue trenzado con cintas verdes, que hacen juego con el elaborado diseño que luzco.

Me sorprende no ver a Berta paseándose en el salón. Probablemente, Stefan le haya prohibido la entrada debido a la evidente antipatía que nos tenemos. He notado que a él le irrita bastante la insistente búsqueda de la felina por llamar su atención y la molesta actitud silenciosamente agresiva que tiene conmigo. Mejor para mí si no se aparece por aquí; de hecho, ojalá no tuviera que verla jamás.

En fin, tal vez, de todas formas, debería usar esta oportunidad para evaluar las posibles vías de escape, pero no estoy enfocada. Lo que pasa es que me da miedo lo que pueda ocurrir en esta ocasión, la vez anterior, no terminó muy bien para mí.

Sí, Nicolai me aseguró que la seguridad ha sido reforzada. Sí, Stefan señaló innumerables veces que tiene todo bajo control y que todo lo que acontezca será porque él así lo ha decidido, pero nada de eso me reconforta. Supongo que no puedo luchar en una batalla que claramente tengo perdida.

Que sea lo que tenga que ser, no crearé más enredos en mi cabeza, ni haré estragos con mis emociones. Por lo menos, me reconforta recordar que las

experiencias sexuales que he vivido hasta ahora han sido sublimes y, esta vez, no tendría por qué ser diferente.

En cuanto a mi fuga, creo que no puedo dejar nada al azar si quiero asegurar mi éxito. Debo estar totalmente concentrada, y eso no sucederá a corto plazo.

Es cierto que, como había anticipado Stefan, son pocos los invitados. No he levantado tanto mi mirada del suelo, solo lo suficiente para ver a los esclavos que se encuentran al mismo nivel que yo, pero distingo claramente las voces de Nicolai y Larisa, interviniendo en las conversaciones que surgen alrededor. Sus tonos, aparentemente calmos, difícilmente pueden ocultar sus verdaderos deseos y emociones: ansia, lujuria, excitación.

Mi corazón late desbocado y no es porque tenga que participar en el tan comentado «círculo del placer» con estos desconocidos, sino porque deberé entregarme a Stefan, ignorando la presencia del resto, incluyendo a Nicolai. Tendré que esconder mi angustia y vestirla con toda la sensualidad que llevo dentro.

Respiro profundamente para infundirme valor, porque es mi turno de tomar posición en esta especie de cadena en la que cada uno de nosotros es un eslabón. Gateo sin demostrar un ápice de la inseguridad que estoy sintiendo. Me ubico frente al joven de piel canela, que ya está arrodillado y listo para cumplir con su rol, y me aferro a sus tibios y firmes muslos.

Acerco mi boca para hacer la felación y me agrada el contraste de su frío miembro contra el calor de mis labios. Dada toda mi experiencia en el asunto, me parece que se me da muy bien hacer que los hombres se rindan al placer que mis besos les proporcionan. Me entrego a la tarea afanosa, deliberadamente desinhibida, indecente y gozosa. De pronto, unas manos callosas abren mis piernas, y siento una cabeza pasar entremedio de ellas, pero no puedo perder la concentración en lo que estoy haciendo, ya que eso podría significar un doloroso castigo.

Poco después, un par de dedos se encargan de esparcir la humedad que vierte mi intimidad sobre los labios de quien me saborea con tremenda pericia. Un eco de jadeos y gemidos dominan la estancia. Arrastro mis manos a los glúteos del hombre frente a mí y los separo para que la mujer detrás de él pueda darle un libre recorrido a su lengua.

Una luz destella luminosa cada cierto rato. Se oye el primer grito de éxtasis. Mi vagina es como un botón floral que se abre presto para conceder su

jugoso néctar al colibrí que succiona con la ayuda de su lengua, ansioso de recibir aquella ambrosía. Sí, mi vagina es como un hibisco que codicia ser polinizado, anhelante de la estocada de un aguijón. Pronto, la esencia masculina inunda mi paladar, trago velozmente y me permito liberar en un poderoso grito mi orgasmo demoledor.

Uno a uno los esclavos comienzan a romper el círculo para regresar al lado de sus amos, por lo que me veo impulsada a hacer lo mismo.

—Tú no, sube a la tarima —manda Stefan.

Cumplo con su orden diligentemente y espero por más instrucciones. Mi corazón todavía late fuerte, mi entrepierna sigue mojada y expectante, y el diseño en mi piel permanece intacto; ni el sudor, ni los roces han hecho mella en este. Mis manos están tan húmedas que tienden a resbalarse sobre la superficie de madera. Siento el calor de Stefan irradiando desde detrás de mí, un temblor eléctrico recorre mis arterias.

Él acerca su pene a mi vagina y se entretiene jugando en la entrada durante un rato. Siento que me quemo por dentro, mis orejas arden y mi deseo crece. La erección se va introduciendo poco a poco dentro de mí, hasta que siento una dolorosa presión que se vuelve más insoportable cuando consigue entrar hasta el fondo de mi cuerpo, provocando que las lágrimas se acumulen en mis ojos, que mi rostro se contraiga por el sufrimiento y que un lastimero aullido vibre en mi garganta.

Un hombre se acerca a nosotros, cargando en sus manos un aparato que no reconozco, pero es el responsable de emitir los enceguedores centelleos de luz. Acerca el dispositivo al lugar donde mi cuerpo y el de mi amo se unen. Los presentes aplauden, lo que provoca que Stefan ruja orgulloso, acelerando sus estocadas.

Siento que me desgarran bestialmente, solo deseo enterrar mis uñas en su carne, empujarlo y apartarlo de mí, pero en su lugar, muerdo mi labio inferior con fuerza, guardo mis quejidos y, a pesar del padecimiento, llevo mis caderas hacia atrás para ir valientemente al encuentro de cada uno de sus embistes.

Estoy dándole al público el espectáculo que no esperaba ver, estoy segura que la mitad de ellos están decepcionados. Creían que me verían suplicar por misericordia, desmoronada y, en vez de eso, son testigos de la sonrisa más deslumbrante que soy capaz de ofrecer. Finjo entusiasmo y deleite, coqueteo disimuladamente con todos, y al mismo tiempo, demuestro con mis movimientos que mi lealtad y sumisión a Stefan son absolutas.

Nada en este mundanal ambiente logra apaciguar mis ganas de triunfar, convertirme en alguien inolvidable y totalmente deseable e irresistible. Me aseguro de que cada uno de ellos se sienta excitado y envidioso de mi dueño. El control lo tiene él, en realidad, solo en apariencia, porque son mis gestos los que tienen la atención de la audiencia.

Todos se frotan, besan, tocan, azotan con la mirada enganchada a nuestra salvaje actuación, sienten la compulsión de participar, pero abstienen sus impulsos primarios. Para un amo es inadmisibles perder el control o interferir en un juego al que no ha sido invitado. Así, con la satisfacción de haber conseguido mi propósito, me permito comenzar a disfrutar físicamente también. Ambos nos dejamos arrastrar por un maravilloso orgasmo que nos deja exhaustos y casi sin aliento.

—Señor, perdone la interrupción, pero ha ocurrido un incidente que requiere de su atención a la brevedad —señala, agitado, uno de los encargados de seguridad.

—¡Qué pasó ahora! ¡Quiero a todo el mundo fuera de aquí, esta fiesta ha terminado! Paul, entrégale tu cámara a Nicolai —ordena Stefan, irritado.

Todos abandonan la habitación rápidamente, y yo no sé si debería irme también o no. Insegura, intento localizar a Nicolai, pero me topo con los ojos furiosos de Stefan, quien me mira detenidamente un par de segundos.

—Sígueme.

Me cuesta seguir su ritmo, porque va demasiado rápido, choco con los pies de los guardias que corren de un lado para otro, gritándose indicaciones.

Entramos a su dormitorio en silencio, lo observo vestirse, ofuscado, a una velocidad impresionante. No sé lo que sucede, pero no lo veía tan enojado desde lo que ocurrió con Walter.

—En seguida regreso. Enviaré a Nicolai para que se encargue de ti. No importa lo que suceda ni lo que escuches, no abandonarás este lugar, a menos que yo te lo diga. —Asiento, estoy asustada.

¿Nos estarán atacando? ¿Tendrá relación con Román?

Nicolai ingresa con una cubitera llena de hielos y un paño limpio.

—Recuéstate, esto aliviará tu ardor.

Envuelve un par de cubos con el trozo de tela y lo acerca a mi vagina. El alivio es casi instantáneo. Limpia con gentileza la sangre que se ha secado en mis muslos y cubre mi cuerpo con las mantas. Puedo ver que sus ojos intentan transmitirme un mensaje que no consigo descifrar, pero la tristeza que

expresan es casi palpable. No lo entiendo, ¿me ama?

—Duerme.

Y con esa única palabra y la pena alojándose en mi pecho, me acurruco para dormir.

CAPITULO 12

Su lado oscuro.

Una mano me sacude suavemente, entrebro mis ojos y me encuentro con la mirada seria e impasible de Nicolai.

—Despierta. Tienes que venir conmigo.

Bajo de la cama y lo sigo obedientemente. Hay una sensación extraña rodeándome. Todos parecen tensos, desde los esclavos hasta los guardias.

—Debemos apurarnos, es mejor que bajas las escaleras caminando. Stefan está muy impaciente.

Mis emociones se agitan con violencia, tengo náuseas y experimento una gran pesadez en mi cabeza, tanto así, que siento los ojos irritados e incluso el más leve de los murmullos retumba fuerte en mis oídos.

A medida que nos acercamos a la puerta ubicada al fondo del pasillo, el número de escoltas aumenta. De pronto, logro oír con claridad gritos de súplica y horror. Noto que me estoy aproximando a las puertas del infierno, y es muy posible que salga gravemente lastimada de ahí o peor, tal vez no lo haga en absoluto. ¿Habré hecho algo mal ayer? ¿Querrán castigarme?

Las puertas dobles se abren, y encuentro a Berta muy maltratada, encadenada de pies y manos; tiene el rostro mojado por sus lágrimas de terror. Además, hay un hombre que está firmemente amarrado a una silla y que ha sido golpeado hasta dejarlo en condiciones graves. Por lo que puedo imaginar, él ruega con dificultad en una lengua extraña. Está desesperado y yo también.

Ambos están rodeados por hombres grandes, serios, rudos e inmutables. También se encuentran Larisa, quien esboza una discreta sonrisa maquiavélica, su esposo y Stefan, que me observa con ojos ávidos y desquiciados.

—¡Qué bien que hayan llegado tan rápido! No quería que se perdieran el espectáculo. Y quería hacer un anuncio antes de comenzar.

Dirige sus pasos lentamente hacia mí, apoya uno de sus dedos bajo mi mentón y me obliga a mirarle.

—Ayer me sorprendiste. Actuaste de acuerdo a las circunstancias y

superaste el reto. Me encantó confirmar que eres una perra insaciable. Mi perra, mi mascota, mi Alina.

Veo que saca algo brillante de su bolsillo y lo pone alrededor de mi cuello.

—Listo, desde este momento, todos en esta casa sabrán cuál es tu lugar. Te he dado un nombre y tienes que acudir a mí cada vez que te llame... Ahora, de regreso a lo que nos convoca, le he pedido a Nicolai que te traiga hasta acá porque quiero que comprendas lo que sucede cuando alguien desafía mi autoridad. Alina, mi querida mascota, estás a punto de conocer mi lado oscuro, todo debido a que cierta gatita se equivocó terriblemente cuando creyó que podía fugarse de aquí y vivir tranquilamente con su héroe. Creo que me subestimó, porque no pensó que tendría mis métodos para traerla de regreso; de hecho, solo consiguió enfurecerme e hizo que me diera cuenta de que convenía reforzar la seguridad en este lugar... Giulio, ¿qué pudo haber incentivado tu desertión? Nos conocemos desde hace años, sabes lo malo que puedo ser si me provocan, has comprobado que tengo muchos recursos y que siempre, sin excepción, obtengo lo que quiero y encuentro lo que busco. Estoy tan curioso. ¡De verdad! ¿Tienes alguna explicación? ¿Algo que decir que exculpe tu actuar? No creo que haya sido tu intención traicionarme, ¿o sí? — Me asusta la calma que emplea en su voz, siento que anuncia la pronta llegada del caos.

—¡Ella me provocó!

—¡No! —grita Berta, aterrada, negando repetidas veces con su cabeza.

Stefan ordena con solo una dura mirada que sea silenciada. No obstante, antes de que puedan amordazarla, junta apretadamente sus labios en señal de obediencia.

—Se paseaba coqueteando por toda la casa, sabiendo que la observaba a través de las cámaras; por eso, actuaba tan insinuante. Prácticamente me lo pedía, me empujó a hacerlo. Es una harpía insurrecta, engañosa y malintencionada. Me equivoqué, lo admito, pero no volveré a hacerlo, usted tiene mi más devota lealtad.

—Lo sé, lo entiendo, ella tiene ese efecto, hechiza a todos a su alrededor. Sin embargo, tus ojos debían servirme para vigilar y no para dejarse embrujar. Por eso, en vista y considerando que no hicieron su trabajo como correspondía, habrá que removerlos de tu redondo y sudoroso rostro... Sáquenselos y déjenlo sufrir.

—¡Por favor!, ¡por favor! ¡Piedad!, ¡piedad! ¡Se lo imploro! —aúlla,

despavorido.

—¡Corten su lengua también, no quiero oír más sus súplicas chillonas! Si al final del día sigue vivo, deberán desollarlo. Ahora, debo hablar con Berta —señala con un firme tono de voz, que no admite discusión.

La mujer sigue con su boca fuertemente cerrada, llorando en silencio y tiritando sin control. Mientras los gritos de dolor de Giulio me alteran, uno de sus ojos impacta cerca de mi mano, lo contemplo horrorizada, sin atreverme a realizar el más mínimo movimiento, ni siquiera a respirar profundo. Mi mentón tiembla y ruego que nadie lo note. Rezo mentalmente para hacerme invisible. Tengo miedo, mucho miedo.

—Tranquila, cariño, no quiero matarte. Te aprecio bastante, créeme que sería una pena enorme dejar de verte circular por los pasillos de mi hogar. De hecho, cuando salgas de aquí, quiero que recorras cada rincón de esta casa para que todos puedan mirarte. Lo que haré ahora es darte una pequeña lección que tendrás presente por el resto de tu vida... Recuerdo que una vez, hace bastantes años, en uno de mis muchos viajes, vi a un grupo de hombres castigando a una joven. Se trataba de un padre que, con la colaboración de sus hijos varones, repudiaba a su hija por ser una deshonra para la familia. Alguien había abusado de ella y le había arrebatado la virginidad, así es que ya no era una mujer virtuosa. La chica, al igual que tú, se debe haber comportado de forma inapropiada. Deja que te explique una cosa, los hombres somos seres bastante débiles, debemos recurrir constantemente a nuestro dominio propio para luchar contra la tentación que, a veces, suponen las mujeres. Si ustedes actúan con tanta desfachatez, no pueden esperar que sus actos no traigan consigo efectos colaterales. Seguramente, no fue fácil para ese grupo tomar la decisión, pero ella había mancillado el buen nombre de la familia, así como tú me has deshonrado. Berta, no voy a permitir que arruines mi reputación. Todo aquel que se ha atrevido a poner en riesgo mi prestigio y difamar mi liderazgo ha recibido la respuesta que merece, y tú no serás la excepción. Te daré el mismo escarmiento que recibió ella, excepto que tú seguirás viviendo. He preparado todo con antelación para asegurarme de ello.

Stefan hace una señal para que todos nos alejemos de Berta, mientras él se pone unos guantes y va en busca de un balde. Respira profundamente antes de arrojar el líquido sobre el cuerpo de Berta. Sus alaridos no tardan en llegar, y soy testigo de la escena más horripilante que podría haber imaginado.

Los gritos van subiendo rápidamente de intensidad, veo cómo la mujer se

retuerce, intentando liberarse de las cadenas y detener el progreso de la quemadura, mientras su piel se derrite y va cayendo a pedazos sobre el suelo, exponiendo sus huesos en algunas zonas.

—¡Ayyyyy! ¡No puedo ver! ¡Amo, perdóname, haz que se detenga, por favor!

Mis ojos están a punto de dejar caer las lágrimas que sostienen, pero las retengo. Sé que si comienzo a llorar no seré capaz de dejar de hacerlo por un largo rato. Mi cuerpo se sacude salvajemente, espero que Stefan no me haga subir la mirada, porque no quiero ver su cara transformada por la locura, la venganza, el rencor, la violencia, la crueldad y la indolencia. Observo a Nicolai, y él mira la escena apáticamente. No sé quiénes son estos hombres, ya no los reconozco. Seguramente, esa crueldad siempre estuvo ahí, pero no supe verlo, hasta ahora.

Mis oídos se llenan de aire, intentando silenciar la monstruosidad, mis manos apenas son capaces de sostenerme.

—Suficiente, ya aprendió la lección.

Observo de reojo a Larisa y a Rustam atender a Berta, la llevan hasta una cama pequeña, rodeada por cables y máquinas. Allí hay un reducido grupo de personas que no había visto anteriormente, tal vez, porque se encontraba oculto tras la pared de bestias armadas que vigilan esta enorme prisión que Stefan llama hogar.

Me llama la atención ver a esas personas usando ropas extravagantes que cubren todo su cuerpo, incluso sus dedos, pelos y boca. Los desconocidos no tardan en asistir a la pareja con premura.

—El espectáculo terminó. Regresen a sus deberes y dejemos a los doctores trabajar en calma. Nicolai, ¿puedes quedarte a desayunar?

—Amigo, lo siento, debo irme, cosas del trabajo. Estoy con la sogá al cuello por un cartel de drogas que ha estado llamando demasiado la atención.

—¿Román?

—No, aunque debo decir que no me molestaría acabar con ese idiota, estoy seguro de que adentro debe tener muchos enemigos dispuestos a encargarse de él, pero imagino que no dudaría en soplar nuestros nombres con tal de salvar su pellejo. Mientras me asegure de mantener la atención lejos de él, no creo que tengamos problemas; mantengo a mis subordinados bastante ocupados con unas cuantas investigaciones y papeleos.

—Siempre puedes usar la burocracia a tu favor.

—Por supuesto. Ahora sí debo irme.

—Claro, haz buen uso de los impuestos que pagan los trabajadores honrados— responde, guiñándole un ojo.

—Hasta pronto.

—Alina, ahora eres parte de mi familia. Mi hermosa perra, seca esas lágrimas. Sé que soy duro, pero es porque los quiero y mi deber es enseñarles. Tanto esclavos como mascotas y sirvientes tienen que aprender a obedecerme y respetarme... Linda, tú y yo tenemos que celebrar y lo haremos después que desayunes y yo descansa apropiadamente. Tuve una noche muy dura. Anda a la cocina y pídeles que te preparen algo delicioso.

—¡Charles! Tengo que hablar contigo sobre la redecoración de la casa...

Me alejo lo más rápido que puedo de él y su asistente, poniendo tanta distancia entre nosotros como sea posible y permitido, en busca de la ubicación de la cocina. Aunque no quiero comer, no voy a desobedecerle. Y olvidaré la estúpida y peligrosa idea de fugarme.

CAPITULO 13

Mascota.

Creo que llevo pocas horas despierta y anoche dormí muy bien. Sin embargo, entro al dormitorio sintiéndome agotada. Todavía no soy capaz de convencerme de que todo lo que vi fue real, no lo soñé, no me inventé nada de ello. No sé qué habrá pasado con el hombre al que dejaron ciego, si ya estará muerto o todavía no. Ruego que su sufrimiento no se extienda por tanto tiempo, pido que Stefan se compadezca y le muestre misericordia.

Tampoco he visto ni he sabido de Berta, espero con sinceridad que sobreviva, ojalá se recupere completamente y vuelva a ser la hermosa criatura que era antes de que decidieran arrojarle ácido, para que se quemara de forma lenta y agonizante.

—No sé por qué luces tan miserable. Creí que ella no te agradaba. Ustedes no parecían llevarse bien.

Aparento una sonrisa, porque es lo único que se me ocurre hacer, aunque ésta me sale débil y tímida.

—Eso está mejor. Tengo un regalo para ti. —Señala un colchón forrado en la piel de algún tipo de animal y una gruesa manta—. Tu propia cama, junto a la mía, ¿te gusta?

Gateo coquetamente hacia esta, sabiendo que eso es lo que él espera ver. Me giro para satisfacerlo con mi boca, como de costumbre, pero me detiene.

—Me fascina que seas tan agradecida, pero las perras, cuando están felices, mueven sus colas para demostrar lo encantadas que están.

Meneo mi trasero torpemente al principio, porque no sé cómo es que se animan los canes, hasta que decido hacerlo de la forma que a mí me parece más deleitable.

—Eso es, sigue así.

Aunque por fuera demuestro sensualidad y satisfacción, por dentro me siento rota. Me aferré a estúpidas fantasías de amor. Formé en mi mente una imagen utópica de Stefan y Nicolai, negando la naturaleza despiadada que

siempre ha estado presente en ellos. Y solo conseguí un agudo dolor en mi pecho, una grieta imposible de sanar, esperanzas marchitas y un miedo ilimitado.

Así, desde atrás, él me penetra, me domina y continúa quebrándome, mientras yo simulo que disfruto. Colisiono mi cuerpo contra el suyo, jadeo y grito alharaca; sudo por el esfuerzo de estar pretendiendo que todo está de maravillas y lo llevo al éxtasis.

—Alina, tu presencia es una cura contra las tinieblas, haces que todo mejore con tu sexo y tu linda sonrisa —comenta con voz agitada y cansada—. Vamos a bañarnos.

Soy patética, lo sé, pero cuando me decía cosas como estas, incluso después de haber visto lo demoníaco que podía ser, mi cuerpo se calentaba agradablemente con una sensación de calma. No estaba acostumbrada a oír palabras halagadoras, por eso era tan satisfactorio, a pesar de las circunstancias.

Tras un baño en el que disfruté de suaves caricias y un trato cariñoso, solo quiero dormir, y Stefan parece desear lo mismo, pero unos golpes en la puerta consiguen cambiar su actitud.

—Estoy pensando que, tal vez, debería ordenar castrar a todo mi equipo de seguridad. Sin duda me ahorraría algunos problemas. Todavía no lo decido, aunque es algo que deberé considerar con seriedad, dado los últimos hechos. ¡Adelante!

—Señor, la doctora Demir acaba de marcharse, pero su esposo y el resto del equipo médico continúan atendiendo a su mascota.

—¿Te comentó acerca del estado de Berta?

—Me pidió que le informara que fue necesario realizar cinco operaciones simultáneas y que lograron estabilizarla exitosamente. Por ahora, la mantendrán en observación.

—Eso será bastante costoso. Alina, ¿te das cuenta? Si no me preocupara por Berta, simplemente, la habría matado o la habría dejado morir después del castigo. Sin duda, me hubiera ahorrado mucho dinero, pero soy un amo bondadoso y justo. Charles, quiero que me notifiquen en cuanto despierte.

—Así se hará, señor. También quería informarle que ya comenzaron a instalar lo que ha solicitado en el primer piso.

—Perfecto.

—Señor, me temo que es posible que el trabajo genere mucho ruido...

¿Desea dar alguna indicación con respecto al subterráneo y al segundo nivel?

—No, no es necesario. Me ausentaré por un par de horas, debo comprobar que todo esté en orden con la mercadería.

—Charles, Alina es mi nueva mascota. Envía al equipo para que la acicalen. También quiero que la evalúe el nutriólogo, e informa al chef que deberá crear la minuta en base a las indicaciones del especialista.

—Por supuesto.

—Puedes retirarte.

El hombre se aleja de prisa, como si temiera un posible cambio de humor en Stefan, y terminara como Giulio o Berta. Se acerca a mí con calma, pero en sus ojos brilla una pequeña luz perversa. Sujeta bruscamente mi mandíbula y respira en mi oreja profundamente, una y otra vez.

—Jamás vayas en mi contra, no querrás provocar mi ira y descubrir lo que te sucedería... Podría ser peor que el destino de esa gata malagradecida.

En un acto arriesgado giro mi rostro y miro directo a sus ojos para que vea que no pretendo desobedecerle. Le juro mudamente que le seré leal, evoco al Stefan preocupado y gentil, y le entrego mi amor. Él responde luciendo ligeramente sorprendido, acaricia mi mejilla y besa mis labios con ternura.

CAPÍTULO 14

El derrumbe.

Han pasado dos años desde que Stefan me convirtió en su mascota, lo sé porque ahora está encargándose de los preparativos para celebrarlo, aunque no me siento de un humor muy festivo.

Las cosas han cambiado mucho en este tiempo. Al principio, dormíamos en la misma habitación, pero en camas separadas. Sin embargo, poco a poco comenzamos a conocernos, a reconocer nuestro lenguaje corporal para interpretar las necesidades de ambos, a comprendernos e incluso, a implicar sentimientos más profundos.

Me costó desprenderme del miedo, sé que no me ha abandonado en su totalidad, este permanece latente dentro de mí, pero ahora nuestra relación es diferente, más íntima. Sí, admito haberlo seducido, pero él también me conquistó. Desde el castigo de Giulio y Berta, jamás he vuelto a ver esa maldad en él. De hecho, su trato con los esclavos es indiferente, lo que significa un gran progreso en un lugar donde solía reinar el terror.

Me he esmerado por ser siempre versátil, seductora y complaciente. No sé si me ama, ya me equivoqué juzgándolo antes y la realidad me hizo daño, pero él ya no me comparte con nadie, a menos que participe activamente en el juego que haya planeado. Guarda su lujuria exclusivamente para mí, y me alegra. Dice que no necesita de más, pues yo le entrego y satisfago como ningún otro.

En cuanto a Berta, hace un tiempo, no sé cuánto exactamente, falleció. Su proceso de recuperación fue lento e inefectivo, ella nunca sería la misma luego de todo lo que le ocurrió, y no solo porque perdió la visión de su ojo derecho y la capacidad auditiva del mismo lado, sino que Stefan había ordenado poner espejos en toda la casa para que cada minuto del resto de sus días recordara lo que había hecho y conseguido para sí misma como resultado de su insubordinación.

Fui testigo de cómo se fue apagando lentamente. A menudo la observaba mirarse al espejo, tocando su calvicie con dedos trémulos y repasando la

textura de su piel chamuscada. No sobrevivió a su última intervención quirúrgica, posiblemente, gracias a todos los ruegos que le hice al infinito o, tal vez, fue demasiado inteligente, la muerte fue otra estrategia, Berta encontró la salida y logró escapar; sin importar la causa, soy feliz por ella.

—Alina, ¿en qué piensas?

No sé por qué me pregunta algo tan específico, él nunca me ha dado autorización para hablar, solo lo hice con... En fin, es bastante difícil explicar lo que siento únicamente a través de gestos; además, no tengo claridad de lo que me ocurre. Como no sé qué hacer exactamente, me acurruco entre sus brazos y respiro el aroma de su piel.

—Me preocupas, has estado muy distraída. Consumes todo lo que te indicó el nutriólogo, pero, aun así, he notado que has bajado un poco de peso. Te ves cansada y ojerosa, por eso he intentado ser menos exigente. También, has estado sangrando, y se supone que tu ciclo menstrual terminó hace un par de días.

En todo caso, Stefan tiene razón, he estado distraída. Pero solo es desánimo.

—Ayer llamé a Larisa para que te examine, vendrá al anochecer. Por ahora, será mejor que suspenda la celebración y disfrutemos de un almuerzo tranquilo, ya podremos festejar cuando te recuperes. ¿Quieres comer?

Desearía negarme, ya que la sola mención de su nombre me provoca un desagradable malestar estomacal, pero asiento porque tengo mucho apetito, y no permitiré que nada arruine la oportunidad de disfrutar de un rato que no involucre sexo.

En todo caso, mi pena tiene un motivo. Desde hace algunos días, no dejo de pensar en Nicolai, me entristece cada vez que recuerdo la última noche que pasamos juntos, sin nadie alrededor. Si hubiera sabido en aquel momento que no volveríamos a vernos, entonces no me habría dormido, sino que habría pasado las horas contemplándolo mientras vigilaba.

La tarde que nos reunimos para hacer un trío, tiempo atrás, no cuenta, porque el tiempo no fue suficiente; él solo llegó a cumplir con su participación y después se marchó.

—¿Te duele algo? Sí, te conozco, muéstrame dónde.

Le señalo la zona baja de mi espalda y mis senos. Lo cierto es que me he sentido pésimo. Sin embargo, no creo que sea necesario crear alarma, ya pasará. Tal vez, solo necesito dormir sin que nada interrumpa mi sueño.



Es extraño, Larisa suele ser mezquina y poco transparente, pero en esta ocasión me ha revisado minuciosamente; incluso, llenó algunos frascos con mi sangre y otro con orina. Mientras me revisa, no puedo dejar de mirar con detalle sus ojos azules, aunque aterradores, son preciosos. En realidad, creo que es la mujer más hermosa que he visto alguna vez. No entiendo qué hace con Rustam, no es feo, pero parece uno más de sus accesorios. Nunca le he visto como un hombre con carácter, alguien que sabe lo que quiere y lo consigue, como Nicolai o Stefan. Por otro lado, he descubierto que nadie sabe lo que sucede a puertas cerradas. A veces, las cosas no son lo que parecen.

—Mañana tendré el resultado de las pruebas. Lo más conveniente es que descanse y no realice ningún esfuerzo físico.

—De acuerdo, pero ¿tienes alguna idea de lo que puede ser? —Stefan luce nervioso.

—No me puedo aventurar a dar un diagnóstico, no sin los exámenes listos.

—¿Le darás algo para que duerma?

—Preferiría no hacerlo.

—Está bien —suspira—. Gracias. Te espero mañana. Rustam y tú pueden quedarse a cenar.

—Estupendo. Adiós.

—Te acompaño hasta la puerta.



—Me temo que mis sospechas eran correctas, tu mascota está preñada.

—¿Qué! Tú me dijiste que había quedado estéril.

—No, yo te dije que era una probabilidad, no una certeza.

No entiendo ninguna de las palabras que dicen, y se me hace muy difícil concentrarme para tratar de averiguar lo que está pasando, ya que Rustam no deja de mirarme con descarado deseo, haciéndome sentir inquieta e incómoda.

—Entonces, ¿por qué ha estado sangrando?

—Porque está con síntomas de pérdida. El estado de tu perra es muy frágil, un aborto podría matarla, incluso, si se trata de uno espontáneo. Es indispensable que guarde reposo y no sufra impactos; eso es si lo que buscas es mantenerla con vida, por supuesto.

¿Morir? ¿Puedo morir?

—¡Claro que sí! —grita con la furia bullendo en su sangre.

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé.

—Tú conoces el mercado, sabes lo que pagan por un bebé, especialmente si resulta ser niña.

—No.

—¿Por qué te tomas tantas molestias?! ¡Es solo una perra! Puedes costear otras mejores que ella. Sabes perfectamente que la próxima semana habrá una subasta, y...

—¡He dicho que no! —reclama, está fuera de control.

—Es tú decisión, solo digo que tienes la oportunidad de hacer un gran negocio. De lo contrario sabes cómo esto puede afectar tu reputación.

¿Su reputación? Los recuerdos que había intentado reprimir durante tanto tiempo surgen, invadiendo mi mente con crudas imágenes de todo lo que experimentó Berta cuando arriesgó el prestigio de Stefan.

—No, si completa la gestación, no apartaré a la cría de su madre.

Comienzo a llorar ruidosamente sin poder evitarlo.

—Agradezco tu tiempo. Ahora apreciaría que nos dejaras solos; tú lo dijiste, ella necesita descansar. ¡Charles! —El hombre aparece rápidamente—. Acompaña a la doctora Demir a la salida, y luego regresa.

Stefan se recuesta a mi lado, seca mis lágrimas con dulzura y besa suavemente mis mejillas y labios.

—Shhh..., tranquila... Si tan solo te hubiera conocido en un escenario diferente. —Se lamenta—. Cometí un error contigo, no debí implicarme tanto. ¿Comprendes lo que te ocurre?

Niego, temiendo escuchar que se trate de algo que no tiene solución.

—Estás embarazada, hay un bebé creciendo dentro de ti, y te está haciendo daño.

Cada palabra que sus labios pronuncian desgarran mi alma un poco más. Siento que caigo a través de una tenebrosa grieta que no tiene fin. No sé qué pasará conmigo, pero mi instinto grita, augurando que no será bueno.

—Podría pedir una segunda opinión y ver un método seguro para hacerte abortar, pero temo que no sobrevivas... Yo... no puedo vivir con tu muerte en mi consciencia. Yo te... —Suspira—. Eres mi mascota favorita, jamás podré encontrar otra como tú.

De un segundo a otro, tanto las paredes que me han resguardado como todo alrededor de ellas colapsan, derrumbándose. Comprendo que el tiempo que he pasado junto a Stefan han sido nada más que un entre paréntesis en mi vida. La pesadilla fue y la pesadilla también será.

Un golpe en la puerta nos distrae, es el mayordomo. Durante este período, he aprendido a reconocer su forma de anunciarse.

—Charles, arregla mis maletas, saldré de viaje por un tiempo. No sé cuándo regresaré, pero le pediré a Nicolai que se haga cargo de Alina y los esclavos.

No quiero este bebé, prefiero morir. ¿Por qué no me dejan hacerlo?!

—Mi Alina, ya no llores, no te angusties. Velaré que no te pase nada malo, lo prometo. Nicolai cuidará de ti con la misma dedicación con la que yo lo haría.

Me besó apasionadamente entre lágrimas, las suyas y las mías. Después, se marchó.

Me costó mucho aceptar el hecho de estar embarazada, Stefan me había dado una existencia tranquila, y no quería perderla.

Me arrepentí de no haberle dado amor a mi hija desde el comienzo. Cuando la sostuve en mis brazos por primera vez, lloré desconsolada, me sentía culpable. Ella era perfecta y no merecía mi inquina.

CAPÍTULO 15

Reencuentro.

Aunque la idea de ver a Nicolai tendría que haberme emocionado, siento que ya nada será capaz de alegrarme. No me apetece ver a nadie. Quiero refugiarme entre estas mantas para siempre, con las luces apagadas, dejando que la oscuridad reine. Deseo aislarme, detener el tiempo y tener la habilidad de cambiar los hechos.

Desde que Stefan se fue, no he logrado contener el llanto y tampoco me interesa hacerlo. Me duele, me siento herida y necesito expresarlo. Debo expulsar desde dentro de mi ser parte de la tristeza que me está sofocando y saturando, porque no sé cómo manejarla.

¿Cuánto demorará esta criatura en abandonar mi cuerpo? ¿Por qué no tomó en consideración las palabras de Larisa! ¿Ni siquiera se detuvo a reflexionar al respecto! ¿Podríamos ser felices solos los dos! La retahíla de cuestionamientos y reproches perfora profundamente mi corazón, me siento inmediatamente culpable de haber formado pensamientos tan viles.

Ahora, lloro con más ímpetu, soy una maldita bestia y me odio por eso. Sollozo en un intento por desgarrar mi mente para que ésta no pueda volver a generar ideas semejantes. Lo cierto es que jamás podría desearle esta represión y confinamiento a alguien, especialmente, no a un ser tan inocente, que ni siquiera ha tenido la oportunidad de ver el mundo; incluso, uno horrible como este.

Estoy con mis emociones y pensamientos tan revueltos que ni siquiera entiendo lo que me pasa, no puedo precisar cómo me siento.

De pronto, la puerta se abre e ingresa Nicolai, quien me mira de una forma que no puedo descifrar; no sé si está enojado, decepcionado o, simplemente, cansado. El mayordomo lo sigue, a la espera de sus instrucciones.

—Charles, haz que traigan una infusión de manzanilla, galletas de avena y frutos secos para Alina, yo solo quiero un café.

—En seguida, señor Sewick.

El hombre abandona el lugar, dejándonos solos, encerrados en el tortuoso silencio de la habitación. Un extraño brillo en su mirada me lo grita: lo sabe. Nicolai ya está al tanto de lo que ocurre, estoy segura de ello. Dejo caer mi cabeza en señal de derrota, ocultándole mis lágrimas de frustración. La vergüenza impide que vuelva a tenerla erguida, estoy embarazada y me siento responsable.

—Stefan me ha encomendado tu cuidado, él y Larisa me explicaron el frágil estado en el que te encuentras. Por eso, es imprescindible que seas más obediente de lo usual, no permitiré que nada les ocurra a ti o al bebé. Alina, mírame.

Cuando hago lo que me ordena, libero un gemido involuntario, seguido de lamentos que no consigo acallar.

—Deja de llorar, eso no cambiará tu situación... Además, no es bueno para la salud de ninguno de ustedes. Quiero que hablemos, y para eso debes calmarte cuanto antes. Este es el único lugar en toda la casa que Stefan mantiene sin cámaras o micrófonos, por lo que podremos hablar tranquilos. Quién sabe por cuánto tiempo será así, por esa razón, no podemos arriesgarnos y dejar la conversación para otro momento. Si es que Stefan habló con Larisa de lo que pasaría contigo, debes decírmelo; necesito que me reveles todo, sin olvidar ningún detalle. Es importante, tal vez, mis suposiciones son erradas, pero no puedo asumir que lo sean. Charles debe estar por regresar, no podemos fiarnos de nadie. ¿Hay algo que quieras decirme?

—¿Ese es tu nombre? ¿Nicolai Sewick?

—No puedo creer que esa sea tu pregunta —comenta, ligeramente más relajado—. Por ahora, lo es. Alina, este mundo es complejo. Tengo más de un nombre, cada uno de ellos me sirve para distintos propósitos.



—Lo sabía, ella está intentando servir a sus propios propósitos. Todavía no logro descubrir lo que pretende. Jamás he confiado en Rustam, mucho menos en Larisa. Una cosa es cierta, ella es una mujer muy celosa y dominante, adora recibir toda la atención masculina, y tú supones una competencia, a pesar de tu estatus. Creo que intentará convencer a Stefan de que se deshaga de ti, pero no sé de qué forma todavía. Él siente una gran fascinación por ti. Sin embargo, dudo que sea suficiente para asegurarse de tu protección, hay demasiado en juego para él. Especialmente, si resultara que... ¿Sabes cómo se produce un embarazo?

—Sí.

—Entonces, sabes que existe una posibilidad que sea mi hijo el que llevas dentro, ¿no? Lo que probablemente empeoraría tus oportunidades.

—Pero solo estuvimos...

—No importa cuántas veces hemos estado juntos, basta con solo una vez.

—No lo sabía... Nic... —Me interrumpo, con temor a haber cometido alguna falta.

—Está bien, puedes decirlo.

—Nicolai, tengo miedo. No sé lo que es una subasta, y... ¿Qué es lo peor que nos podría ocurrir?

—Hay tanto del mundo que desconoces, de alguna manera, has estado encerrada en una burbuja que te ha mantenido ajena de todo alrededor, lo bueno y lo malo. Es difícil explicarle a una persona un color si jamás lo ha visto, ¿entiendes?

—Sí, creo que sí, pero no desistas tan rápido, por favor; tal vez, hay algunas cosas que puedo llegar a entender si intentas aclarármelo. Quiero saber, quiero aprender.

—Eres curiosa, no sé por qué Stefan pensó en ti como una perra cuando, en realidad, Berta cumplía mejor ese papel; tú me recuerdas más a una gata. Te entiendo, yo soy igual, pero debes saber que, en ocasiones, tanto conocimiento puede afectarte y perturbarte para siempre. Si no tienes la frialdad necesaria para enfrentar y atestiguar lo retorcido que es el mundo, entonces te daña. La mayoría de las personas desconoce lo que se oculta en las sombras.

—Mmm..., tienes razón, no sé a lo que te refieres.

—Lo que quiero decir es que, además de este mundo físico en el que vivimos, existe uno virtual, y si sabes cómo acceder a las zonas más oscuras

de este, puedes encontrar todo lo que anhelas. Es un lugar donde tienes que ser precavido, porque estás expuesto a peligros y, al mismo tiempo, estás protegido por la ventaja que te da el anonimato. Allí puedes comprar y vender todo lo que usualmente no encuentras en un mercado de libre acceso. No existen límites.

—¿Un lugar donde comprar y vender mujeres para satisfacer sus deseos?

—Sí, pero no solo mujeres. Puedes comercializar animales, personas, drogas... No está todo relacionado con lo erótico, es cierto que el sexo vende; sin embargo, no es lo único que puede enriquecerte.

—Me estoy confundiendo más, ¿no quieren apoderarse del bebé para hacerle lo mismo que a mí?

—Puede ser, pero también pueden querer mercantilizar solo sus órganos o entrenarlo para usarlo como soldado, convertirlo en un esclavo laboral... Existen muchas opciones diferentes por las que alguien puede interesarse en comprar y vender a una persona, es un negocio muy lucrativo y, además, existen métodos de pago prácticamente imposibles de rastrear.

—Me da miedo. No quiero escuchar más, por favor, o mi mente comenzará a saturarse con imágenes de todo lo que podría pasarnos.

—Comprendo. A veces, nuestras mentes son nuestros enemigos más persistentes y dañinos.

—Sí, es cierto... Nicolai, ¿por qué me estás ayudando?

—Creo que he respondido suficiente de tus preguntas... Seguiré educándote, te buscaré un tutor privado, uno confiable, por supuesto. Le diré a Stefan que es una buena manera de mantenerte ocupada, sin agitarte.

—Sé que ya no quieres escuchar mis preguntas, y es posible que te enojés si sigo haciéndotelas, pero... lo haré de todos modos, me arriesgaré, a costa de tu reacción.

—Dime.

—¿Tienes dinero?... ¿Podrías comprarnos?

—Jamás podría hacerlo, incluso si quisiera. Todos nos ocultamos tras una fachada, y la mía no me lo permite. Si lo hiciera, pondría demasiado en riesgo, muchos terminaríamos muertos. Probablemente, luego de haber sido salvajemente torturados.

Me invade un escalofrío involuntario al recordar a Berta y al hombre que le ayudó a escapar.

—¿Crees que Stefan se olvidará de mí?

—Pienso... Tal vez. Él se ha asegurado de poner mucha distancia entre ustedes. Posiblemente, encuentre algo que logre distraerlo, eso podría hacer que pierda el interés en ti. De hecho, creo que eso es exactamente lo que está tratando de hacer. Alina —suspira—, no te atormentes más con paranoias, intenta descansar... Sueña conmigo.

Sus dedos obligan a mis párpados a cerrarse, antes de acariciar mi cabeza gentilmente una y otra vez, induciendo el letargo lentamente y llevándome a ese lugar de la memoria donde se alojan los recuerdos. Mi mente invoca aquel único momento en que Stefan invitó a Nicolai a entrar en mi cuerpo. Las imágenes se reproducen en mi pensamiento con mayor nitidez cuando oigo un susurro:

—Puede ser que yo sea el padre del bebé que llevas dentro... y no Stefan.

CAPÍTULO 16

Recuerdos de una mirada azul.

Mi instinto me dice que esta noche no será igual a las otras, no es por el aparato que ha instalado para filmarnos, sé que a Stefan le gusta hacer eso de vez en cuando; de hecho, muchas veces vemos juntos los videos.

En esta ocasión, él quiere esparcir el aceite por mi cuerpo, él es quien me prepara, y no alguno de sus esclavos. Se sienta en un gran taburete tapizado y me sienta sobre él, haciendo que apoye mi espalda en su torso. Luego, acomoda mis piernas por fuera de las suyas y frota mi piel, calentándola. Los vellos se erizan por donde sus dedos pasan, reclamando la pérdida de ese toque fugaz. Comienza a masajear perezosamente mis labios vaginales, a pellizcar y a tentar mi clítoris con suavidad, preparándome para lo que vendrá.

De pronto, se escucha un golpe seco en la puerta.

—Pasa, te estábamos esperando.

Me sorprendo al ver a Nicolai de pie frente a nosotros, desde hace mucho que no nos veíamos, y me entusiasma saber que hoy participará en lo que sea que Stefan haya ideado. Se desviste de prisa y acerca su nariz a pocos centímetros de mi vagina. Me respira profundamente un par de veces, mientras me encuentro retenida por los muslos, expuesta, ansiosa, sin posibilidad de moverme un centímetro.

Mi respiración se altera, volviéndose superficial, ligera, pausada, entrecortada. Su mirada conecta con la mía justo antes de usar su lengua para explorarme y acariciarme deliciosamente bien. Sus papilas me degustan con placer, recorriendo pliegues, surcando mi carne, buscando la ambrosía. Se alimenta sin descanso de mis gemidos y mis jugos, llevándome al cielo y de regreso, manteniéndome en el limbo de la locura y la razón.

—Eso es, muy bien. Ahora regresa a tu posición, vamos a jugar.

Stefan no desperdicia ningún segundo, distribuyendo inmediatamente el lubricante entre mis glúteos en cuanto ubico mis manos y rodillas en el suelo. Arroja un dado con imágenes de distintas posturas sexuales en cada uno de sus

lados, y parece como si él hubiera adivinado con anticipación lo que el azar sugeriría, porque se arrodilla detrás de mí, con sus piernas entre las mías, obligándome a levantar más el trasero hacia su erección para penetrarlo lentamente, disfrutando de todas las sensaciones y extendiendo su momento triunfal, en que los testículos finalmente se encuentran pegados a mi piel.

La dura presión duele y tienta en la misma medida. No se mueve ni da indicios de lo que espera o quiere de mí, parece que solo pone a prueba su control y determinación. El tiempo pasa, y mis músculos palpitan, me atacan numerosos espasmos, mi cabeza da vueltas, ya no sé si seré capaz de esperar.

Vuelvo a dirigir mis ojos a Nicolai, quien se masturba, observándome lujuriosamente; la visión consigue aumentar mi excitación, provocándome una fuerte y deliciosa contracción vaginal, y arrancándome un agudo gemido de placer. En respuesta, Stefan retrocede lentamente antes de comenzar a embestirme con fiereza, pero se detiene abruptamente poco antes de acabar.

—Cabálgalo a él, hazlo sin dejar de ver tu reflejo en sus ojos. Quiero que veas en ellos la imagen de tu orgasmo.

Nicolai se recuesta, esperando que cumpla con lo que se me ha ordenado; y yo introduzco su miembro en mi interior, de prisa, no quiero desaprovechar la oportunidad, puesto que mi amo suele ser contradictorio y podría cambiar de opinión en cualquier momento.

Le doy todo de mí en cada uno de mis movimientos: mi rencor, mis temores, mi esperanza, mi ilusión, mi pasión, mi odio, mi devoción. Estoy a punto de llegar a la cumbre de mi éxtasis y me siento abrumada por la gran cantidad de sentimientos que intentan encontrar su vía de escape.

Ambos hemos borrado los contornos de nuestras máscaras, lo sé, puedo sentirlo. Esto no es como el sexo que suelo tener con Stefan, es más, mucho más intenso, mucho más real. ¿Cómo decirlo? Es más... más... vulnerable. Entre lágrimas, gritos y gemidos le entrego parte de mi alma, y él me obsequia parte de la suya.

—Supongo que ya acabaron, estoy aburrido. Amigo, puedes pasar a asearte antes de acompañarme al bar, necesito emborracharme. Alina, después enviaré a alguien para que te bañe. Esperaré abajo —manifiesta en ese tono tan desprovisto de emoción que siempre me aterra, porque no sé lo que está pensando, y podría ser algo realmente malo.



Despierto sintiendo unos dedos escarbando silenciosamente mi intimidad y recibiendo húmedos besos en la mejilla. Aún está oscuro, pero puedo adivinar la sonrisa de suficiencia que me dirige.

—Parece que logré mi cometido e hice que tuvieras lindos sueños. Espero haber sido el protagonista.

—Estaba... recordándonos. Esa experiencia... me gustó.

—Lo sé, a mí también.

—¿Qué pasará ahora?

—Todavía no lo sé, pero estaremos preparados para lo que sea, confía en mí.

Asiento, poco convencida de sus palabras. Aunque quisiera creerle, no puedo, pero no tengo más alternativa que hacer lo que sea que se le ocurra.

CAPÍTULO 17

La decisión.

Mi vientre ha crecido mucho, Larisa nos controla a mi hija y a mí cada vez más seguido, porque ya falta poco para el nacimiento. Afortunadamente, Nicolai siempre está presente cuando lo hace. Ya no conversamos, no desde que instalaron cámaras y micrófonos en el dormitorio, luego de la partida de Stefan. Si pudiera hablar, le diría cuánto lo extraño cada vez que se va a trabajar.

Últimamente me canso mucho, me cuesta respirar, a pesar de que solo salgo de la cama para ir al baño. Estoy aburrída, mis músculos se quejan bastante por la falta de actividad, y mis emociones intentan miserablemente mantenerse en equilibrio. Estoy enojada y no sé exactamente con quién.

Hoy, la falta de libertad me duele mucho más que antes, porque de los libros y películas no solo he aprendido otros idiomas, ciencias, gramática o historia, sino que he descubierto cómo es el mundo allá afuera. La enseñanza no ha sido más que una pequeña grieta en la pared, demasiado estrecha como para poder revelarlo todo. Quiero explorarlo todo y respirar el aire de la libertad, conocer sus colores y aromas...

«Algún día». Me prometo, convencida de ello.

Se suponía que Stefan llegaría pronto, y todavía no lo ha hecho. Espero que no haya conseguido borrar sus sentimientos por mí, me da miedo saber lo que ha decidido.



No me había dado cuenta de cuánta falta me había hecho Stefan, pero verlo

con esa ternura en su forma de mirarme lo confirma, mis manos no han dejado de sudar desde su llegada, y siento que se ha llenado un vacío que no me había percatado de que existía. Quiero recuperar el tiempo perdido aferrándome a su abrazo, sintiéndome a salvo del resto de predadores. Esta es mi vida, y no sé si sabría cómo vivir otra.

—Mi dulce y hermosa Alina, estás tan bella. Te ves radiante. No has perdido tu sensualidad innata, por el contrario, te ves incluso más tentadora que de costumbre. Te he extrañado. No ha sido lo mismo sin ti, no hay nadie en este planeta que se te compare. Intenté encontrar a alguien que me ayudara a olvidarte, pero fue imposible. Eres insuperable, invaluable, mía... —Escuchar todas esas palabras maravillosas me conmueven, me devuelven la ilusión de un futuro juntos, y pienso que podremos salir adelante.

Duplicaré mis esfuerzos por hacerlo sentirse orgulloso y feliz.

—Por eso me cuesta tanto ejecutar la decisión que he tomado, porque tengo que despedirme de ti y no quiero hacerlo. Sin embargo, es lo que debe hacerse. No puedo tenerte conmigo, aunque me pese. No es natural que un amo engendre un crío con su mascota. Eso es una aberración, tengo que mantener mi alto prestigio y reputación...

Entonces, en una fracción de segundos mi alma se destroza, y se abre un hoyo sin fondo bajo mis pies. No puedo explicar lo que siento. Es como si me sintiera a las puertas del infierno, atada e indefensa. Experimento un frío paralizante; una oscuridad amenazante y voraz, extendiéndose, azotándome, lastimándome... No puedo creer lo que veo en sus ojos, en la expresión derrotada de su cuerpo. Si él, que es mi amo, mi dueño, mi protector y, terriblemente, mi verdugo se rinde y me abandona, entonces no hay esperanza para nosotras. Mi bebé se agita en mi vientre, como si tratara de huir; yo también desearía poder hacerlo... ¿Qué será de mí y mi criatura?

—Te extrañaré, es cierto, pero debo deshacerme de ti cuanto antes. Tampoco soy capaz de separarte de tu hija, lo sabes, y Larisa ha manifestado en varias oportunidades su intención de comprarlas, ya que causaste un gran impacto en Rustam. Por supuesto, es obvio que no me sorprenda. Siempre cautivas a todos los que te rodean. Ella me prometió que cuidaría de ambas y que las mantendría siempre unidas. Alina, mi mascota más bella, me consuela saber que estarás en muy buenas manos.

¡Mentira! ¡Cómo puede ser tan ingenuo, sabiendo mejor que cualquiera que todo el mundo le dice lo que quiere escuchar! Mi cabeza se siente pesada,

como si hubiera sido llenada de aire y estuviera a punto de reventar. Mis manos tiritan furiosamente, y no soy capaz de disimular mi angustia y terror. Lloro desesperada, no sé qué puedo hacer para evitar ese destino que se presiente tan colmado de horrores. No logro vislumbrar ninguna oportunidad de salvación.

—No llores más, verás que todo saldrá bien. Tendrás nuevos amos, que te consentirán tanto como yo, tal vez, más. No puedo prometerte que iré a visitarte, porque para serte franco, no sé si sea capaz de estar cerca de ti y no traerte de regreso a mi lado. Larisa vendrá más tarde junto a Rustam para realizarte una cesárea. En pocas horas más, tendrás a la criatura en tus brazos, ¿no te alegra? Finalmente conocerás su rostro, y estoy seguro de que será tan bella como tú. Una vez que nazca, ambas se alojarán en esta habitación por al menos dos semanas, mientras tus nuevos dueños acondicionan la casa para su recibimiento. Luego, será momento de irse a su nuevo hogar... Alina, me parte el alma verte tan triste, me hace comprender que me quieres, y no imaginas cuánto me complace tu afecto, pero odio no devolver la sonrisa a tu rostro. Haré que te traigan chocolates para que subas el ánimo.



—¡Qué maravilloso ejemplar! —La avaricia brilla en los ojos de Larisa.

—Recuerda tu promesa —advierte Stefan con ferocidad.

—Por supuesto, Alina y Kassia estarán muy bien cuidadas. No te preocupes tanto.

—¿Kassia? Mmm..., Es un muy buen nombre. Rustam, estás muy silencioso, no haces más que observar a la pequeña y a su madre. ¿Estás satisfecho con la compra?

—Estoy especialmente deleitado, me entusiasma la idea de presumir ser el poseedor de dos de las criaturas más exquisitas que he visto en la vida — contesta, relamiéndose.

Larisa nos contempla irritada, se nota que no le agradó el comentario de su marido.

—Tienes razón, eres muy afortunado, ya te estoy envidiando.

—Yo no soy como tú, me cuesta compartir mis juguetes.

—Si estuviera en tu posición, tampoco lo haría, no ahora... Nicolai, tú también estás inusualmente mudo. Sé que no estabas de acuerdo con esta transacción, pero ya te expliqué mis motivos.

—Solo me parece que es un poco precipitado, pero eres un hombre inteligente y confío en tu buen juicio. Siempre he admirado tu perspicacia. No es nada personal contra ustedes —dice, mirando a Larisa y a Rustam.

—Eso espero, porque le dije a mi esposa que deberíamos contratar tus servicios para entrenar a la cría desde sus inicios. Todo el mundo reconoce tu habilidad en estos temas.

—Sí, más tarde podremos discutir los detalles. Ahora, deberíamos dejarlas descansar.

¡Por fin! Cada mirada dirigida a mi hija aumenta con creces mi estado de alerta. Seguramente, debería volver a pensar en un plan de escape o, tal vez, me estoy precipitando, y ellos no sean tan malos amos.

CAPÍTULO 18

Rustam y Larisa, el principio del caos.

Me detengo a observar con detalle el espacio que nos rodea. Me sorprende haberme equivocado tanto al juzgarlos. El lugar se ve mejor de lo que imaginaba que sería; una luminosa y amplia habitación, llena de mullidos almohadones de distintos colores y tamaños, un colchón gigante, tibio y cómodo.

Una fuente repleta de aromáticas frutas sobre una mesa pequeña. Un estante con algunos libros que nunca antes había visto: «*Das Parfüm, die Geschichte eines Mörders*», de Patrick Süskind. «*Modlitba pro Kateřinu Horovitzovou*», de Arnost Lustig. «*The color purple*», de Alice Walker. «*Flowers in the Attic*», «*Petals on the Wind*» y «*If There Be Thorns*», de V. C. Andrews; y «*Holocaust*», de Gerald Green.

No me molesta leer en otros idiomas, sino que, muy por el contrario, acepto el desafío encantada y me enorgullezco cada vez que consigo completar la lectura.

A pesar de lo lúgubres que eran cada una de estas historias. A menudo me preguntaba si lo que se había escrito en sus páginas sería cierto; desconocía tanto del mundo que no sabía si la crueldad se extendía a prácticamente todo ser viviente. De ser así, no comprendía por qué las personas se empeñaban en contar sus tragedias y quería descubrir cuál era el propósito.

Lo entendí la primera vez que comencé a narrar los eventos que me han ocurrido en estas gastadas hojas amarillentas. Sé que con esto no lograré cambiar nada, mi vida es lo que es y no cambiará solo con lápiz y papel. Sin embargo, hablar contigo, quien quiera que seas, me da una extraña sensación de satisfacción; un secreto, una travesura que libera una energía adrenalínica por todo mi cuerpo. Incluso, sabiendo que Nicolai leerá esto antes que tú. Tal vez, me engaño con esta sensación de libertad que me da escribir, porque lo cierto es que sigo siendo una cautiva.

Rustam aparece con un televisor, veo que mueve algunos cables, hasta que

consigue encender el aparato.

—Me fascinan estos dibujos animados, ellas son tan provocadoras, y te pareces tanto a Rei. Te compré un disfraz. Pronto, podremos jugar y pretender que eres ella, pero ahora Larisa dice que deben descansar, aunque no estoy de acuerdo, a veces, conviene hacerle caso. Diviértanse.

Estoy intrigada y sorprendida por la actitud sospechosamente amable que han tenido conmigo, pero también porque jamás había mirado algo así. Lo único que había visto reproducirse en una pantalla como esta era a Stefan y a mí, o a personas desconocidas teniendo sexo. No sé cómo hicieron para proyectar algo que evidentemente no es real.

Miro embobada las imágenes, fascinada con la genialidad de quien creó esto. Me encanta lo divertida e ingenua que es Serena, quien solo parece llorar por cosas sin importancia, pero que es valiente cuando la situación lo amerita. Observo a mi hija y medito sobre todo lo que deseo para su futuro, cosas que jamás podrá conseguir en este encierro.

—¿Por qué estás viendo eso? No estás autorizada para hacerlo, la televisión solo conseguirá hacerte más estúpida, esa es su función. Ordenaré que retiren ese aparato inmediatamente de tu habitación. Y procura mantener a tu bebé limpia, dale de mamar cuantas veces sea necesario, no querrás que enferme.

Regreso a mi posición sumisa antes de verificar a mi hija.



Mi pequeña ha crecido mucho, Larisa dice que está muy saludable. Pronto cumplirá dos meses de vida, y he atesorado cada segundo a su lado.

En este tiempo, he visto a Nicolai frecuentemente, pero siempre que estamos juntos me siento incómoda y temerosa; tanto Rustam como su esposa no se apartan de nosotros durante esos encuentros, vigilan cada movimiento y, a veces, cuestionan sus métodos. Ella es quien más se queja de la falta de severidad en el trato que recibo, suele adjudicarme supuestas fallas

imperdonables, señala que mi comportamiento es reprensible.

Creo que busca excusas para hacerme daño y, aunque todavía no lo ha hecho, sé que llegará ese momento, sin importar cuánto me empeñe en actuar de la forma que exige. Lo extraño es que ninguno de ellos me ha tocado con interés sexual. Sin embargo, puedo ver en la forma en que mi nuevo dueño me mira, que es solo cosa de tiempo para que suceda.

Su patente deseo me intimida, sé que cuando me toque se desatará la furia contenida de Larisa. ¡Qué rabia! Stefan es un hombre poderoso y estoy segura de que, si realmente lo hubiera deseado, Serena y yo estaríamos bajo su protección.

¡Siento tanta impotencia y rencor que no sé cómo lidiar con la intensidad de mis emociones! ¡Ni siquiera una visita! ¡Ningún indicio de que me extrañe! ¡Nada que indique, aunque sea una pequeña curiosidad por conocer a su hija! Quiero gritar mi furia y frustración, y que el universo entero me oiga.

Escucho los suaves murmullos de mi bebé y sé que ha despertado. Me sigue sorprendiendo su astucia, emitiendo siempre leves sonidos que me indican si tiene hambre, sueño, gases, si necesita mimos o un cambio de pañal; como si supiera que lo mejor que podemos hacer por nuestro propio bienestar es mantenernos silenciosas.

Ella siempre consigue despertar mis sonrisas sinceras, esas que creía que jamás adornarían mi rostro. Serena es la única persona que realmente amo en este mundo. Pienso que todo lo que he vivido ha merecido la pena si era lo que debía suceder para poder tener entre mis brazos a esta hermosa niña.

Cuando mis pensamientos se vuelven oscuros, solo necesito contemplarla para que, en un instante mágico, todo mejore. Si Stefan no quiere descubrir lo maravillosa que es ella, entonces le compadezco por lo miserable que debe ser su vida sin esta tremenda luz, capaz de deslumbrar a todos a su alrededor.

—Me encanta verte así de feliz. —Su voz me sobresalta, los latidos aumentan su ritmo. Este es el día, el día en que todo comenzará a empeorar, lo sé—. ¿Sabes? Yo también estoy muy contento. Mi esposa tiene turno en la clínica, y yo me he tomado la tarde libre para que tú y yo podamos relajarnos y disfrutar un poco.

Me quedo inmóvil, deseando desaparecer, rogando que desista de sus oscuras intenciones.

—Amo... —continúa, luego hace una pausa y me mira con detenimiento. Aunque no levanto la vista, puedo sentir la intensidad de su mirada—. No, no

es amor. Me corrijo, estimo a Larisa. Sí, también siento gran admiración por ella. A veces, pienso que me cortará el miembro, sin duda, tiene coraje y determinación suficiente para hacerlo, y me excito imaginándola así de fiera. Tiene la capacidad de ponerme tan duro y me hace aguantar hasta el punto que creo que mis bolas reventarán.

No quiero escucharlo, quiero que se detenga, que se calle, que se vaya.

—Tú también tienes ese poder sobre mí, por eso se siente celosa, piensa que representas una amenaza para nuestro matrimonio perfecto, pero no entiende que necesito probar carne nueva. Me gustas. Mi esposa trajo la tentación a nuestro hogar, y no puedo más que pensar que eres un regalo, demostrándome que comprende mi anhelo de hacerte todo lo que he estado deseando. Si estoy equivocado, ella se enojará, por supuesto. El asunto es que a mí me perdonará, siempre lo hace... ¿Entiendes lo que estoy tratando de decirte? Si no quieres represalias, deberás ser discreta. Ahora, abre tus piernas, quiero ver lo que se esconde detrás de esos rizos oscuros.

Se acerca, sube mis piernas a sus hombros y se entierra de una profunda y dolorosa estocada, siento que la fricción quema, mientras chupa y muerde mi cuello, rostro y clavícula. Grito al sentir sus dientes clavándose en mi mejilla. Sus dientes ensangrentados vuelven al ataque, esta vez, atacan mi mentón. Lame mis heridas y ríe, enloquecido.

Por primera vez, escucho a Serena llorando, con tanta intensidad que puedo sentir la vibración de su voz en mi propia garganta. Las penetraciones de Rustam me hieren, siento que me quita la vida de a poco. Finalmente, termina y se pone de pie, observando y tocando su pene con fascinación.

—¿Lo ves? Es como si yo recién te hubiera desvirgado; tu vagina apretada, esta sangre sobre mí... —Se interrumpe al mirar mi rostro—. ¡Ups! Parece que se me pasó la mano. No pude controlarme contigo. Ahora dudo que puedas esconderle a Larisa lo que pasó entre nosotros. Ojalá no sea tan severa, sería una verdadera lástima no poder gozar de tu cuerpo otra vez.

Rustam abandona la habitación con paso parsimonioso, como si nada hubiese sucedido. Intento ignorar el dolor para calmar a mi niña, su sufrimiento duele más. La acuno sobre mi pecho, esperando tranquilizarla y darle mi contención.



—¡Más fuerte! —vocifera Larisa.

Mi cuerpo se rebela y comienzo a vomitar ruidosamente, pero nada detiene sus bestiales embistes. Me controla, me domina, se burla de mi dolor y sufrimiento.

—¡Dile lo que es para ti!

—¡Nada! —contesta Rustam.

—Exactamente. Alina, no eres nada.

Las ásperas ataduras laceran mis tobillos, cintura y muñecas. Hago un esfuerzo para calmarme, pero es difícil cuando este hediondo y amargo líquido amarillo sale expulsado tanto por mi boca, como por mi nariz. Me ahogo, no consigo respirar y no les importa, me recuerdan que soy fácilmente reemplazable, pero no puedo desfallecer, mi hija me necesita, y no la dejaré sola en las manos de estos monstruos. Pronto vendrá Nicolai, sé que no se quedará sin reaccionar cuando vea lo que me han hecho, él nos rescatará.

—¡Vete! ¡Déjanos solas!

Él obedece rápidamente. Me preocupa que pueda hacerle daño a mi hija, quiero que concentre su odio solo en mí.

—Soy muy buena evaluando a las personas, y a ti te descifré en cuanto te vi la primera vez. Tú no me engañas, sé muy bien quién eres, qué es lo que quieres y qué buscas. Necesitas que te recuerden constantemente cuál es tu lugar, y esa es mi obligación como ama; te han consentido demasiado, y no lo toleraré más. ¿Crees que no me doy cuenta como intentas seducir a todo el mundo a tu alrededor? Pues conmigo, eso no funciona...

Lo único que puedo hacer es bajar la cabeza, mostrándome derrotada, sumisa. Aunque por dentro sea un volcán activo, a punto de hacer erupción.

—¡Qué! Sé muy bien lo que piensas, te preguntas si es que tuve una infancia miserable, si fui desgraciada y cuáles son los motivos por los que actúo, a tu parecer, como una loca traumatizada. —No es cierto, solo pienso en Serena—, pero te equivocas conmigo. No pude haber tenido una niñez más perfecta. Mis padres me dieron todo lo que quise y soñé, porque lo merezco, porque tú y yo no somos lo mismo, entre nosotras hay un mundo de diferencia,

jamás podrías estar a mi nivel. Pasarás el resto de la noche ahí, escuchando los chillidos hambrientos de Kassia, sin poder acercarte a ella, con tus pechos llenos y adoloridos. La próxima vez que siquiera intentes algo similar con mi marido, no seré tan compasiva, te lo aseguro.

¿Compasiva? Aprieto mis dientes con fuerza, intentando contener la rabia y el dolor que me aquejan. No hay peor tortura que escuchar los llamados de mi hija y no poder acudir a ella.

Sabía que ese era solo el principio del caos y no me equivoqué.

CAPÍTULO 19

Muros de papel.

Mi cuerpo jamás había estado en peor estado. Durante todos estos años, se han empeñado en cubrirlo de llagas, quemaduras y deformaciones; me miro al espejo y ya no soy capaz de reconocermelo, ese reflejo frente a mí se me hace cada vez más extraño y ajeno; pienso en Berta, muriendo día a día, sin una razón para desear sobrevivir.

Sin embargo, a pesar de todo el dolor que he tenido que soportar, me reconforta ver a mi hija tan preciosa e intacta, ella es mi motivación para no dejarme vencer. No obstante, en sus ojos veo un fulgor inquieto y poderoso, hábilmente escondido detrás de su actitud silenciosa, complaciente y presta.

Serena ha logrado superarme, heredó las mejores características de su padre y más, ella es mi mayor orgullo; una mujer fuerte, que no se deja dominar por las emociones ni sus instintos; es alguien que se domina a sí misma y a su entorno, camuflando una astucia e inteligencia sin parámetros con su belleza imponente.

También ha aprendido bien de Larisa, una aparente calma puede ocultar la más violenta de las tormentas, así como una sonrisa puede enmascarar más maldad y perversión que un ceño fruncido. Sus tratos gentiles y amorosos, después de cada golpiza, no tienen ningún significado para mí, solo me advierte de la mente enferma que posee.

No sé cómo, ni cuándo, pero conseguiremos escapar y construirnos una nueva vida, lejos de todo esto. No importarán las adversidades que se nos pongan por delante, confío en que Serena sabrá superarlas todas, encontrará la forma de hacerlo.

Posiblemente, no comprendas completamente, ya que ha sido un gran salto en el tiempo. No me parece necesario ahondar en tantos detalles entre medio, porque fue básicamente una tortura tras otra. Rustam, buscando cada oportunidad para cumplir sus fantasías conmigo, y dejando evidencias que su esposa más tarde encontraba. Ella sancionándome y llevándome más allá del

límite del dolor, hasta las lágrimas, hasta las súplicas, hasta el desmayo. Luego, escuchar sus palabras cariñosas en un tono de arrepentimiento, que no sé si sea sincero; aunque no es que tenga importancia. Posteriormente, baños de agua tibia, dulces, masajes, un libro nuevo... Y vuelta a empezar.

Después del primer castigo infligido por Larisa, estuve un año o tal vez más sin ver a Nicolai. No sé lo que le habrán dicho, pero tengo la certeza de que ha estado ganándose su confianza con un propósito en particular: venganza. A él no le gustan las prohibiciones y debe haberle irritado bastante que no le permitieran acercarse a nosotras.

He debido aprender a gatear sigilosamente, apoyándome en las paredes para no caerme, ya mis brazos no me sostienen como antes; y la mayoría de mis dedos están torcidos, no supieron sanar correctamente y regresar a su lugar. Puedo recorrer cada rincón de esta casa, a ninguno le preocupa que pueda huir, me ven débil y no tengo intención de sacarlos de su casi error. Sí, es cierto que estoy endeble, pero cuando se dé la oportunidad, no habrá fuerza capaz de detener nuestro camino a la libertad.

—Sé que crees que vender a Kassia nos generará grandes ganancias, pero ella es incluso más bella que su madre. Si le consiguiéramos un espécimen guapo e irresistible, podríamos hacer incluso más dinero subastando a sus crías, piénsalo —susurra Rustam.

¿Quieren apartarme de mi hija? ¿Venderla? ¿Usarla para sus sucios negocios? ¡No pueden! Debo hacer algo, ¡advertirle a Nicolai! Tal vez, Stefan pueda comprarnos de regreso, han pasado muchos años, y es evidente que Serena no es su hija; basta con mirar sus hermosos ojos azules, iguales a los de su padre. ¿Qué puedo hacer para impedirlo? ¡Por favor, necesito una respuesta!

—Tienes razón, pero ya no soporto ver sus rostros. Haremos una fiesta para celebrar los diez años de la cachorra, aprovecharemos la ocasión para mostrarla y tentar a los posibles compradores. Mientras todos, incluyendo a Kassia, estén distraídos con el banquete, mataremos a Alina. No quiero lidiar con sus reacciones. Ya lo decidí y no cambiaré de opinión.

—De acuerdo, cariño, se hará como tú digas.



En un acto arriesgado, miro brevemente a Nicolai a los ojos con la esperanza de que sepa ver el terror en los míos la advertencia de un plan maligno, la desesperación, la súplica, el dolor.

—Solo he venido para hacerles una breve visita de cortesía, supe que planean una reunión íntima para celebrar el cumpleaños de la cachorra y quería que supieran que cuentan con mi ayuda para lo que sea necesario. No recibí mi invitación, pero imagino que soy bienvenido; después de todo, soy quien se ha encargado de entrenar a sus mascotas.

—¡Por supuesto! ¡Qué descuido de nuestra parte, hemos estado muy distraídos! Estoy segura de que comprendes que no quisimos excluirte a propósito.

—Claro que entiendo.

—Maravilloso. Entonces, contamos con tu asistencia.



—Alina, tus amos me han autorizado para que te lleve a mi casa a jugar con mi perro. Estás contenta, ¿verdad? —pregunta Nicolai.

Asiento en respuesta a su pregunta. ¿Tendré la oportunidad de contarle acerca de los planes de Larisa y Rustam? Avanzo lentamente hacia él, apoyando mis rodillas y las palmas de mis manos en el suelo y, con todo el dolor de mi alma, dejo a mi hija atrás. Me ubico a sus pies, a la espera de lo que me ordene, y pensando en las alternativas que tengo para avisarle.

—El maldito animal está necesitado de tus caricias. Quiero que le enseñes a ser tan disciplinado como tú. En esta ocasión, podremos llevar a tu cría con nosotros. Desgraciadamente, en esta oportunidad, mis estimados amigos no irán con nosotros, pero les he asegurado que se comportarán. Lo harán, ¿verdad?

Quiero sonreír, pero me abstengo, Nicolai captó mi mensaje y buscó la forma para que pudiéramos reunirnos sin que nos espíen. Vuelvo a asentir.

—Perfecto. Sin duda, la próxima vez se unirán a mí para ver cómo te diviertes con mi maldita mascota... Tendrás que despertar a Kassia, si quieres que nos acompañe. Ahora, abre tu linda boca... Eso es, buena perra. Ladra para mí —exige divertido.

Lo hago una y otra vez mientras él se ríe. ¿Estará tan feliz como yo? Espero que contemos con el tiempo suficiente para impedir que se lleve a cabo el plan de venta y podamos crear uno propio.

CAPÍTULO 20

El plan.

—Comprendes lo que debes hacer, ¿verdad?... Sabes que puedes hablar conmigo.

—Sí, solo... —Suspiro con el pecho oprimido, no puedo deshacerme de la angustia.

—Sé que es difícil, pero es por el futuro de Serena.

—Lo sé, es que me aterra, y... Sé que tienes razón... Esta es la primera vez que la llamas así. —Una calidez reconfortante me calma ligeramente al percatarme de que lo oí decir ese nombre en voz alta.

—Es el nombre que escogió su preciosa madre para nuestra hija. Me gusta, le sienta bien. Mucho mejor que Kassia.

—A mí también. —Lloro. Nicolai se acerca para contenerme entre sus brazos, mientras ambos contemplamos a nuestra pequeña dormir plácidamente.

—¿Sucede otra cosa?

—Quiero mi cuaderno.

—No podemos llevarlo con nosotros, es evidencia que debemos destruir... ¿Es realmente importante para ti?

—Sí. —Comprendo el peligro que supone si lo encuentra la persona equivocada, pero en este momento, necesito la seguridad que me brinda esa forma de desahogo. Puede ser que encuentre en las letras la valentía para ejecutar mi parte.

—Sabes que he leído todo lo que has escrito en él, espero que tu opinión de mí haya cambiado en estos años, aunque no lo merezca. En mi forma insana y maldita te amo, lo sabes.

—Claro que lo sé. —respondo, besando delicadamente sus labios.

—Ya sabes dónde está guardado. Tengo que verificar si el sicario ya cumplió su trabajo. Después de transferirle el resto del dinero, solo tendremos unos pocos minutos para actuar. Me habría encantado haber torturado a ese par durante años, haber escuchado sus ruegos, haberles

obligado a pedirte perdón de rodillas, matarlos lenta y dolorosamente... Lamento no poder poner la venganza que merecías en tus manos, te he fallado. Al menos, podrás desquitarte un poco.

—No, no, no... —tartamudeo, incapaz de completar la oración—. Necesito tranquilizarme.

—Podrás hacerlo, confío en ti —dice, abandonando de prisa la habitación.
... el final está por llegar...

¡Qué difícil tener tanto que expresar y tan poco tiempo para poder hacerlo! Algunas palabras lucen amorfas, debido a las lágrimas que las desdibujan, pero es imposible mantenerme incólume en una situación como esta.

Siento frío, ni siquiera el fuego de la chimenea consigue calentarme. Cada una de mis cicatrices arde, recordándome todo lo que he vivido desde mi secuestro hasta ahora. Mis músculos pesan, negándose a colaborar conmigo.

... Mi alma grita...

—Serena, ponte la mochila, es hora de irnos —apremia Nicolai—. Alina, deshazte de él. Tenemos que correr.

—Nuestra hija, ¿será libre?

—Lo será, te lo prometo. Ella tiene todo lo que necesita.

—Libertad...

EPÍLOGO

SERENA.

Esa no había sido la primera vez que despertaba con los fuertes ladridos de mi madre. Sin embargo, en esta ocasión desperté asustada al contemplar el semblante de Nicolai. Había algo distinto en él, un cambio sutil, imperceptible para la mayoría, una especie de tensión o ansiedad. Mi padre me había enseñado a ser una gran observadora, entre otras cosas, y yo sabía disimular muy bien mis habilidades.

Como acostumbraba, tragué la pastilla obedientemente, sabiendo que debía estar preparada para cualquier situación. Tenía la firme convicción de que todo sería diferente cuando volviera a abrir mis ojos. Había sido entrenada arduamente para este momento. Cuando me ordenaban algo, jamás titubeaba. Si castigaban a Alina, no reaccionaba. Sabía que muy pronto tendríamos que reunir todo nuestro coraje para correr.

Tal vez, deberé hacer uso de las técnicas de supervivencia que he aprendido hasta ahora. Tal vez, incluso, nos enfrentemos al peligro, en cuyo caso, será mi responsabilidad proteger a mi madre, porque en su estado deteriorado, no podría hacer mucho por defenderse.

No sé lo que ocurrirá, pero nuestro tiempo de cautiverio terminará ahora.



—¡Corre más rápido, tenemos que llegar al río! Pronto habrá acabado —
Como imaginó, la falta de fortaleza en nuestras piernas hizo nuestro escape más difícil. Eso y la desconfianza, el miedo, el desconsuelo.

Su expresión gritaba tantas emociones que, incluso con el frío del exterior, mis manos sudaban por el terror y la advertencia. Esperaba, deseaba, rogaba estar equivocada. Sin embargo...

—¡No quiero hacerlo! Podemos pensar en algo más. Vivir los tres... — Gimió, intentando apagar el dolor.

—No sabes cuánto me gustaría —respondió con sus ojos rebosantes de lágrimas—, pero prefiero morir en mis propios términos. Si seguimos deteniéndonos y discutiendo, solo conseguiremos retrasar el plan y nos estaremos arriesgando a que nos capturen. Sabes perfectamente lo que nos harán si lo consiguen, lo has visto. Alina, mi amor, ella tendrá más oportunidad de tener una vida libre si se aleja todo lo que pueda de nosotros... Sabes que es lo mejor. Lo hice mal contigo y no puedo enmendarlo; sin embargo, no quiero cometer los mismos errores con nuestra hija... Por favor, hermosa, tenemos que seguir.

Cuando estás apurado, te parece que el mundo conspira en tu contra para ralentizarte: la nieve, el suelo resbaladizo, una piedra en el camino... Posiblemente, era el mundo, tratando de impedirlo. Finalmente, llegamos hasta el río, que no sé por qué motivo no se había congelado.

—Ni siquiera tuve la oportunidad de ser su madre —Lloró, desconsolada.

—Por supuesto que lo has sido. Mi vida, eres la mejor de todas, esto lo demuestra. Entregamos nuestras vidas para que ella tenga la oportunidad de ser feliz —respondió con una débil sonrisa.

—Y libre.

—Así es.

Claramente, hablaban de mí.

—Serena, recuerda que ese es tu nombre. —Su voz se oía rota y atormentada—. Llegó el momento de despedirnos, tendrás que correr y alejarte todo lo que puedas. Intenta no detenerte hasta que estés realmente segura. Recuerda mantenerte lejos de los caminos y no olvides los rostros de las fotografías que te mostré, esos que te hice memorizar, todos ellos son enemigos. No confíes en nadie. No te dejes amedrentar. No..., nos olvides. Mi pequeña, dame un abrazo—. Me aferré a sus brazos, intentando fundirme en ellos, mientras nuestros cuerpos se sacudían con el llanto.

—Papá, no me abandones. —Sus gemidos se hicieron más fuertes, mientras sus lágrimas escurrían por mi cuello.

—Hija, te amo. Sé fuerte, ¿sí? ¿Puedes hacer eso por mí?

—Lo haré.

—Dale un beso a tu madre.

Ella nos miraba desde el suelo, sus piernas ya no podían sostener el peso

de su dolor. Jamás la había visto así de mal, ni siquiera después de los peores castigos y torturas. Estaba hecha pedazos, agonizante.

—¡Mamá! —Me arrojé a su lado para intentar levantarla, pero ella ya se había rendido—. Puedes venir conmigo, no me abandones tú también.

Mis palabras le dieron la fuerza que mis brazos no. Se puso de pie, su expresión se endureció de repente, secó sus lágrimas y me miró directo a los ojos.

—Tú harás lo que se te ordenó que hicieras. Te repondrás, olvidarás la vida que has llevado hasta ahora y comenzarás una nueva. Encontrarás personas que te den amor y respeto. Tendrás hijos y nietos para consentir, besar y abrazar. En los momentos en que te sientas sola y desamparada, recordarás lo fuerte que eres y tendrás la certeza de que no hay nada capaz de derrotarte. Te amo tanto, tanto, mi vida. Nunca lo olvides. Ahora, vete...

Mientras me alejaba, no la vi arrojar ninguna lágrima, aunque sabía cuánto le había costado decirme esas últimas palabras sin llorar. Pensé que cambiaría de opinión y gritaría mi nombre para que regresara, pero no lo hizo. Lo sé porque volví, me mantuve entre las sombras, siendo sigilosa, convirtiéndome en parte del entorno mudo.

—¿Sabes algo de mí? Me refiero a antes de ti.

—¿Para qué quieres saber eso ahora? —Ella estaba tratando de reunir el coraje para tirar el gatillo.

—No puedes ir donde tu familia o a tu antigua casa, será donde primero busquen y te usarán de cebo para atraerla.

—Lo sé, no me voy a acobardar, haré lo que se supone, solo necesito un poco de la antigua yo para morir en paz.

—Ya veo. En ese momento, abusaba mucho de las drogas. Por eso, mis recuerdos son poco claros y distorsionados. Ni siquiera sabía en qué puto lugar del mundo me encontraba, quería ascender, hacer que las personas me tuvieran miedo, tener dinero y poder, mujeres jóvenes y sumisas que hicieran mi voluntad... Lo único que recuerdo es que llorabas por tus padres en inglés, pero podría estar confundíendote con otra, no eras especialmente importante para mí. Creo que, en esa época, secuestre y vendí a más de veinte chicas, todas muy parecidas a ti...

Un fuerte rugido resonó como un furioso trueno, las palabras de Nicolai callaron de pronto, había hecho aflorar el sentimiento de venganza que mi mamá había puesto a dormir durante años. Sin embargo, éste despertó

hambriento y salvaje, y detonó con tanta violencia como la bala que impactó en el pecho de mi padre.

—Lo... hiciste... bien —La felicitó con dificultad.

—¡Nicolai!, ¡no! ¡Perdóname!

—Soy... yo quien de... debería suplicar... tu..., tu perdón... Sé honesta, ¿me... amas?

—No lo sé... —respondió, abatida, después de liberar un largo suspiro—. Te odio por lo que me hiciste, pero también te quiero... mucho.

—Desearía... sentir tus besos un... —Él murió antes de alcanzar a saborear el beso que mi mamá le dio.

—Ojalá exista un lugar donde podamos reencontrarnos con nuestra hija después de la muerte.

Le quitó el cinturón a mi padre para atar sus pies con este. Luego, se esposó las manos y se dejó caer al río desde el puente en el que descansaba el cuerpo de Nicolai, un criminal, un corrupto, mi salvador, mi progenitor. Estaba perdiendo a la persona que más había amado en mi vida.

Escuché a mi madre gritar nuestros nombres hasta que el agua reemplazó el oxígeno que le quedaba en los pulmones o fue el hielo que finalmente se apiadó de ella y detuvo su sufrimiento. No quise mirar; de hecho, no pude hacerlo. Estaba inmóvil, conmocionada, incapaz de reaccionar.

Escuché un lastimero alarido, no había notado que era mío; cuando comprendí que era yo quien lloraba, recordé mi promesa. Ellos se habían sacrificado por mí, sus muertes no podían ser en vano. Recordando la fortaleza de Alina, me obligué a ocultar el abatimiento que sentía, limpié mis lágrimas y comencé a correr.

No me detuve cuando mis piernas comenzaron a temblar, ni cuando empecé a sentir hambre, ni cuando sentí mi boca invadida por un horrible sabor metálico. Me interné profundamente en un bosque espeso, ya podía ver la luz del sol a través de la copa de los árboles que me rodeaban, había amanecido, dejándome a la vista de mis posibles cazadores.

Me caí varias veces, estaba exhausta, pero tenía miedo y estaba determinada a encontrar un lugar donde refugiarme, un espacio en el que estuviera a salvo de los demonios. Me escondí detrás de unos arbustos para descansar, comer un poco y leer las últimas páginas que mi mamá había escrito en su cuaderno.

Nadie se había dado cuenta de que yo tenía conocimiento de este y no solo

eso, sino que también acostumbraba a leerlo. Así fue como aprendí las técnicas de supervivencia precisas para convivir con Larisa y Rustam.

Mi padre se había encargado de instruirme muy bien, él sabía que tarde o temprano escaparía y debería adaptarme perfectamente al mundo exterior, sin dar indicios de mi vida como esclava. Él solía mantener varios cuadernos iguales. Por eso, cuando supe que debía quemarse la evidencia, decidí ofrecerme a hacerlo y arrojé a la chimenea uno de los que tenía sus hojas en blanco, así pude guardar el de mi mamá en la mochila.

«Es inevitable, el final está por llegar. Puedo sentir a la muerte siendo mi vigilante compañera. ¿Por qué no habría de ser así? He sido yo la que ha tomado esta decisión. Nicolai tiene razón, nadie conoce el rostro de Serena, excepto Larisa, Rustam y nosotros y, pronto, ellos no serán un problema. En cambio, yo soy un blanco fácil y reconocible.

Este es un sacrificio que hago por la persona a la que más amo en este putrefacto mundo lleno de crueldad y tiranía.

Mi alma grita: ¡por qué! Mientras mis pensamientos intentan consolarla, susurrándole que es por ella, por mi bebé, por su libertad.

Tengo la posibilidad de cambiar su vida, mejorarla; una única oportunidad para salvarla, pero tengo que estar dispuesta a arriesgarme, porque podría conseguirlo o perderlo todo.

Deseo llevar conmigo todos estos recuerdos a donde sea que llegue. No sé si uno simplemente deja de existir para siempre, espero que no. Sin importar donde vaya, seguiré cuidando de ella, aunque tenga que rebelarme contra el universo entero.

Si verdaderamente existe un infierno bajo mis pies, no puede ser peor que este. Si he sobrevivido en esta dimensión, podré hacerlo en cualquier otra parte.

No sé por qué sigo escribiéndote, no es como si pudieras leerme, eres un objeto inanimado y pronto arderás entre esas llamas que se niegan a calentarme.

Si pudiera pedir un deseo, sería que Serena sea feliz. Es lo único que me dará redención.

Mi instinto me asegura que mi hija estará a salvo, y eso me calma. Crecerá en el mundo libre, ese que jamás tuve la oportunidad de conocer realmente. Libre con todo lo que implica: amor y desamor, risas y lágrimas, caer y volver a ponerse de pie, decidir, dudar, opinar.

Te digo adiós con profundo dolor, tú también significas una pérdida para mí».



Después de varios días y noches huyendo, llego hasta lo que parece una plaza con juegos infantiles. Nunca había visto una de verdad y me genera curiosidad, pero prefiero esperar un rato para estar segura de que no hay nadie alrededor.

No me di cuenta cuándo me quedé dormida, pero despierto temblando de frío. También tengo hambre; sin embargo, debo ser fuerte y resistir el mayor tiempo posible, ya que solo me quedan unos pocos sorbos de agua en la cantimplora, una barra de chocolate y un paquete de maní.

Comienza a aclarar y las personas empiezan a aparecer. Me mantengo oculta, cuidando que nadie note mi presencia, hasta que vuelve a caer la noche y me quedo sola una vez más.

De pronto, un sonido estruendoso me advierte que alguien se acerca, me escondo detrás de un árbol, vigilando en silencio.

Un hombre se baja de una moto, tampoco había visto una de esas, no pensé que hicieran tanto ruido.

Él camina de un lado a otro, alterado, pateando y golpeando todo a su paso; se quita el casco y lo arroja lejos. Me sorprende, no parece ser un adulto todavía, es un niño un poco mayor que yo. Me pregunto cuántos años tendrá, ¿trece? ¿catorce?

Grita un dolor que parece haber estado conteniendo durante largo tiempo. Luce tan herido y solo como yo, perdido y desgarrado.

—¡Por qué me abandonaron! ¡De qué me sirve todo lo que dejaron, si ustedes no están conmigo! No puedo vivir, sabiendo que nunca volveré a verlos, no quiero estar solo... —Llora, desconsolado.

Alguna fuerza magnética e invisible me atrae a él, es algo que no consigo explicar, es una certeza de la relevancia que tendrá para mí. Siento la

necesidad de reconfortarlo de alguna manera, así es que, sin pensarlo demasiado, salgo de mi escondite y dejo que me vea, que descubra en mi mirada la profundidad del dolor que también estoy padeciendo.

«Si él es peligroso, sabré defenderme». Me tranquilizo mentalmente, sosteniendo con fuerza la cuchilla que llevo oculta en mi bolsillo.

—¿Qué haces sola en un lugar como éste y de noche?! —Quiero contestarle, pero no se me ocurre qué respuesta darle, por lo que me mantengo en silencio.

—¿No puedes hablar? —Niego. Por alguna razón, no puedo hacerlo.

—Tus padres deben estar preocupados buscándote, ¿huiste de tu casa? — Vuelvo a negar.

—¿Tienes padres? —Repito el movimiento de cabeza.

—Yo tampoco... Ellos... ellos... acaban de morir en un accidente aéreo... ¿Están vivos los tuyos? —Bajo la mirada, intentando ocultar las lágrimas que se amontonan en mis ojos, evitando a toda costa dejarlas caer. No quiero que vea mi vulnerabilidad. Me niego a dejar que alguien me subestime.

—Ya veo... Creo que tu silencio me calma, estoy cansado de escuchar la lástima en las voces de los que se acercan a hablar conmigo... Nadie entiende cómo me siento, ¡no tengo a nadie!

Yo sí comprendo, también estoy sola y, aunque me he estado preparando durante años por si algo así ocurría, necesito un gesto de cariño, algo que me brinde un poco de consuelo, algo que estimule mi entereza y perseverancia.

—Pensé en chocar contra algún muro, pero no pude hacerlo... No sé si quiero morir... ¡Estás tiritando y tus labios se están volviendo oscuros!

Tengo mucho frío, pero no había notado mis temblores. De pronto, todos mis sentidos se ponen en alerta cuando veo que tiene la intención de acercarse a mí. Tomo una postura defensiva, lista para el combate, mientras intento apartar el miedo e infundirme valor. No dejaré que me atrape.

—¡Tranquila! No quería asustarte, solo iba a abrazarte para darte un poco de calor. Supongo que debería prestarte mi chaqueta. No sé por lo que has pasado, solo lamento haberte alterado. —Intento tranquilizarme sin mucho éxito, sé que no debo llamar la atención y eso es precisamente lo que acabo de hacer.

¿Qué pasa si por actitudes como esta, Stefan o cualquiera de esos monstruos me encuentra? Debo actuar con naturalidad, usar mi instinto, como mi padre me dijo, encontrar a alguien que me ayude a permanecer a salvo.

Recibo la prenda sin descuidar cada uno de sus gestos y movimientos.

—Jamás había visto tanto terror en una persona. No sé de qué estás huyendo, pero es evidente que eso es lo que estás haciendo. ¿Estás en peligro?

—Asiento, porque tal vez, él sea esa persona que estoy buscando. Es extraño, pero me siento segura en su presencia, como si su destino fuera velar por mí.

—Entonces debería llamar a la policía. —Me arrojó a sus pies, implorándole con mi mirada y mis gestos que no lo haga. Mi padre era uno, y así como él, puede haber muchos demonios infiltrados.

—Bien, pero no puedo dejarte sola aquí, supongo que lo más responsable sería llevarte a un lugar seguro, para que puedas comer y descansar. Puedes venir a casa conmigo. Mañana decidiremos qué hacer. Paula debe estar despierta, imagino que está preocupada, esperando que regrese. Sobre todo, si ya descubrió que saqué la moto de mi padre.

¿Paula? ¿Quién será ella? ¿Alguien en quien pueda confiar? No, debo tener cuidado, lo mejor es mantenerme alejada de la mayor cantidad de personas posible. Puede que todavía no esté lo suficientemente lejos. Ellos pueden estar cerca, posiblemente, ella sea parte de la red de tráfico. No me arriesgaré...

—Tranquila, todo está bien, te lo juro. Paula es una buena mujer, ella es mi ama de llaves... Y... supongo que ahora también es todo lo que tengo — comenta. A pesar de la calma con la que habla, la desolación no abandona su tono de voz.

—¿Vamos? —Observo la sinceridad en sus ojos y me sosiego. Siento como cada músculo en mi cuerpo se relaja, brindándome una sensación de bienestar. Le regalo una tímida sonrisa, y él me recompensa con una aún más reconfortante.

Camina lentamente en busca de su casco y lo pone sobre mi cabeza. Luego, se sube a la moto y me incita para que me siente detrás de él.

—Me llamo Declan. Te prometo que no dejaré que nadie te haga daño, cuidaré de ti... Sube y sujétate bien fuerte a mí.



Si esperaban una historia con final feliz, entonces se equivocaron leyendo esta. No todas son así, la de mi mamá, ciertamente, no lo fue.

¡Quién sabe cómo será mi futuro! Viviré el día a día y, eventualmente, lo descubriré.

Gracias a mis padres, finalmente, soy libre. Ahora es tiempo de que escriba mi propia historia.

CONTACTA CON LA AUTORA

Dixiana Silva Mora nació en Valparaíso el año 1984.

En el año 1985, se fue junto a su madre a Suiza, donde vivió hasta 1990.

La diversidad cultural de la zona ejerció una gran influencia en ella. Participó a muy temprana edad en un taller literario impartido por la escritora y poetisa Anitza Castelletto Kirby en las instalaciones del PRODEMU de Quilpué en la década del 90.

Se describe como una mujer soñadora, sensible y creativa, una apasionada por las letras y las artes. “HAZE: El amor detrás de la niebla” fue su primera novela, publicada en septiembre del 2017.

Ahora con “Alina: Una historia en la oscuridad” nos presenta un argumento distinto, frente al cual nadie quedará indiferente.

<https://www.facebook.com/Dixianaescritora/>

<https://www.instagram.com/dixianasilvamora/>

[1] Fragmento de: «Justine o los infortunios de la virtud». *Justine ou les Malheurs de la Vertu* es una novela de Donatien Alphonse François de Sade, cuya primera versión fue escrita en 1787.